

DIOS
**TE
QUIERE,
Y TÚ
NO LO
SABES**

TOMÁS TRIGO



CASABLANCA COMUNICACIÓN

© Tomás Trigo, 2018

© Casablanca Comunicación, S.L., 2018

Avda. Fernando Pessoa, 1-5, 2º B 37007 Salamanca

Telf: 923 26 66 92 - 923 26 13 03.

www.casablan.org pedidos@casablan.org

Diseño y maquetación: Casablanca Comunicación, S.L.

Con licencia eclesiástica. Enero 2018.

ISBN: 978-84-697-9333-6

Depósito Legal: S 30-2018

Impresión: Graficas 81. Valladolid.

Printed in Spain-Impreso en España.

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.



Índice

1. «Estás siempre tenso, hijo mío».....	9
2. Dios insiste: ¡Confía en Mí!.....	10
3. Reposa en Dios un momento.....	10
4. Cada uno es un hijo único para Dios.....	11
5. Un Dios cercano, que habita en el corazón de sus hijos.....	13
6. Un Dios con corazón de padre y de madre.....	14
7. «Para cada hombre, es padre y una tierna madre».....	15
8. Dios no se olvida nunca de sus hijos.....	16
9. Un corazón más grande que el de nuestras madres.....	17
10. Un Amor sin razones.....	18
11. Abrir a Dios la puerta del alma.....	18
12. Confianza y amistad con Dios.....	19
13. Papá del Cielo.....	20
14. Actos de confianza en Dios.....	21
15. Un Dios que quiere la amistad con sus hijos.....	22
16. El amor de Jesús por sus amigos.....	22
17. Uno para el otro.....	23
18. Recordar los beneficios de nuestro Dios.....	24
19. El amor apasionado de Dios.....	26
20. «Dios me quiere tanto que los mismos ángeles no lo comprenden».....	27
21. «Deja en el Señor tu cuidado».....	28
22. Confianza en Dios y buen humor.....	29
23. La confianza en Dios y el buen humor de Tomás Moro.....	31
24. Vivir es ser querido por Dios.....	32
25. Alguien que me quiere tal como soy.....	33
26. Vivir el día de hoy como si fuera el único.....	35
27. La devoción del momento presente.....	37
28. El hombre quiere ponerse en el lugar de Dios.....	38
29. Sabios ciegos y niños sabios.....	38
30. A Dios le gusta ver a sus hijos tranquilos.....	39
31. Niños pequeños en los brazos de su Padre.....	40
32. Gozos y dolores.....	41
33. Rezar, pedir ayuda con confianza.....	42
34. Trabajamos en la viña de nuestro Padre.....	44

35. Dejar el trabajo para descansar con el dueño de la viña.....	45
36. Querernos a nosotros mismos, porque Dios nos quiere.....	46
37. Venid a descansar un poco.....	48
38. Dios quiere que descansemos.....	49
39. La moral del éxito.....	50
40. La confianza en Dios y los trabajos de evangelización.....	52
41. El abandono en las manos de Dios: el secreto de la felicidad.....	53
42. Abandonarse es dar a Dios el timón de nuestra vida.....	54
43. Abandonarse como los niños.....	55
44. Abandonarse del todo.....	56
45. Un acto de abandono.....	57
46. La oración de abandono de Carlos de Foucauld.....	57
47. Los miedos.....	58
48. El abandono en Dios nos libra del miedo a la opinión.....	60
49. La confianza en Dios nos libra del miedo a la muerte.....	61
50. La confianza en Dios nos libra del miedo a la verdad.....	62
51. «El cáncer me ha curado el alma».....	63
52. Confiar en el perdón y en la misericordia de nuestro Padre.....	64
53. Confiar en Dios ante las dificultades.....	65
54. “A los otros les va muy bien”.....	66
55. Dios es Amor y Sabiduría.....	67
56. Creer en el Amor.....	67
57. Dios permite nuestro sufrimiento porque nos quiere.....	68
58. El dolor, prueba de amor divino.....	69
59. Nuestro sufrimiento le duele más a Él que a nosotros.....	70
60. No dudar nunca del amor de Dios por nosotros.....	71
61. El miedo al consuelo de Dios.....	72
62. La “lógica” de los que confían totalmente en Dios.....	73
63. «Dios cree en nosotros más que nosotros mismos».....	75
64. Dios confía una misión a sus hijos.....	75
65. «No es vuestra lucha, sino la de Dios».....	76
66. Los agobios.....	77
67. Confianza en María.....	78
68. El amor de Dios por nosotros es fuente de alegría.....	79
69. El amor de los padres y la “imagen” de Dios.....	80

70. El amor de los padres debe ser reflejo del amor de Dios.....	81
71. Los hijos de Dios vivimos en “nuestra casa”.....	82
72. Somos de la familia de Dios.....	82
73. Dios no nos espera, nos busca.....	83
74. La protección del Altísimo.....	84
75. Como la gallina reúne a sus polluelos.....	85
76. Insatisfacción y mal humor.....	86
77. Dios se ocupa de lo pequeño y de lo grande.....	87
78. ¿Cómo podría amarnos más?.....	87
79. «Si pudiera sufrir más por ti, lo haría».....	89
80. Buscar primero el Reino de Dios y su justicia.....	90
81. Falsa prudencia.....	91
82. Aceptar las circunstancias en las que Dios nos ha puesto.....	92
83. Aceptar a los demás como son.....	93
84. Las quejas de los israelitas y las nuestras.....	93
85. Nadar contracorriente sin perder la paz.....	94
86. La confianza en Dios nos libera de la rigidez.....	95
87. El amor a Dios y la perfección.....	96
88. Una religión sin amor.....	98
89. Dios les da el pan a sus amigos mientras duermen.....	100
90. La paciencia y la confianza en Dios.....	101
91. Si el Señor me cuida, nada me falta.....	103
92. El sacramento de la Paz.....	103
93. «El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó: ¡bendito sea el nombre del Señor!»	104
94. Jesús desea perdonar.....	105
95. Pedro y Judas: confianza y desesperación.....	106
96. El temor de Dios.....	107
97. El que tiene miedo no sabe querer.....	109
98. El sueño de Dios.....	110
99. La confianza en Dios evita el victimismo.....	111
100. El hombre es la alegría de Dios.....	111
101. Una historia de confianza en Dios.....	112
102. La morada que Dios nos ha creado.....	114
103. La revolución de la ternura de Dios.....	116

104. «Aunque me mataras, esperarí en ti».....118

105. «El milagro se ha producido».....118

106. No existe la suerte, sino el amor y la sabiduría de Dios.....119

107. ¿Qué esperamos?.....120

108. Yo soy tu Dios121

«En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados» (1 Jn 4,10).

«Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos» (Jn 15, 13).

Este escrito va dirigido a las personas que confiesan: «Creo en Dios Padre Todopoderoso», pero viven intranquilas.

A las que rezan: «Padre nuestro que estás en los Cielos», pero están inquietas, inseguras y agobiadas.

A las que saben que Dios es su Padre, pero siguen preocupadas, angustiadas, tensas, como si Dios no fuera de verdad su Padre.

A las que creen en Dios y lo aman, pero no acaban de confiar totalmente en Él.

Podrían ser muy felices, pero no lo son.

Y también a tantas personas que, como no reconocen a Dios como Padre, se encuentran solas e impotentes ante los problemas de su vida.

No se trata de un libro ordenado y sistemático.

Son apuntes, reflexiones, ideas y comentarios que he ido reuniendo a lo largo del tiempo para mi meditación personal. El lector podrá encontrar, incluso, algunas repeticiones.

Hace tiempo me di cuenta de que yo formaba parte de ese grupo de cristianos que podríamos llamar «creyentes agobiados», y eso me impulsó a buscar en la Escritura y en los autores espirituales la ayuda para convencerme, con la gracia del Espíritu Santo, de que la confianza en Dios tiene que ser absoluta.

Confiamos en quien nos ama. Confiamos mucho en quien nos ama mucho. Pero solo podemos confiar absolutamente en quien es omnipotente y nos ama con locura. Percibir la santa locura del amor de Dios es la clave para confiar absolutamente en Él y ser felices.

Las ideas y reflexiones que a mí me han servido pueden servir también a otros, y con ese deseo publico este escrito.

Espero que nos ayude a todos a convertirnos en niños pequeños que sonríen tranquilos en los brazos de su Padre.

1. «Estás siempre tenso, hijo mío»

Nos gusta decir que Dios es un Padre, y nos dirigimos a Él con estas palabras que su Hijo nos ha enseñado: «Padre nuestro». Cuando recitamos el Credo, confesamos: «Creo en Dios Padre Todopoderoso». Pero algunos estamos muy lejos de ser coherentes con esa consoladora verdad de fe. ¿Por qué nos cuesta tanto confiar totalmente en nuestro Padre Dios?

Es como si no acabáramos de creer que de verdad es nuestro Padre, que de verdad es omnipotente y que nosotros somos de verdad sus hijos. No hijos en un sentido metafórico, sino real. Para que nosotros pudiéramos ser hijos de Dios, Cristo murió en una Cruz. Nos ha hecho hijos al precio de su Sangre. Jesús no entregó su vida por una metáfora.

Cualquier padre bueno se quejaría si viese que su hijo pequeño no confía en él. El poeta Charles Péguy (1873-1914) pone en los labios de Dios unas palabras que expresan su queja por nuestra falta de confianza. Me he tomado la libertad literaria de modificarlas un poco:

«Yo te conozco bien, hijo mío. Soy yo quien te ha hecho...
Yo sé llevarte de la mano. Es mi oficio...
Mira, se te puede pedir mucho corazón, mucha caridad, mucho sacrificio.
Tienes mucha fe y mucha caridad.
Pero lo que no se te puede pedir, ¡vaya por Dios!, es un poco de esperanza.
Un poco de confianza, vaya, un poco de relajación.
Un poco de entrega, un poco de abandono en mis manos.
Un poco de renuncia a tus preocupaciones.
Estás siempre tenso, hijo mío».

Estamos tensos porque nos preocupan muchas cosas: el pasado y el futuro, los problemas que tenemos que resolver en un plazo fijo, los planes que hemos comenzado y que no conseguimos terminar, la salud, la seguridad, el dinero, los hijos, los padres ancianos. Estamos tensos porque pensamos que todo depende de nosotros, y no confiamos en la ayuda de nuestro Padre.

Es lógico que Dios se queje de nuestra poca confianza. A veces, para lograr que confiemos más, nos hace experimentar de modo especial la ineficacia o la debilidad. No lo hace para amargarnos la vida, sino para que nos abandonemos de verdad en su sabiduría, en su poder y en su amor.

Señor, creo que Tú conoces el pasado y el futuro, y has diseñado un plan maravilloso para cada uno de tus hijos, para mí. Creo que tienes un poder que no conoce límites y que pones a mi servicio. Creo que sientes por mí un amor más grande y más tierno que el de todas las madres del mundo juntas; un amor que se vuelca en mí, como si fuese tu único hijo.

Concédeme, Señor, eso que me pides: un poco de entrega a tu voluntad, de abandono en tus manos, de renuncia a mis deseos de controlarlo todo, de entenderlo todo y de llegar a todo.

2. Dios insiste: ¡Confía en Mí!

El Señor nos pide, de muchos modos, que confiemos en Él. En el libro de los Salmos, nos dice una y otra vez lo mismo:

«Encomienda al Señor tu camino, confía en Él, que Él actuará» (*Sal* 37, 5).

«Deja en el Señor tu cuidado y Él te sustentará, que no abandona para siempre al justo en la zozobra» (*Sal* 54, 23).

Como un eco de todo el Antiguo Testamento, san Pedro nos exhorta en su primera carta:

«Descargad sobre Él todas vuestras preocupaciones, porque Él cuida de vosotros» (*1P* 5, 7).

Y son solo tres ejemplos. ¿Por qué insiste tanto el Señor en que confiemos en Él? El primer pecado fue de desconfianza y soberbia: «No moriréis en modo alguno; es que Dios sabe que el día que comáis de él se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal» (*Gn* 3, 4-5). Y se lo creen. Desde entonces, la tentación de la desconfianza hacia Dios está siempre presente en nuestros corazones.

Para ser felices en esta vida (con la relativa felicidad que aquí podemos tener), necesitamos confiar en Dios, y para confiar es preciso ser humildes: reconocer que con nuestra inteligencia no podemos abarcar la sabiduría de Dios, no podemos entender todos sus planes; pero, al mismo tiempo, hemos de estar totalmente seguros de que nuestro Padre nos ama infinitamente, y no tiene ningún interés en engañarnos ni hacernos daño, sino que quiere lo mejor para cada uno de nosotros, sus hijos. Por tanto, podemos y debemos confiar totalmente en Él.

Señor: desde el comienzo de la historia, llevamos clavada en el corazón la espina de la soberbia y de la desconfianza, y por eso Tú nos repites una y otra vez que confiemos en Ti, que dejemos en tus manos nuestro cuidado, nuestras preocupaciones, porque Tú cuidas de nosotros en todo instante. Haz, Señor, que confiemos de verdad en Ti, que esperemos de Ti todo lo que necesitamos para nuestra felicidad y salvación.

3. Reposa en Dios un momento

Solo confiamos de verdad en las personas a las que queremos y nos quieren. Para confiar en Dios hay que estar convencido de que nos ama, y para eso hay que tratarlo en la oración.

«Deja un momento tus ocupaciones habituales, hombre insignificante, entra un instante en ti mismo, apartándote del tumulto de tus pensamientos. Arroja lejos de ti las preocupaciones agobiantes y aparta de ti las inquietudes

que te oprimen. Reposa en Dios un momento, descansa siquiera un momento en él.

Entra en lo más profundo de tu alma, aparta de ti todo, excepto Dios y lo que puede ayudarte a alcanzarlo; cierra la puerta de tu habitación y búscalo en el silencio. Di con todas tus fuerzas, di al Señor: “Busco tu rostro; tu rostro busco, Señor”» (San Anselmo, *Proslogion*, cap. 1).

No solo al hombre de nuestro tiempo, también al del siglo XII le costaba dejar sus ocupaciones agobiantes y entrar dentro de sí para reposar en Dios.

Los agobios y preocupaciones nos aceleran, estimulan nuestra actividad, nos impiden estar en el presente, y hacen que sea cada vez más difícil descansar en Dios.

Pero ¡tenemos que hacerlo! Tenemos que pararnos, respirar, serenarnos, entrar en nuestra alma, cerrar la puerta, y, en silencio, buscar el rostro de Dios. No es difícil. Nos está esperando con una sonrisa, y pone el brazo sobre nuestros hombros, y nos atrae hacia su corazón, como un Padre enamorado de su hijo, mientras nos dice: “Ya era hora, hijo mío. Cuántas ganas tenía de estar a solas contigo”. Y nosotros, como niños pequeños, reposamos la cabeza en el regazo de nuestro Padre.

Es necesario buscar el rostro de Dios para comprobar cuánto nos quiere, estar a solas con Él, descansar en Él, sentir su amor, disfrutar de su cariño, abrazarnos a Él como niños recién nacidos. Es así como crecerá nuestra confianza en Dios. Y es así como sacaremos adelante nuestra vida, la familia, el mundo, con eficacia, pero con serenidad y paz.

Señor, haz que busque siempre tu rostro, que mire a tus ojos, unos ojos que me contemplan con ternura y me llenan de confianza. En ellos podré verme a mí mismo y a los demás tal como Tú nos ves. Esa mirada es la que vale. No la nuestra. Si tengo intimidad y confianza contigo, veré las personas y los acontecimientos con tus ojos: en eso consiste la verdadera sabiduría, la fuente de nuestra paz.

«Señor, que yo vea con tus ojos,
que yo hable con tus palabras,
que yo escuche con tus oídos,
que yo trabaje con tus manos,
que yo quiera con tu voluntad,
que yo ame con tu corazón» (S. Josemaría).

4. Cada uno es un hijo único para Dios

En una ocasión vi un grafiti que decía: «El hombre está solo». La frase no tenía nada de original, pero me llamó la atención. Traté de imaginarme a la persona que lo había escrito. Y me entraron ganas de completar la frase: «El hombre está solo porque no sabe que es hijo de Dios».

Otros, aun conociendo la existencia de Dios, piensan: “Uf, somos tantos en el mundo... Dios tiene otras cosas de las que ocuparse. No creo que se vaya a preocupar de mis pequeños problemas. De hecho, todo sucede como si Dios estuviese en un mundo y yo en otro. Será grande su poder, pero no lo veo actuar. Lo que veo es que tengo que trabajar, solucionar mis problemas y aguantar si viene una desgracia”.

Pues bien, a pesar de las apariencias, cada uno puede decir con toda verdad estas palabras: “Dios se preocupa de mí como si solo yo existiera en el mundo”.

«Dios solo sabe contar hasta uno», dijo André Frossard. Para Dios no hay masas. Cada uno de nosotros no es un número anónimo en la infinita muchedumbre de la humanidad. Cada hombre es un hijo único para Él. Dios no tiene otra cosa que hacer que pensar, cuidar y amar a cada uno de sus hijos. Es lo que expresa santa Teresa del Niño Jesús de modo muy sencillo:

«El sol ilumina al mismo tiempo a los cedros y a cada florecilla, como si estuviera sola en la tierra; nuestro Señor se interesa también por cada alma en particular, como si no existieran otras iguales».

«Bien sabes –le dice Jesús a Gabrielle Bossis– que cada alma es para Mí como si fuera la única en la tierra».

Aunque Dios tenga muchos hijos, puede estar pendiente de cada uno como si fuera el único. Lo más importante para Él eres tú. Y se preocupa de tus problemas más insignificantes.

¿O es que tiene una inteligencia limitada y un corazón pequeño?

¿Por qué nos empeñamos en reducir su Sabiduría y su Amor?

Aunque nos contemos por miles de millones los habitantes del mundo, nadie es olvidado por Dios ni un solo instante.

Y ese pequeño problema que tengo ahora o el gran problema que puedo tener mañana, es conocido por Dios, y Él sabe muy bien cómo ayudarme.

Podemos considerar como dirigidas a nosotros estas palabras que le dijo a santa Catalina de Siena:

«Hija, olvídate de ti y piensa en mí, que yo pensaré continuamente en ti».

O estas otras que escuchó Gabrielle Bossis:

«No pierdas el tiempo pensando en ti. ¿No estoy yo aquí para cuidar de ti?».

Pero si no nos relacionamos personalmente con Dios, si no hablamos con Él, es muy difícil que entendamos que su cariño sea tan personal, tan íntimo. Y podríamos llegar a imaginar a Dios como un ser impersonal, abstracto y borroso. Hablar con Él, tratarlo como se trata a un Padre, al Amigo que más nos quiere, orar: he ahí la clave para “ver” el poder y el cariño de Dios, y confiar totalmente en Él.

Gracias, Señor, porque Tú me has hecho ver que nunca estoy solo, que estás siempre “pendiente” de mí, porque soy tu hijo, y no estarías tranquilo si dejaras de tenerme un solo instante bajo tus ojos de Padre.

5. Un Dios cercano, que habita en el corazón de sus hijos

Muchos conciben a Dios como un ser lejano, indiferente a sus problemas, que un día echó a rodar el mundo y dijo a los hombres: “Ahí os quedáis”. Y ahora está lejos, más allá de las estrellas, sin ocupación conocida, porque, en realidad... ya no lo necesitamos. Piensan que el mundo, una vez creado, se vale por su cuenta, y que podemos vivir como si Dios no existiera. El deísmo ha dejado una huella profunda en las mentes, incluso católicas.

Ese modo de pensar no es razonable ni, por tanto, cristiano. La creación necesita que Dios la mantenga continuamente en el ser. «Reconocer esta dependencia completa con respecto al Creador es fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza», afirma el *Catecismo*. Y cita unas palabras del libro de la *Sabiduría*:

«Amas a todos los seres y no odias nada de lo que hiciste; porque si odiaras algo, no lo hubieras dispuesto. ¿Cómo podría permanecer algo, si Tú no lo quisieras? ¿Cómo podría conservarse algo que Tú no llamaras? Tú perdonas a todos, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida» (*Sb* 11, 24-26).

Cuando leemos los Evangelios, descubrimos que Dios es un Padre cercano y cariñoso, que nos ha enviado a su Hijo para salvarnos, y al Espíritu Santo, el Paráclito, que significa el Consolador, el Defensor, para que permanezca siempre con nosotros.

Hemos aprendido desde pequeños que Dios está en el Cielo, en la tierra y en todas partes. Que Jesús está en la Eucaristía. Pero tal vez nos hemos olvidado de que el Espíritu Santo está en nuestra alma en gracia. Y que donde está una de las Personas de la Trinidad, están las otras dos. Sí, Dios está dentro de nosotros. Somos templos de la Santísima Trinidad. Dios no puede estar más cerca:

«Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (*Jn* 14, 23).

«Mira, estoy a la puerta y llamo: si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo» (*Ap* 3, 20).

Dios está dentro de la persona que lo ama y guarda su palabra, su voluntad. Y este “estar” es un estar de verdad. Está en nuestra casa, que es la suya. Y nos conoce absolutamente. Sabe todo lo que nos ocupa y preocupa. No está ahí como un espectador indiferente, sino como lo que es, un Padre, un Hermano mayor, un Defensor y Consolador, nuestro gran Amigo:

«Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado.

Y está como un Padre amoroso –a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos–, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando» (San Josemaría, *Camino*, n. 267).

Si Dios está en nosotros, y nosotros estamos en Dios, ¿qué nos puede preocupar? ¿A quién tendremos miedo? ¿Qué o quién nos podrá hacer daño? ¿Qué nos puede faltar?

Tenemos que vivir el consejo de san Agustín: dejar de mirar al exterior y entrar en nuestro corazón, donde está Dios, para hablar con Él y escuchar sus palabras silenciosas que nos llenan de confianza: «Tú eres mi hijo» (*Sal* 2, 7); «No temas, que te he redimido y te he llamado por tu nombre: tú eres mío» (*Is* 43, 1).

Si Tú, Señor, habitas en mí, yo habito en Ti, en tu corazón, porque al ser tu hijo, pertenezco a tu familia. Yo en Ti, y Tú en mí. Eres un Dios cercano, un Dios íntimo, un Dios que no te apartas de cada uno de tus hijos en ningún momento. Ayúdame a percibir tu cercanía, ayúdame a sentir tu íntima presencia en mi cuerpo y en mi alma, porque soy el templo en el que Tú habitas y estás a gusto.

6. Un Dios con corazón de padre y de madre

Han venido desgracias, contratiempos, dificultades. Y pensamos: «Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado». Y Dios nos pregunta, como sorprendido:

«¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues, aunque ella se olvidara, Yo no te olvidaré!» (*Is* 49, 15).

¡Qué confianza deben despertar en nosotros estas palabras del Señor! Una madre no puede olvidarse del hijo de sus entrañas, de su recién nacido. «Pues, aunque ella se olvidara...». Es casi imposible que una madre se olvide de su bebé, pero podría suceder. El amor de Dios va mucho más allá, es superior al de todas las madres del mundo.

¿Hemos imaginado alguna vez a Dios Padre abrazándonos contra su corazón con infinita ternura, defendiéndonos del mal con su infinito poder, mirándonos a los ojos como solo un padre o una madre pueden mirar a su hijo recién nacido? (Él nos ha dado la imaginación, la creatividad, para que podamos verlo de algún modo).

¿Puede ese Padre permitir que algún mal dañe a su hijo? ¡No! Por tanto –nos ha dado la razón para que, con la gracia, podamos pensar como Él de algún modo–, cuando nos envíe algo que nos parezca un mal, hemos de concluir que es un bien para nosotros.

«Sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios», afirma san Pablo (*Rm* 8, 28).

La sabiduría cristiana popular lo ha expresado de otro modo: «No hay mal que por bien no venga».

Pero, además, hemos de pensar, porque es verdad, que cuando nos envía sufrimientos nos está tratando como a las personas a las que más quiere.

Parece difícil aceptarlo, pero ¿acaso no permitió que sufriera su Hijo? ¿No permitió también que sufriera la Virgen María? Si tratásemos de ver las cosas con los ojos de Dios, con los ojos de la fe, caeríamos en la cuenta de que, cuando permite que suframos, nos demuestra que nos quiere, porque nos trata como a su Hijo y como a su Madre. Entonces, el dolor se transformaría siempre en dolor alegre, que es un tipo de dolor exclusivo de los que creen en el amor de Dios, y que está al alcance de todos.

«Si vienen contradicciones, está seguro de que son una prueba del amor de Padre, que el Señor te tiene» (S. Josemaría, *Forja*, n. 815).

Con los ojos de la fe, vemos la verdad de estas palabras de Cristo a Santa Teresa:

«Considera mi vida toda llena de sufrimientos, persuádate de que aquel es más amado de mi Padre que recibe mayores cruces; la medida de su amor es también la medida de las cruces que envía. ¿En qué pudiera demostrar mejor mi predilección que deseando para vosotros lo que deseé para mí mismo?».

Y no hay que sorprenderse si, ante esta visión que proporciona la fe, algunas personas reaccionan con una sonrisa escéptica que puede significar: “estáis locos”, “sois imbéciles” o “la religión os tiene sorbido el seso”. Lo han dicho de Jesús y de todos los que han querido seguirlo de cerca.

7. «Para cada hombre, es padre y una tierna madre»

«El hombre tiene íntima necesidad de abrirse a la misericordia divina para ser amado y comprendido pese a las debilidades de su naturaleza caída; necesita estar firmemente convencido (...) de que Dios es un Padre lleno de bondad que busca por todos los medios confortar, ayudar, hacer felices a sus hijos, a quienes sigue con un amor infatigable, como si Él mismo no pudiera ser feliz si ellos no lo son. El hombre, el más perverso, el más miserable y perdido, es amado con ternura inmensa por Jesús; para cada hombre es padre y una tierna madre» (San Juan Pablo II, *Discurso*, 22.XI.1981).

Nuestro Padre es así: está siempre preocupado de cada uno de sus hijos, busca por todos los medios hacernos felices. Nos sigue con un amor infatigable. No deja de ayudarnos en ningún momento. Es como si Él mismo no pudiera ser feliz si sus hijos no lo son...

Necesitamos amar y sentirnos amados, pero tenemos la experiencia de que el amor de las personas puede fallar. En cambio, el amor que Dios nos tiene no falla nunca.

«Estemos seguros y firmemente persuadidos de que Dios se preocupa intensamente más de nuestra felicidad, de lo que nosotros podemos pretender y desear» (S. Basilio).

Necesitamos sentirnos comprendidos y perdonados, pero ni los mejores amigos comprenden y perdonan totalmente, ni pueden estar siempre preocupados de nuestra felicidad. Solo Dios se preocupa continuamente, y más que nosotros mismos. Por eso, todo lo que Él permite que nos suceda es para nuestra felicidad; quizá no siempre para nuestro bienestar material –que es lo único que a veces tenemos en cuenta–, sino para nuestra felicidad en la tierra y en el Cielo.

Dios está empeñado en hacernos felices, como si no pudiera ser feliz si nosotros no lo somos, pero no confiamos en Él, y por eso llegamos a pensar que quiere amargarnos la vida, porque permite cosas que nos disgustan, o no nos concede lo que le pedimos. No entendemos que también eso es consecuencia de su Amor.

Hace algún tiempo, cayó en mis manos un libro titulado *Él y yo*, que ya he citado más arriba. La autora es Gabrielle Bossis, una actriz y escritora francesa. En el libro se recogen las locuciones que el Señor le iba transmitiendo. Frases sencillas, a veces breves, a veces largas. Considero una gracia de Dios encontrar ese libro. El Señor le dice que todo lo que nos pide es para hacernos felices:

«Ves, todo lo que pido a los hombres es para su felicidad. Pero ellos no lo comprenden y Me tratan como a un Amo exigente. ¡A Mí, el más amante! Cuánto agradezco a aquellos que Me consuelan de esta culpable incompreensión, de su indiferencia y de su desprecio».

Dios es el gran incomprendido. Pensamos que es un amo exigente, pero es un Padre tierno y cariñoso. Pensamos que quiere amargarnos la vida, pero todo lo hace para nuestra felicidad.

8. Dios no se olvida nunca de sus hijos

Cuando las cosas se tuercen y aparecen las contrariedades y los problemas, somos tan tontos que nos planteamos si el Señor se habrá olvidado de nosotros.

Pero Dios no puede olvidarse de ninguno de sus hijos. Es tanto su amor, que no puede dejar de pensar continuamente en cada uno de ellos.

Cuando estudiábamos en la escuela o en el colegio, a veces, para recordar algo, una palabra rara, una fórmula matemática, la escribíamos en la palma de la mano.

Nuestro Padre Dios nos dice:

«Mira: te he grabado en las palmas de mis manos, tus murallas están siempre ante mí» (Is 49, 16).

Nos lo dice así para que nos entre por los ojos... Cuando le pedimos que nos ayude, no lo hacemos para “recordarle” que tiene un hijo, como si su memoria fuera limitada; para hacerle saber qué nos pasa, como si no lo supiera; para que nos atienda, como si estuviese demasiado ocupado en otras cosas más importantes. No. Cuando le pedimos ayuda es para que nosotros confiemos en Él, y recordemos que está pendiente de todo lo que nos sucede. No “despertamos” a Dios cuando le pedimos algo; somos nosotros los que despertamos a la fe y a la confianza cuando pedimos.

9. Un corazón más grande que el de nuestras madres

¿Qué niño no confía en su madre?

Pues Dios nos quiere más que nuestras madres, con un amor más grande que el de todos los corazones de todas las madres del mundo.

¿Quién les dio el corazón a nuestras madres?

Estas son unas palabras que el Señor, al parecer, dirigió a Gabrielle Bossis:

«Oíste el otro día a aquella joven madre que te dijo: “Cuando tengo a mi hijo en brazos lo olvido todo”. ¿Qué es su amor maternal comparado con el mío? Su amor soy Yo quien se lo da. El amor que Yo os tengo es el de un Dios. ¿Te acuerdas? Decíamos: “Es la Locura Divina”. No temas, pues. Pide. Anhela y agradece el amor. Llámate a ti misma pequeña hija de Dios. Esto te dará un nuevo sentimiento».

Nos habla de su Locura Divina de amor por nosotros. Nos hace pensar en el amor de una madre, pero nos recuerda que es Él quien les da a las madres su corazón. Ningún amor maternal es tan tierno como el de Dios, porque es el creador de los corazones.

Si pudieran, las madres no dejarían de pensar en sus hijos. Dios puede. No se olvida de nosotros en ningún instante. Está pendiente de cada uno, con la misma solicitud, más, mucha más, que la de una madre cuando cuida a su hijo pequeño, absolutamente necesitado de sus cuidados.

Y Dios, cuando nos tiene en sus brazos, es decir, siempre, lo “olvida todo”. Porque lo único que le importa es su hijo pequeño, como si nada más que ese hijo existiera en el mundo.

Pero el Señor también es más sabio que todas las madres. Por eso a veces permite que nos sucedan cosas que no entran en nuestra cabeza, que nos parecen incompatibles con un corazón de madre.

Señor, es como si te encontrases en un aprieto: nos quieres infinitamente, pero, a la vez, debes permitir que suframos, y eso tal vez te inquiete, porque nosotros tenemos una inteligencia muy limitada, y podemos pensar que no nos quieres. Tú también sufres, como los padres que tienen que permitir que sus hijos sufran para

que se curen. Y por eso nos dices una y otra vez que no pensemos mal de ti, que todo lo haces para nuestro bien. ¡Dios mío, creo en tu amor!

10. Un Amor sin razones

«Con amor eterno te amo, por eso te mantengo mi gracia» (*Jer 31, 3*).

Dios nos amó primero, antes de que llegáramos a la existencia y, por tanto, antes de que pudiéramos amarlo. Nos ama porque nos ama, sin razones. Su amor de Padre no está en función de nuestros méritos. Es gratuito. Es incondicional. No somos hijos por habernos portado bien. Somos hijos porque Él nos ha querido y creado. Y podemos ser hijos de un modo muy especial, otros Cristos, seres humanos divinizados, miembros de la familia divina, porque Jesucristo dio la vida por nosotros antes de que viniéramos a este mundo, demostrándonos así cuánto nos quiere.

«Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos» (*Jn 15, 13*).

Un padre o una madre quieren a su hijo porque es su hijo. Y si es un malvado, lo siguen queriendo, porque es su hijo.

Mis obras buenas, realizadas con su gracia, son el modo de corresponder al amor creador y redentor de Dios. Pero si le ofendo, no deja de quererme. ¡No deja de quererme! ¡No deja de quererme! Hay que repetirlo mil veces, si es preciso. ¡No deja de querer al hijo pecador! Y porque me quiere, me busca, me llama, me concede la gracia del arrepentimiento, me perdona, me levanta del fango, me lava, me abraza, me llena de besos, me viste con un traje nuevo y hace fiesta porque me ha recuperado. Nunca hay motivo para desconfiar de Dios.

Dios me quiere así, “sin razones”, para que también yo pueda querer a los demás “sin razones”. Por eso, cuando comprendemos cómo nos quiere Dios, aprendemos a querer de verdad a nuestros hermanos. No tenemos en cuenta si nos caen bien o mal, si están de acuerdo con nuestras ideas o no, si pertenecen a nuestra cultura o a otra, si son ricos o pobres, cultos o incultos... Queremos a los demás “sin razones”, sin condiciones, como Dios nos quiere a nosotros.

11. Abrir a Dios la puerta del alma

En las palabras de Jesús a Gabrielle Bossis hay muchas invitaciones a la confianza en Dios, que me han ayudado, y pueden ayudar a los que no acaban de fiarse de los brazos del Padre.

«¿Ves esta gran puerta de hierro y de dura madera? ¡Cómo pesa! Es una puerta que el alma pone ante ella, hecha de miedo y desconfianza. ¿Cómo podría Yo entrar por esta puerta? ¡Oh! Vosotros, mis íntimos, tened gran

confianza en la riqueza de mi amor. Entonces me precipitaré con lo que deseáis, porque seréis irresistibles».

Me resulta muy animante esta idea: si confiamos en Dios, si apartamos esa puerta de hierro hecha de miedo y desconfianza, el Señor entrará en nosotros y nos dará lo que deseemos, porque seremos irresistibles. Si confiamos en Él, será incapaz de negarnos todo lo que necesitamos.

El concepto de “amor irresistible” lo entienden muy bien los padres cuando abrazan por primera vez a su hijo recién nacido: es un amor al que no podrían resistirse; no pueden dejar de querer a su hijo y de apretarlo contra su pecho; solo pensar en no poder hacerlo, les horroriza. Es tan grande la fuerza del amor, que es capaz de romper todas nuestras resistencias y durezas, y convertirnos en personas que parecen haber enloquecido ante la criatura a la que aman.

Todo esto nos ayuda a entender la maravilla del Corazón de Jesús. Nos dice que si tenemos confianza en Él, nos volveremos irresistibles para su amor. ¿Puede Dios ser tan “débil” ante la confianza de sus hijos? ¿Puede Dios querernos tanto?

Señor, haz que no pierda mi capacidad de asombro ante todo lo hermoso, bello y profundo; pero, sobre todo, que sepa asombrarme del amor que Tú me tienes, de tu inexplicable ternura por mí. Ese asombro me ayudará a salir de mi rutina e indiferencia; hará que abra los ojos ante la maravilla de amor infinito, de belleza infinita, de bondad infinita, que tengo dentro de mí.

12. Confianza y amistad con Dios

Entendemos a las personas en la medida en que las amamos. El amor capacita a la inteligencia para un conocimiento que ella sola no podría adquirir nunca. «Caritas oculus est»: la caridad, el amor, es un ojo, escribió Ricardo de San Víctor en el siglo XII. Por eso los padres conocen los deseos de sus hijos aun antes de que los expresen, y pueden entender su conducta cuando para otros resulta inexplicable.

Si no entendemos mejor a Dios y su manera de actuar con nosotros es porque no tenemos amistad íntima con Él. Por eso nos quedamos tan desconcertados en ciertas situaciones, sobre todo en aquellas en las que nos toca sufrir, y nos preguntamos: “¿Cómo es posible que Dios permita esto?”. O bien: “¿Qué he hecho yo para que Dios me envíe esta cruz?”.

Claro está, mientras estemos en esta vida no podremos entender totalmente sus designios. Pero hay un camino –tal vez el único– para comprender un poco más la lógica de Dios: el camino del amor.

Cuando estamos unidos a Dios por una íntima amistad, nos concede como un instinto, el instinto del Espíritu Santo, que nos capacita para comprender de un modo más claro lo que Él hace y dice; y para querer y cumplir su voluntad como si fuera lo más natural para nosotros. La amistad con Dios hace que nos identifiquemos con su modo de pensar y con su querer:

«El hombre no espiritual no percibe las cosas del Espíritu de Dios, pues son necedad para él y no puede conocerlas, porque solo se pueden enjuiciar según el Espíritu. Por el contrario, el hombre espiritual juzga de todo, y a él nadie es capaz juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor, para darle lecciones? Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo» (1 Co 2, 14-16).

Quiero, Señor, tener amistad íntima contigo; quiero pensar como Tú piensas, querer lo que Tú quieres, que me guste lo que a Ti te gusta. Así no dudaré de Ti ante las contrariedades y sufrimientos que me envíes, porque veré detrás de cada acontecimiento tu mano tierna y cariñosa de Padre. Ante la cruz, te diré que sí, que si Tú la quieres para mí, yo también la quiero; y aunque me duela, te daré las gracias con mi último aliento.

13. Papá del Cielo

Es posible que haya alguien a quien no le guste llamar a Dios “Papá del Cielo”. Tal vez le parezca demasiado infantil.

Pero a mí, desde muy niño, mis padres me enseñaron a llamar a Dios así: “Papá del Cielo”; y a la Virgen María, “Mamá del Cielo”. También me enseñaron a “echarle” besos con la mano a Jesús en el Sagrario.

¡Cuánto agradezco a mis padres esas enseñanzas sencillas de vida cristiana! Desde entonces, no he recibido ninguna lección de teología más profunda.

Hoy, a pesar de que ya no cumpliré los 60, quiero tener un año de edad ante Dios y seguir llamándole Papá. Lo quiero y lo necesito. Y estoy seguro de que a Él le encanta.

¿Y acaso la palabra *abbá*, con la que Jesús se dirige a su Padre, no debería traducirse por Papá más que por Padre?

Dios quiere que lo tratemos con confianza, como un hijo pequeño trata a sus padres.

Han hecho un mal servicio a Dios y a los hombres los que trataron de pintarlo como un ser justiciero, frío, implacable, ante quien hay que sentir miedo. ¿De dónde han sacado esa imagen? ¿De qué Escrituras? ¿De qué Evangelio? La Imagen verdadera de Dios es Jesús. Y Jesús se nos presenta como un niño recién nacido, para que lo tratemos con confianza y cariño. Un niño que juega con sus amigos de Nazaret. Un hijo cariñosísimo con su Madre y con san José. Un hombre fuerte y templado que llora, invadido por la ternura, la muerte de su amigo Lázaro. Un hermano mayor que quiere tanto a sus hermanos pequeños, que muere por ellos para que puedan ir al Cielo.

Papá del Cielo, sabes que te quiero, y por eso te doy un beso de hijo, ahora, en este momento; y aunque no te veo, sé que lo recibes y me sonríes, como me sonreía mi padre cuando lo besaba.

14. Actos de confianza en Dios

Cuando estemos bien convencidos que Dios nos quiere con locura y de que cuida de nosotros en todo momento, o cuando no acabemos de estar convencidos, pero queramos pedirle esa gracia, podemos rezar así:

«Este es el Dios de mi salvación: confío y no temo, porque el Señor es mi fuerza y mi canción, y Él me ha salvado» (*Is 12, 2*).

El Señor es mi fuerza y mi canción. Porque cuando uno va por la vida totalmente abandonado en Dios, confiando absolutamente en su amor y en su poder, no puede más que cantar de alegría. Cantar a Dios para alabarlo es propio de un corazón confiado y agradecido, sereno y en paz.

«Porque Tú eres mi esperanza, Señor, Dios mío, mi seguridad desde mi niñez. En Ti me he apoyado desde el seno materno; desde las entrañas de mi madre Tú eres mi protector. Para ti mi alabanza continua» (*Sal 71, 5-6*).

Dios es mi seguridad. Hay muchas personas que sufren de inseguridad. Porque tienen miedo a casi todo. A que les falten el dinero y la salud, a perder el afecto de los demás, a que su modo de actuar no sea el adecuado, sobre todo el adecuado para quienes observan y juzgan. Pero la seguridad en esos terrenos no existe. Y si uno la busca por encima de todo, puede terminar temblando de miedo en un rincón, o hundido en la más profunda tristeza. Lo único seguro es el amor de Dios. Dios no falla nunca, no defrauda nunca, no engaña nunca. Y perdona siempre.

«El Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré? El Señor es el refugio de mi vida: ¿de quién tendré miedo?» (*Sal 26, 1*).

«Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me recogerá» (*Sal 26, 10*).

El salmista se pone en esa situación tan improbable: que los padres abandonen a su hijo. Pues, aunque eso suceda, aunque todos nos abandonen y nos quedemos solos, Dios no nos puede abandonar, porque su amor es fiel, incondicional, eterno.

«Guárdame como la niña de tus ojos; a la sombra de tus alas escóndeme de los impíos que me oprimen, de los enemigos que me ponen cerco» (*Sal 17, 8-9*).

Como a la niña de tus ojos, guárdame. Tal vez no estemos sufriendo ataques de ningún impío enemigo, pero sí de los adversarios de siempre: el egoísmo y la soberbia. Pues bien, el Señor nos protege siempre como a sus hijos más amados.

«Quien os toca a vosotros toca a la niña de mis ojos» (*Zac 2, 12*).

Ese ojo encerrado en un triángulo, que algunos interpretan como el símbolo de un Dios que vigila al hombre para condenarlo, ese ojo representa el cuidado amoroso que Dios tiene de cada uno de sus hijos. Y nos dice no solo que nos mira, sino mucho

más: que somos la pupila de sus ojos. No puede estar más pendiente de nosotros.

15. Un Dios que quiere la amistad con sus hijos

Leo en *La primacía del amor*, de P. J. Wadell:

«¿Podemos tener con Dios la misma intimidad, la misma afinidad entrañable, la misma alegría sentida que conocemos con nuestros amigos más íntimos? [Santo] Tomás dice que es posible; de hecho, insiste en que hablar de nuestra relación con Dios de cualquier otra forma es entender mal el modo como Dios quiere conocernos y amarnos».

«Debemos amar a Dios no de cualquier manera, sino con amor de amistad. Casi parece una blasfemia pensar en Dios de forma tan personal e íntima, pero, para Tomás, es la afirmación fundamental de la vida moral cristiana».

¿Qué es cada uno de nosotros? Un hijo de Dios llamado por amor a ser su amigo, y, por tanto, a compartir su felicidad. «Ya no os llamo siervos, sino amigos» (Jn 15, 15). Dios no quiere siervos, sino hijos que sean a la vez sus amigos.

La amistad es una relación que se da entre iguales. Por eso dice Wadell que parece una blasfemia decir que nuestra relación con Dios debe ser de amistad. La distancia entre el Creador y la criatura parece que hace imposible la amistad. Y si preguntamos a Aristóteles qué piensa de ello, dirá que hay que estar locos para hablar de amistad entre el hombre y Dios. Pero lo que él no sabía es que Dios es un Loco de amor, y quiere que sus criaturas no sean solo hijos suyos por creación, sino que sean hijos por la gracia, hermanos de Cristo, elevados por Él a una vida sobrenatural, divinizados. Y por eso podemos ser amigos de Dios.

De esta verdad maravillosa de la amistad con Dios podemos extraer una conclusión que nos llenará de confianza en Él:

Ya que es mi amigo, y los amigos buscan el bien de sus amigos, puedo decir que Dios está buscando siempre mi bien. Pero no de cualquier manera, sino como si fuese para Él mismo. Dios está dedicado de todo corazón, con toda su Sabiduría, a buscar el bien para mí. Por tanto, si permite mi sufrimiento es porque me conviene.

16. El amor de Jesús por sus amigos

«—¿Dónde le habéis puesto?

Le contestaron:

—Señor, ven a verlo.

Jesús rompió a llorar. Decían entonces los judíos:

—¡Mirad cuánto le amaba!» (Jn 11, 34-36).

El amor que Jesús nos tiene es un amor de verdad, es afecto, cariño; nos quiere con todo su corazón. Y si alguna vez nos ve perdidos o muertos a la vida de hijos de Dios, sufre y llora de pena. Pero, si escuchamos su voz, también nosotros volveremos a la Vida.

Me han ayudado mucho estas palabras de san Josemaría Escrivá:

«Jesús es tu amigo. El Amigo. Con corazón de carne, como el tuyo. Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro...

Y tanto como a Lázaro, te quiere a ti» (*Camino*, n. 422).

Para crecer en confianza con Jesús, necesitamos contemplarlo así: con corazón de carne, llorando por un amigo:

¡Dios llorando por un amigo, por mí!

Pero antes, nació y creció una amistad con aquella familia. En diversas ocasiones, Jesús, con sus discípulos, entra, como si fuera la suya, en la casa de Lázaro, Marta y María: descansa del camino, agradece a Marta la buena comida que les ha preparado, conversa amablemente con todos y cada uno, sonríe ante algo divertido que le cuenta Lázaro, responde con sencillez a las preguntas de María. A veces, se queda hablando a solas, largo y tendido, con Lázaro. Marta le dice un día que le ha comprado unas sandalias nuevas, porque las que lleva puestas ya tienen muchas leguas encima. Y que tiene que comer más, que ha comido muy poco. Lázaro, Marta y María son amigos de Jesús, y tienen mucha confianza con Él, porque Jesús inspira confianza, porque es amable, cariñoso, humilde, porque es Dios y, al mismo tiempo, ¡tan humano! Por eso llora cuando le dicen que Lázaro, su gran amigo, ha muerto.

La amistad crece poco a poco con el trato. Si queremos tener amistad con Jesús, solo tenemos que tratarlo. Él lo desea, Él es el primero en ofrecernos su amistad. Ahora somos nosotros los que tenemos que invitarlo a nuestra casa, que es suya, y hablar con Él y escucharlo, y tener los detalles de amistad que tendríamos con un amigo íntimo.

Señor, quieres que haya amistad entre Tú y yo. Una amistad verdadera. Quieres que nos tratemos con confianza, que hablemos de lo que llevamos en el corazón, que estemos pendientes uno del otro, que busquemos el bien del otro como si fuera para uno mismo, que charlemos de esto y aquello, cuando vamos caminando hacia el trabajo... Y para que esa amistad sea verdadera, me elevas a tu altura divina, y Tú te rebajas a mi altura humana.

¡Qué agradable puede ser la vida, aunque haya sufrimiento y dolor, si somos amigos de Dios!

17. Uno para el otro

Eso es lo que hacen los amigos: viven uno para el otro. Cada uno piensa y busca lo mejor para el otro. Si uno tiene un amigo en la tierra que es así, que te dice: “Uno

para el otro”, entonces te conmueves, te entra por los ojos lo grande que es la amistad, y te es más fácil vivirla con Cristo. La amistad humana es reflejo de la divina, nos prepara y dispone para amar a Dios con amor de amistad. Porque es lo que Él quiere. Es Él quien me dice: “Uno para el otro”.

Al oírlo me lleno de paz porque sé que tengo a mi lado al Dios infinitamente poderoso y amante que está “por mí”, que mira “por mí”, que quiere el bien para mí. ¿A quién temeré?

Tú para mí, y yo para ti. Pero yo, Jesús, ¿qué bien te voy a dar que no tengas ya? Y sin embargo, Tú necesitas mi amistad, mi ternura y mi cariño. Necesitas que yo mire por tus intereses. Yo significo mucho para Ti. Me pides que te ayude a hacer feliz al mundo entero. Confías en mí, que soy tu amigo, y por eso me pides que continúe en la tierra tu misión de Salvador. Me pides que sea tus brazos, tu voz, tu sonrisa, tu rostro.

Me ayuda mucho recordar la pequeña historia que sucedió en la ciudad alemana de Münster, prácticamente destruida durante la segunda guerra mundial. En los bombardeos del 30 de septiembre de 1944, el Cristo de la iglesia de St. Ludgero perdió sus brazos. Cuando iniciaron la reconstrucción de la iglesia, los vecinos encontraron el crucifijo entre los escombros. Algunos eran partidarios de volver a colocar el mismo crucifijo —era muy antiguo y de gran valor—, restaurado con unos brazos nuevos; a otros les parecía mejor encargar una réplica del antiguo. Por fin, después de muchas deliberaciones, decidieron colocar la talla que siempre había presidido el retablo, tal como había sido hallada, pero con la siguiente inscripción: «No tengo otras manos más que las vuestras». Así se puede contemplar hoy sobre el altar.

Jesús, mi Amigo, confía tanto en mí que me dice: No tengo otras manos que las tuyas, y quiero seguir trabajando en el mundo a través de ti, que eres mi amigo; no tengo más voz que la tuya, y quiero seguir enseñando la Verdad a través de ti, que eres mi amigo; no tengo más corazón que el tuyo, y quiero seguir tratando con cariño a todos a través de ti, porque eres mi amigo... Somos uno para el otro.

18. Recordar los beneficios de nuestro Dios

«Una vez que comprendemos hasta qué punto Dios está enamorado de nosotros, ya solo podemos vivir la vida irradiando ese amor» (Madre Teresa de Calcuta).

Primero es el Amor de Dios por nosotros, por mí, por cada uno. Después viene, en correspondencia, nuestro amor hacia Él y hacia nuestros hermanos. El primer amor hace posible el segundo.

Lo primero que debemos hacer es tratar de comprender cuánto nos ama Dios, hasta qué punto está enamorado de nosotros: pedirle y desear la gracia de percibir su Amor.

Para caer en la cuenta de cuánto nos quiere, es muy conveniente recordar con frecuencia, una tras otra, las maravillas que el Señor ha hecho con cada uno de nosotros.

«Muchas maravillas has hecho, Señor, Dios mío, muchos, tus designios en favor nuestro; (...) Si quisiera proclamarlos y pregonarlos, serían incontables» (*Sal 40, 6*).

Intentemos decir y proclamar algunas de esas maravillas:

Nos ha dado el ser, la existencia. Nos ha dado a nosotros mismos. Por amor. Cada uno puede decir: existo porque mi Padre Dios me quiere. Y sigo existiendo cada segundo porque Dios me sigue queriendo y me querrá siempre.

Cuando todavía no existía, Dios pensó en mí y dijo: “Te quiero, y quiero que existas, y quiero que existas eternamente, para que seas feliz conmigo”. Y es tanto su poder y su amor que, al quererme, me creó.

No soy un ser arrojado a la existencia, nacido por azar, un elemento anónimo de una muchedumbre informe. No estoy en el mundo por casualidad, sino porque mi Padre Dios me quiere. ¡Soy fruto del Amor infinito y personal de Dios!

Aunque alguien pudiera decir que no es fruto del amor de sus padres, siempre puede y debe gritar con agradecimiento: Soy fruto del amor de Dios por mí.

Tengo un nombre, un nombre único, el que Dios me ha puesto al crearme. El nombre por el que me llamará cuando me reciba en sus brazos. Porque soy “único” para Él.

Después de nacer, me ha hecho renacer a la vida de los hijos de Dios en el sacramento del Bautismo, y me ha dicho:

«No temas, que te he redimido y te he llamado por tu nombre: tú eres mío» (*Is 43, 1*).

Pero esto le costó a Jesucristo su pasión y muerte en la Cruz. Lo hizo por mí y por cada hombre. Y lo volvería a hacer mil veces si fuese necesario. Su amor es más fuerte que la muerte. Y todo para que el Padre pudiese decir a cada uno:

«Tú eres mi hijo. Yo te he engendrado hoy» (*Sal 2, 7*).

Es tan grande su amor que decidió convertirme en hijo: una decisión que solo cabe en un Corazón divino loco de amor; y que no retractó a pesar del pecado original y de mis pecados personales. Al contrario, a fin de conseguir su propósito de enamorado, no dudó en hacerse hombre como nosotros, y padecer, y morir en una Cruz. Su locura de amor por mí le costó el precio de su Sangre. Él mismo nos dijo:

«Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos» (*Jn 15, 13*).

Y yo puedo decir: Cristo «me amó y se entregó a sí mismo por mí» (*Gal 2, 20*). ¿Cómo es posible que me quiera tanto?

Me ha perdonado tal vez miles de veces en el sacramento de la Penitencia. Cada vez que le pido perdón, me trata como aquel padre de la parábola trató a su hijo cuando regresó a casa: me abraza y me cubre de besos.

«¡Cuántas gracias tenemos que dar a Dios Nuestro Señor, por este Sacramento de su Misericordia! —exclamaba san Josemaría Escrivá—. Yo me pasmo, me conmuevo. Un Dios que perdona me parece tan padre y tan madre a la vez que me echaría a llorar de agradecimiento y de alegría. ¿Qué haríamos sin su perdón?»

La gran maravilla de Dios en favor nuestro es la Eucaristía: la gran prueba de su Amor infinito. Ha venido a mi cuerpo y a mi alma miles de veces porque son sus delicias estar conmigo. En la Eucaristía, el amor de Jesucristo por mí ha superado todos los límites. Quiere venir realmente a mi alma y darme así todo el consuelo que necesito mientras voy de camino, y toda la fuerza que me hace falta para superar los obstáculos que pueda encontrar.

Si apreciamos, aunque sea un poco, el gran don de la Eucaristía, entenderemos que Jesús pueda decirnos a cada uno, con las palabras del blasón de san Juan de Ribera: «Después de esto, hijo mío, ¿qué más puedo hacer por ti?».

Dios está “empeñado” en hacerme feliz, y para conseguirlo me da en cada momento su ayuda, su cariño, su sonrisa. Y me asegura que, si soy fiel, si correspondo con amor a su Amor, me espera el Cielo, me espera Él mismo para hacerme eternamente feliz.

Pero, como sabe que, para llegar a la Vida, me conviene llevar a mi lado una persona inteligente y poderosa que me oriente y me defienda, me da un ángel custodio.

Y en el colmo de la locura de amor, en la Cruz, me dice:

«Aquí tienes a tu Madre» (*Jn 19, 27*).

Contemplar tantas demostraciones de lo mucho que Dios nos quiere, nos hace entender cuáles son los verdaderos motivos de nuestra alegría. ¿Qué puede entristecer o inquietar a una persona que sabe con toda verdad que es querida por Dios?

«Muchas maravillas has hecho, Señor, Dios mío, muchos, tus designios en favor nuestro; (...) Si quisiera proclamarlos y pregonarlos, serían incontables» (*Sal 40, 6*).

Aunque intente recordarlas todas, no puedo, porque son incontables.

¿Es posible que todavía no confíe totalmente en Ti?

19. El amor apasionado de Dios

Parecen dos verdades incompatibles. La primera es la inmutabilidad divina: Dios no cambia, porque es perfecto, lo tiene todo, no necesita nada: «Toda dádiva generosa

y todo don perfecto vienen de lo alto y descienden del Padre de las luces, en quien no hay cambio, ni sombra de mudanza» (St 1, 17).

La segunda es la paternidad amorosa de Dios, que me lleva a preguntar: ¿Pueden un padre o una madre permanecer impasibles o inmutables ante los sufrimientos y alegrías de sus hijos?

Dejando a un lado los debates teológicos sobre el tema, creo que obtenemos una respuesta sencilla mirando a Cristo, que es Dios. «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 9). Y entonces podemos decir que Dios nos ama con un amor apasionado, con un corazón tierno; que llora, sufre y se alegra con sus hijos. Lloro por la muerte de su amigo Lázaro, y al contemplar la Jerusalén incrédula; se conmueve ante el dolor de la mujer que ha perdido a su único hijo. Y sufre en el Huerto de Getsemaní y en la Cruz. No, Dios no es un ser frío, duro e impasible. Dios sufre. Dios sabe lo que es sufrir.

«Si sufres –le dice el Señor a Gabrielle Bossis–, aquí estoy para sufrir contigo. Y soy Yo quien sufro por ti. Únete bien, todo está en la unión. Y si crees en mi amor, te será grato sufrir. Te parecerá que Me devuelves un poco lo que Yo te he dado. ¡Qué amable intercambio aquel en que los corazones rivalizan de amor!».

Cuando yo sufro, Jesús, mi Dios, sufre conmigo. Cuando recibo una herida, le duele más a Él que a mí. Cuando me envía un sufrimiento, Él no se queda ahí mirándome impasible, como si yo no significase más que una piedra para Él. ¡Si soy su hijo! ¿Cómo va a permanecer impasible?

Gracias, Dios mío, porque me acompaña en el sufrimiento y en la alegría. Nunca sufro solo ni me alegro solo, ni moriré solo, porque Tú estás siempre conmigo.

20. «Dios me quiere tanto que los mismos ángeles no lo comprenden»

Hoy leo unas palabras escritas por san Rafael Arnáiz (el hermano Rafael), el 4 de marzo de 1938:

«¡Qué hipocresía decir que nada tiene... el que tiene a Dios! ¡Sí!, ¿por qué callarlo?... ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué no gritar al mundo entero, y publicar a los cuatro vientos, las maravillas de Dios? ¿Por qué no decir a las gentes, y a todo el que quiera oírlo?... ¿Ves lo que soy?... ¿Veis lo que fui? ¿Veis mi miseria arrastrada por el fango?... Pues no importa, maravillaos, a pesar de todo, yo tengo a Dios..., Dios es mi amigo..., que se hunda el sol, y se seque el mar de asombro..., Dios a mí me quiere tan entrañablemente, que si el mundo entero lo comprendiera, se volverían locas todas las criaturas y rugirían de estupor.

Más aún... todo eso es poco. Dios me quiere tanto que los mismos ángeles no lo comprenden. ¡Qué grande es la misericordia de Dios! ¡Quererme a mí..., ser mi amigo..., mi hermano..., mi padre, mi maestro..., ser Dios y ser yo lo que soy!»

El hermano Rafael percibe de un modo intensísimo el amor de Dios por él. Y es tanto su asombro y su alegría, que quiere gritarlo y publicarlo al mundo entero. No importa lo que he sido, no importa el cúmulo de mis pecados. Lo único que importa es que Dios me quiere entrañablemente. Pero, hasta tal punto, que si comprendiéramos ese amor nos volveríamos locos. Hasta los mismos ángeles no lo entienden.

Señor, me gustaría percibir así tu amor. No entiendo cuánto me amas. Si lo entendiera un poco más, si lo percibiera en mi carne, me volvería loco. Este amor entre Tú y yo es una verdadera locura. Tú eres un Loco de amor. Y yo podría estar loco de amor por Ti. Y entonces viviríamos como locos enamorados y felices. Incluso en el dolor. ¡Qué maravilla sería este mundo si todos estuviéramos locamente enamorados de Ti, Señor!

21. «Deja en el Señor tu cuidado»

El salmista le pide a Dios ayuda ante sus enemigos:

«Mi corazón se estremece en mi interior, me asaltan pavores de muerte; me invaden temor y temblor, me cubre el horror» (*Sal* 55, 5-6).

Y esta es la respuesta:

«Deja en el Señor tu cuidado y Él te sustentará, que no abandona para siempre al justo en la zozobra» (*Sal* 55, 23).

Puede suceder que, a pesar de todo, sintamos miedo. Pero ese miedo desaparecerá si seguimos el consejo de Dios: dejar en Él nuestro miedo, confiar en Él, agarrarnos a su brazo de Padre. ¡Y volverá la paz!

«Pero yo, aun el día en que me invade el temor, pongo en Ti mi confianza. De Dios alabo la palabra, en Dios confío, no temo: ¿qué podrá hacerme un hombre?» (*Sal* 56, 4-5).

Pienso ahora en los miedos que a veces nos invaden cuando debemos mostrar ante los demás nuestra identidad cristiana, manifestar lo que somos: hijos de Dios. En un ambiente anticristiano, eso es a veces difícil, y tenemos miedo al qué dirán o pensarán de nosotros. Tenemos miedo al rechazo, a que nos releguen, a quedarnos solos.

Dios nos dará su fortaleza para nadar contra corriente, ser fieles a la verdad, y no traicionar la fe.

«Seréis salvos si os convertís y estáis tranquilos; en la serenidad y la confianza estará vuestra fuerza» (*Is* 30, 15).

Ayúdame, Señor, a reconocer mis miedos, que soy débil y vulnerable. Solo si confío en Ti conseguiré superar el temor a todo lo que me hace sufrir. En tus brazos encontraré la paz.

22. Confianza en Dios y buen humor

La confianza en Dios es el secreto del buen humor.

Las causas del mal humor suelen ser las preocupaciones, las inquietudes, los problemas que no podemos resolver, porque nos provocan desasosiego, tensión, falta de paz. Si conseguimos abandonar todo eso en las manos de nuestro Padre, nos quedamos tranquilos y vemos las cosas de otra manera: apreciamos su lado positivo, nos reímos de nosotros mismos, de nuestra limitación, recibimos con buen humor una broma o una contrariedad, y así damos paz y hacemos la vida agradable a quienes conviven con nosotros.

También nos ponemos de mal humor cuando algo no sale a nuestro gusto. Pero si pensamos que ese “disgusto” es algo que Dios permite para purificarnos, para que se lo ofrezcamos por nuestra salvación y la de todos, las cosas cambian. Cambian tanto que, en lugar de quejarnos, le damos gracias por las pequeñas o grandes dificultades que encontramos en la vida. Y nos reímos, porque nos damos cuenta de que “no es para tanto”, y que el Señor sabe muy bien lo que hace.

Una fuente del mal humor es dar vueltas y vueltas en la cabeza a los pequeños problemas, que de ese modo se convierten en tragedias que nos amargan la existencia. En el fondo, lo que hacemos es girar y girar en torno a nosotros mismos. Tenemos que parar el “tio vivo” de nuestra imaginación, romper el egocentrismo, centrarnos en los demás y en Dios, y dejarlo todo en sus manos.

Otra causa del mal humor, o de falta de sentido del humor, es creerse importante. ¿No conocéis a una de esas personas que se creen el ombligo del mundo y adoptan una actitud grave, miran por encima del hombro, todo se lo toman con gran seriedad, no entienden una broma, y parece que nunca se han reído? Aquí tenéis magistralmente retratada a una de ellas:

«Es directivo de una gran industria, ha cumplido los sesenta, todas las mañanas se levanta a las seis, sea verano o invierno, a las siete está ya en la fábrica, donde permanece hasta las ocho de la tarde o más. Hasta los domingos va a trabajar, aunque el establecimiento y las oficinas estén vacíos; pero una hora más tarde, lo que considera casi un vicio. Es un hombre serio por excelencia, raramente se ríe, nunca se ríe. En verano se concede, aunque no siempre, una semana de vacaciones en la villa a orillas del lago. No conoce debilidades de ningún género, no fuma, no toma café, no bebe alcohol, no lee novelas. Tampoco tolera debilidades en los demás. Se cree importante. Es importante. Es importantísimo. Dice cosas importantes. Tiene amigos

importantes. Solo hace llamadas telefónicas importantes. Hasta sus bromas en familia son muy importantes. Se cree indispensable. Es indispensable. El cortejo fúnebre partirá mañana a las 14.30 horas desde la casa del difunto» (Dino Buzzati, *Las noches difíciles*).

Un hijo de Dios no se da importancia, se ríe de sí mismo, que es el secreto del sentido del humor. Toda su importancia está en ser ¡hijo de Dios! Si soy hijo de Dios, ya tengo el tesoro más grande que se puede tener, ya soy lo más grande que se puede ser. Entonces, me puedo reír de mis defectos, de mi falta de inteligencia, de mi debilidad, porque todo eso tiene una importancia muy relativa.

Esto hay que meditarlo y, sobre todo, pedirle a Dios que nos conceda esta gracia, porque es muy fácil decir: “Hay que reírse de uno mismo”, pero es difícil vivirlo de verdad. Basta con pensar en cómo reaccionamos cuando alguien nos dice que nos enfadamos por tonterías, que somos vanidosos o que tenemos cualquier otro defecto. Y no digo nada si nos hacen ver que no tenemos capacidad para realizar determinadas funciones. ¡Cuánto nos cuesta aceptarlo! Es precisamente entonces cuando tenemos que pensar en cuánto valemos para Dios, reírnos y quedarnos en paz.

¡Cómo facilita la convivencia el buen humor! Necesitamos vivir en un ambiente alegre, en el que no haya tragedias ni peleas por bobadas, en el que podamos expresarnos con sencillez y naturalidad, en el que los demás nos comprendan y tomen nuestros fallos con sentido del humor.

Dios tiene buen humor, Dios se ríe, Dios baila de alegría con sus hijos.

«¡Hay tanta gente que juzga a Dios aburrido!», le dice el Señor a Gabrielle Bossis.

La gente que juzga a Dios aburrido es aburrida, o piensa que hace mal cuando se ríe y se divierte.

En la vida de Jesús hay momentos muy dolorosos, muy duros: el Huerto, la Cruz. Pero también hay momentos agradables, divertidos, de bromas. En Nazaret, con José y María, con sus abuelos, con sus primos y amigos. Y más tarde, en tantas conversaciones con los Apóstoles, que no han quedado recogidas en los Evangelios.

Hay un pasaje de la vida de Jesús que, en mi opinión, no se entiende bien sin tener en cuenta su sentido del humor. Quizá algún escriturista se ría de mí, y eso sería un logro, pues no es fácil conseguir que un escriturista se ría. Los Apóstoles van en la barca, en medio de una buena marejada, y ven a Jesús, pero piensan que es un fantasma, a pesar de que les dice que no, que es Él: «Tened confianza, soy yo, no tengáis miedo». Y Pedro se atreve a pedirle que, si es Él, le mande ir sobre las aguas. Si Jesús no tuviera sentido del humor, le diría a Pedro: “Déjate de tonterías, Pedro. No hace ninguna falta que te pongas a andar sobre las aguas. Quédate donde estás y no hagas cosas raras”. Pero el Señor le dice que sí, que venga, que ande sobre el mar. Y pienso que se lo dice con una sonrisa, y que también se ríe cuando lo ve hundirse y le da la mano para levantarlo, mientras le llama «hombre de poca fe», y le pregunta por qué ha dudado (cf. *Mt 14, 22ss*). Le da una lección de confianza, pero con buen humor.

Los cristianos hemos reflejado, a veces, en nuestros rostros y palabras, a un Jesús serio, que no sabe reír. Como si reír fuese algo malo, indigno de Dios.

Si es Dios quien ha creado la risa y nos la ha dado a los hombres como un distintivo específicamente humano para que nos parezcamos más a Él...

23. La confianza en Dios y el buen humor de Tomás Moro

Si confiamos totalmente en Dios, seremos capaces de razonar como santo Tomás Moro (1478-1535) en la famosa carta que escribió a su hija Margarita, mientras estaba encerrado en la Torre de Londres:

«Ten, pues, buen ánimo, hija mía, y no te preocupes por mí, sea lo que sea que me pase en este mundo. Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor.

Aunque estoy convencido, mi querida Margarita, de que la maldad de mi vida pasada es tal que merecería que Dios me abandonase del todo, ni por un momento dejaré de confiar en su inmensa bondad. Hasta ahora, su gracia santísima me ha dado fuerzas para postergarlo todo: las riquezas, las ganancias y la misma vida, antes de prestar juramento en contra de mi conciencia».

Tomás fue acusado de alta traición por no prestar el juramento antipapista que haría nacer la Iglesia anglicana, por oponerse al divorcio de Enrique VIII, su gran amigo, con Catalina de Aragón, y por no aceptar el Acta de Supremacía, que declaraba al rey como cabeza de la nueva Iglesia.

Era tal su confianza en Dios, que no perdió el buen humor ni en el momento del martirio. El verdugo le pide perdón de rodillas –como era costumbre–, y Moro le dice: «¡Ánimo, hombre!, no tengas miedo a cumplir con tu oficio. Mi cuello es muy corto. Ándate, pues, con tiento y no des de lado, para que quede a salvo tu honradez».

El ejecutor quiere vendarle los ojos, pero Moro se los cubre él mismo, tapándose la cara con un pañuelo que trae. Se reclina despacio, colocando la cabeza sobre el tajo. Al quedarse prendida la barba entre el cuello y el madero, advierte al verdugo: «Por favor, déjame que pase la barba por encima del tajo, no sea que la cortes».

«Éstas fueron las últimas palabras de Tomás Moro. Supo burlarse de sí mismo y colocar sus asuntos, su propia muerte, bajo la lente de lo relativo. Y es que ante Dios, única realidad para la que merece la pena vivir, nuestra muerte tampoco es importante. Hay que tener el alma de un niño y tomar con fuerza la mano del Padre, para poder hacer bromas ante la propia muerte» (Tadeusz Daiczer).

A Tomás Moro se atribuye una oración que manifiesta no solo sentido del humor y sentido común, sino también sentido sobrenatural y confianza en Dios:

«Concédeme, Señor, una buena digestión,
y también algo que digerir.
Concédeme la salud del cuerpo,
con el buen humor necesario
para mantenerla.
Dame, Señor, un alma santa
que sepa aprovechar
lo que es bueno y puro,
para que no se asuste ante el pecado,
sino que encuentre el modo
de poner las cosas de nuevo en orden.
Concédeme un alma que no conozca
el aburrimiento, las murmuraciones,
los suspiros y los lamentos,
y no permitas que sufra excesivamente
por ese ser tan dominante
que se llama: YO.
Dame, Señor, el sentido del humor.
Concédeme la gracia
de comprender las bromas,
para que conozca en la vida un poco de alegría
y pueda comunicársela a los demás. Amén».

24. Vivir es ser querido por Dios

Leo estas palabras de Gabriel Marcel:

«Estar en el mundo quiere decir: ser querido por Dios».

Tendemos a pensar que primero llegamos al mundo y después comienza nuestra relación con Dios. Pero no es así. Llegamos a este mundo porque Dios ha pensado en nosotros y nos ha querido desde toda la eternidad, a cada uno, a mí, con mi nombre y apellidos; y en un momento de la historia, me pone en esta tierra a través de mis padres.

Dios me ha querido, me quiere y me querrá siempre. Por eso, estar aquí, en el mundo, significa que Dios me está queriendo.

Me está queriendo con un amor personal: a mí, como si fuese su único hijo.

Me está queriendo con un amor incondicional: no necesito hacer nada para que me quiera.

Me está queriendo con un amor que pide amor como respuesta: amor con amor se paga.

¿Cuántos conocen esta verdad? Me da pena pensar que muchas personas no saben que respiran porque son queridas por Dios. Viven como si Dios no existiera. Viven sin un amor de verdad, el único que puede llenar sus ansias de ser amadas. Si

supieran que están siendo amadas por Dios, su vida cambiaría, serían felices, dejarían de buscar la felicidad en las charcas y se perderían en el mar del amor infinito.

Señor, deseo que todo el mundo te conozca, que todos los hombres y mujeres del mundo sepan que son amados por Ti, para que todos sean felices en la tierra y en el Cielo.

25. Alguien que me quiere tal como soy

Hace unos días, me regalaron un CD del grupo “Siempre así”. Me gustan todas sus canciones, y de modo muy especial su interpretación de la *Salve rociera*. Pero hay una, cuyo autor es Rafa Almarcha, que no conocía hasta ahora, y que me ha hecho pensar en cómo me quiere Dios.

«Alguien le ha dado la vuelta a mi vida.
Alguien me ha hecho volver a sentir
ese pellizco que te hace cosquillas
cuando el amor se decide a venir».

Dios ha dado la vuelta a mi vida cuando me hizo entender que me quiere, y que puedo confiar totalmente en Él. Y sentí entonces ese pellizco que siente el que encuentra, por fin, a quien le ama de verdad.

«Alguien que llega para quedarse
y que me enseña un camino sin fin.
Alguien que hace que mire adelante
con alegría y ganas de vivir.
Alguien que ha hecho que me ilusione
y que me quiere tal como soy».

Dios ha hecho que me ilusione, que tenga alegría y ganas de vivir, porque me ha descubierto quién soy, su hijo, otro Cristo, y me ha encomendado una misión en la tierra.

Ese Dios me quiere tal como soy. Algunas personas piensan que el Señor no puede estar contento con ellas porque tienen muchos defectos. Y si luchan contra sus defectos es para que Dios las mire de otro modo y las quiera; pero como siempre tienen defectos y vuelven a caer en las mismas cosas, su vida cristiana es angustiosa y amarga.

Dios me quiere tal como soy. Me ha hecho Él. Me quiere con mis limitaciones y carencias. Y ha querido que tenga unas cuantas o muchas por varias razones muy sabias: para que no caiga en el orgullo de pensar que soy perfecto; para que pueda manifestarle mi amor luchando por superarlas; para que sea consciente de que solo no puedo nada; y por último: para que yo aprenda a querer a los demás con sus defectos.

«Alguien que me hace sentir emociones

y me abre puertas por donde voy.
Alguien que sueña lo que yo sueño
y que despierta lo mejor de mí».

Vuelvo a escuchar la canción, y pienso que también el Señor sueña lo que yo sueño, que tenemos el mismo sueño: hacer felices a muchas personas que ahora están tristes, ayudar a mucha gente que necesita luz, consuelo, pan; y después, estar juntos para siempre, con todos sus hijos, mis hermanos, en el Cielo.

Sí, el Señor sabe despertar lo mejor de mí. Y lo consigue no por medio de amenazas, no con gritos y órdenes de mando, no con una mirada que produce miedo, no poniendo ante mí códigos que lo prohíben casi todo. Lo consigue con su amor y con su misericordia, con su sonrisa y su ternura, con sus palabras de ánimo, tomándome de la mano y diciéndome: “Vamos, hijo, que yo te llevo. No te preocupes, que lo estás haciendo muy bien. Eres un campeón”.

Gracias, Señor, porque despiertas lo mejor de mí con tu amor. No mueves mi corazón con un premio barato, ni con el castigo. Me mueves con el amor que me demuestras «clavado en una cruz y escarnecido». ¿Cómo puedo resistirme a quien me quiere tanto? Me pidas lo que me pidas, no podré decirte que no.

«Alguien que sabe llevarme al cielo.
Alguien con quien no me sé resistir».

Dios sabe llevarme al cielo. ¡Claro que lo sabe! ¡Y quiere! Y por eso me envía en cada momento lo que más conviene para mi salvación y la de los demás: alegrías y penas, gozos y dolores, descanso y trabajo, sufrimiento y bienestar. ¡Bendita sea la mano que me acaricia! ¡Bendita sea la mano que me hiere!

«Alguien que mira como yo miro.
Alguien que siempre sé que está ahí.
Alguien que cuida lo que yo cuido.
Alguien me ama, alguien me llama,
para hacerme feliz.
Y yo le he dicho que sí».

Dios mira como yo miro, porque sabe ponerse en mi lugar y ver lo que yo veo, me quiere con sus ojos y me comprende. Como está dentro de mí y me quiere, lo tiene muy fácil. Si estuviera allá lejos, más allá de las estrellas, ¿cómo se iba a poner en mi lugar?

Y yo también quiero mirar como Él mira, ver las cosas como Él las ve, como son de verdad, y para eso me toma con sus brazos y me pone sobre sus hombros, y así puedo verlo todo desde su mismo punto de vista.

Sí, ya sé que es una metáfora, pero si no queréis metáforas recordad qué es la fe y qué son los dones del Espíritu Santo; sobre todo, el don de sabiduría, que nos hace ver las cosas como las ve Dios. Recordad lo que dice san Pablo: que podemos tener el pensamiento de Cristo y sus mismos sentimientos.

Dios está siempre a mi lado, me cuida, me ama, me llama para hacerme feliz. ¡Y yo le he dicho que sí! Porque Él me ayudó.

Recuerdo muy bien el momento de aquel sí. Pero confieso que entonces no tenía ni idea de su cercanía, de lo mucho que Él nos cuida, nos ama y nos hace felices. Ni me imaginaba entonces a Dios como alguien que siempre me hace sonreír con su sentido del humor. Todavía imaginaba a Dios como alguien muy serio.

«Alguien que llena todos mis vacíos.
Alguien que siempre me hace sonreír.
Alguien que ordena mis cinco sentidos.
¡Nos queda tanto por descubrir...!»

¿De verdad que Dios sonríe y nos hace sonreír? Sí. Dios tiene sentido del humor y le encanta vernos sonrientes. Lo que pasa es que somos unos sosos, unos serios, y vamos tan enfrascados en lo nuestro, que no escuchamos lo que nos dice. Jesús nos enseña a reírnos de nosotros mismos, y Él se ríe con nosotros. Cuando, casi sin pensar, me doy importancia, el Señor me mira con una sonrisa divertida y me dice: “¿De verdad? Pero, ¡qué hermano más importante tengo!”. Y entonces me doy cuenta de lo tonto que soy, y me río con Él.

Nos queda tanto por descubrir de la Sabiduría y del Amor de Dios... Dios siempre es más grande, más bueno, más bello, más cariñoso, más tierno, más alegre, de lo que podemos pensar.

«Alguien que es música para mi alma,
por quien merece la pena existir.
Alguien que pinta paisajes en calma.
¡Qué más puedo pedir...!».

Señor, Tú eres música para mi alma, una música maravillosa que solo Tú sabes extraer pulsando con tu ternura las cuerdas de mi ser, porque has amasado mi carne con la Sangre de tu amor. Por Ti vale la pena existir, vivir en esta tierra, navegar en este mar, para cumplir tus planes y llegar al puerto de tu Corazón.

Señor, Tú pintas paisajes en calma. Los he visto tantas veces: campos inmensos de trigo verde, cielos inmensos de amanecer, aire que relaja las entrañas. Gracias, Señor, por el mundo que nos has dado para vivir. No podemos pedir más: con tu Amor lo tenemos todo.

(Gracias, Rafa, por tu canción. Ojalá un día pueda cantarla con vosotros en la tierra o en el Cielo).

26. Vivir el día de hoy como si fuera el único

Pensar en el futuro nos quita la paz: los problemas que están pendientes de solución, los proyectos que no sabemos cuándo terminaremos, lo que puede pasar mañana, porque puede ser que mañana ocurran cosas imprevistas que echen por tierra todos nuestros planes, o que aparezcan nuevas preocupaciones. Y si no es mañana, puede ser dentro de unos días o de unos meses. ¿Qué va a pasar con mi trabajo, con mi familia, con nuestra seguridad?

Tenemos la impresión de “navegar en barcos de papel”. Nos parece que hay muchas cosas “en el aire”, porque dependen de otras personas, del azar, de la buena o mala suerte. No podemos controlar nada, no somos dueños del futuro, y eso nos inquieta todavía más. Y así, en vez de vivir de verdad el día de hoy, sufrimos por anticipado los problemas que, según nuestra imaginación, nos va a traer el día de mañana.

Pero, además, estamos convencidos de que preocuparnos es una exigencia de nuestro sentido de la responsabilidad, un deber, y que si permanecemos tranquilos deberían tacharnos de alocados y botarates.

Pues eso es precisamente lo que a Dios no le gusta: que vivamos preocupados por el día de mañana, cuando resulta que el mañana no está en nuestras manos, sino en las suyas. El Señor nos pide que abandonemos el futuro a su cuidado, y que nos ocupemos de nuestros deberes de hoy, que vivamos el momento presente como si fuese el único del que disponemos para agradecerle.

«Age quod agis»: Haz lo que estás haciendo. O en castizo: «A lo que estamos, tuerto, que se rifa un ojo».

Jesucristo nos ha dicho palabras que deberían llenarnos de paz:

«Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán. Por tanto, no os preocupéis por el mañana, porque el mañana traerá su propia preocupación. A cada día le basta su contrariedad» (*Mt 6, 33-34*).

Lo primero que tenemos que buscar es lo que importa. Y lo que importa, lo único que importa, es que hoy –no mañana, hoy– agrademos a nuestro Padre, realizando por amor a Él lo que hoy nos encarga. Así es como buscamos el Reino de Dios y su justicia.

¿Y mañana? El día de mañana depende del gobierno divino, y nosotros seguiremos estando bajo su protección de Padre, como hoy, y las personas a las que queremos estarán también protegidas por su cuidado amoroso.

Las palabras de Cristo no nos eximen de poner los medios para vivir una vida digna y para ayudar a los demás hombres. Ni nos prohíbe planificar el futuro, hacer nuestras previsiones económicas y profesionales, tener un proyecto de trabajo y poner los medios, en la medida de nuestras posibilidades, para prevenir los problemas de mañana. El Señor nos ha dado una inteligencia capaz de prever, y es su voluntad que la empleemos.

Pero, una vez que hemos puesto los medios a nuestro alcance, dibujado nuestros proyectos y previsto sensatamente nuestros planes, lo más razonable es centrarnos en el día de hoy, que es el único plazo a la medida de nuestras fuerzas.

El futuro no está en mis manos, Señor, sino en las tuyas. Del futuro te encargas Tú, y lo que me pides es que lo abandone totalmente en Ti. Pero totalmente, absolutamente, de verdad. Quieres que centre mi atención en el instante presente, porque es ahora cuando Tú me pides que responda a tu amor con el cumplimiento amoroso de mi deber.

27. La devoción del momento presente

Me alegró mucho leer estas palabras que el Señor dirigió a Grabielle Bossis:

«El momento presente. Pon en él toda tu atención de amor. Ten toda tu vida la devoción del momento presente. Nada del pasado. Nada del porvenir, sino el momento presente de amor».

Cada momento es un tesoro, y si no lo vivimos para Dios, lo perdemos. Pero eso implica confiar totalmente en Él, dejar en sus manos el ayer y el mañana.

Cada momento es único. No volverá. Sería una pena perder la oportunidad de amar al Señor y a los demás ahora.

Otra mujer, Chiara Lubich, en *Ser tu palabra*, nos habla también de la importancia del momento presente:

«La Escritura enseña a hacer bien las pequeñas cosas: esta es precisamente la característica de quien no hace otra cosa con todo el corazón, que lo que Dios le pide en el momento presente.

Si uno vive en el presente, Dios vive en él y si Dios está en él, en él está la caridad. Quien vive el presente es paciente, perseverante, manso, pobre de todo, puro; es misericordioso porque posee el amor en su expresión más elevada y genuina; ama verdaderamente a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas; está iluminado interiormente, es guiado por el Espíritu Santo y por consiguiente no juzga, no piensa mal, ama al prójimo como a sí mismo, tiene la fuerza de la locura evangélica de poner la otra mejilla, de caminar dos millas... (...) Quien vive el presente está en el Cristo Verdad. Y eso sacia, sacia al alma que siempre anhela poseer todo en cada momento de su vida».

Señor, a veces la mente se me va y me pongo tontamente a pensar en el futuro o en el pasado. Ayúdame a volver a donde estoy, al trabajo que tengo entre manos, a la persona con la que hablo, a Ti, a quien estoy hablando en la oración, en la santa Misa o por la calle.

Un poema de la escritora Helen Mallicoat nos enseña que Dios nos espera en el ahora:

«Estaba lamentándome del pasado y temiendo el futuro...

De repente “mi Señor” estaba hablando: “Mi nombre es Yo Soy”.

Hizo una pausa. Esperé. Él continuó:

“Cuando vives en el pasado, con sus errores y pesares, es difícil. Yo no estoy allí. Mi nombre no es Yo fui.

Cuando vives en el futuro, con sus problemas y temores, es difícil. Yo no estoy allí. Mi nombre no es Yo seré. Cuando vives en este momento, no es difícil. Yo estoy aquí. Mi nombre es Yo Soy”».

Ángel Custodio, tú estás siempre a mi lado y tienes como misión conseguir que yo me enamore totalmente de Dios. Dame un toque cuando me haya ido del presente y esté viajando con la imaginación por mundos inexistentes.

28. El hombre quiere ponerse en el lugar de Dios

La mentalidad moderna (y no cristiana) que concibe al hombre como dueño absoluto del mundo, ha contagiado nuestro modo de ver la realidad.

Esa concepción nos inclina a actuar como si Dios no existiera, como si fuéramos dioses, y todo dependiera exclusivamente de nosotros. Queremos controlarlo todo. En consecuencia, asumimos una responsabilidad que solo a Dios corresponde y que solo Él puede llevar.

Pero si el ser humano echa al hombro un peso que excede sus fuerzas, se desequilibra, se agobia, se rompe y se hunde. Algunas enfermedades psíquicas tienen ahí su origen. La ansiedad y el estrés con el que vivimos habitualmente para “llegar a todo” pueden ser la causa de muchas depresiones y agotamientos mentales.

Dios no nos pide eso. ¿Qué padre cargaría los hombros de su niño pequeño con un saco de cien kilos? Nos pide cosas más sencillas: que dejemos a su cuidado la pesada carga del futuro, que hablemos con Él, que tratemos con cariño a las personas que nos rodean, que trabajemos por amor, que estemos alegres para hacer felices a los demás, que llevemos con buen humor las pequeñas contrariedades de cada día... Si cargamos con el saco enorme de las preocupaciones, no tendremos fuerzas para sonreír.

La consecuencia de no abandonar en Dios las preocupaciones y los problemas es que la persona se encierra cada vez más en sí misma, hasta el punto de olvidarse de los que tiene a su lado. Vive como si solo existieran ella y sus problemas, a los que da vueltas y vueltas en su cabeza, una y otra vez. Se aísla de las personas con las que debería convivir. Piensa que nadie la comprende, está de mal humor y se queja de todo. Esa persona sufre y hace sufrir a los que la rodean.

Señor, no quiero ocupar tu lugar. Abandono en Ti todos los problemas y preocupaciones que no puedo resolver y que me absorben el tiempo y la atención, porque quiero tener la cabeza libre para pensar en los demás, en cómo hacerlos felices. Sé que Tú te encargarás de solucionar las cosas mejor de lo que yo había pensado.

29. Sabios ciegos y niños sabios

El antropocentrismo convierte la propia razón en razón suprema, en criterio absoluto de la verdad, del bien y del mal. Lo que yo no comprendo es absurdo. Lo que yo no entiendo es un misterio, y los misterios no tienen sentido. Y no admito

que haya una sabiduría superior a la mía a la que tenga que someterme, porque eso es indigno del ser humano.

Esta actitud queda reflejada de modo brutal en una carta de Heinrich Kerler a Max Scheler: «Incluso si se pudiese probar matemáticamente la existencia de Dios, no quiero que exista, porque me limitaría en mi grandeza».

Quien se pone a sí mismo en el lugar de Dios no puede admitir el misterio del sufrimiento; quiere entenderlo, pero no puede, y concluye que es absurdo. Y si se le dice que confíe en Dios, porque Él sabe más que nosotros, se niega a aceptarlo. No quiere humillarse. Se rebela contra Él o lo juzga cruel y despiadado, o lo niega. La soberbia ciega los ojos del alma.

No podemos tomarnos a la ligera estas palabras del Señor:

«En verdad os digo: si no os convertís y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Pues todo el que se humille como este niño, ese es el mayor en el Reino de los Cielos» (Mt 18, 3-4).

No se trata de un “consejo” más o menos interesante, sino de una condición imprescindible para entrar en el Reino de los Cielos. Si no nos hacemos como niños, no es que resulte más difícil entrar, es que no entraremos.

Por eso afirma san Agustín que lo más esencial de la religión de Jesucristo es, primero, la humildad; segundo, la humildad; y tercero, la humildad (cf. *Cartas*, 118, 22).

El que se hace como niño, el que se humilla, entiende. Y el que no se humilla no entiende. Los que hacen de su razón el criterio de la verdad, se quedan ciegos; los niños, en cambio, reciben la sabiduría divina y ven con los ojos de Dios.

«En aquel mismo momento, se llenó de gozo en el Espíritu Santo, y dijo: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien”» (Lc 10, 21).

Señor, te pido que me hagas niño pequeño en tus brazos, que yo confíe totalmente en tu sabiduría y en tu amor, aunque no entienda. Ante el dolor, el sufrimiento y la muerte, que no comprendo, admito que mi inteligencia es limitada, porque es la de un niño, y que debo confiar totalmente en tu providencia, porque Tú eres bueno y solo quieres mi bien.

30. A Dios le gusta ver a sus hijos tranquilos

A Dios no le gusta ver que un hijo suyo se preocupa y no duerme. No le gusta que, por la noche, al acostarse, piense con inquietud en el día siguiente. Y es razonable que no le guste. ¿No disfrutan los padres viendo dormir a sus hijos pequeños con una cara de infinita paz? Pues Dios también tiene derecho a disfrutar de nuestro abandono en sus manos.

Es lógico y razonable que le duela nuestra desconfianza. Y seguro que le parece ridícula. ¡Un niño pequeño, que apenas sabe hablar, preocupado por el futuro, cuando resulta que su Padre es el Dios Omnipotente!

«Pero que por la noche, al acostarte,
te preocupes del día siguiente,
no me gusta, hijo mío.
No seas tonto, ¿sabes acaso cómo haré el día siguiente?
¿Conoces al menos el color del tiempo?
Mejor harías en rezar tus oraciones.
Yo nunca he negado el pan del día siguiente» (Ch. Péguy).

“Mañana, ¿qué pasará mañana? Nada es seguro. ¿Enfermaré mañana? ¿Tendré dinero para los gastos de mañana? ¿Y si pasa lo que puede pasar? ¿Y si no pasa lo que debería pasar? Tal vez tenga que asegurarme más para el mañana. No es por mí, es por mi familia, por mis hijos...” Así pensamos, y perdemos el tiempo y los nervios. Perdemos el buen humor y se lo hacemos perder a los que nos rodean.

¿Sabemos acaso si el mañana llegará para nosotros? Ni lo sabemos ni Dios tiene intención de decirlo. Porque un Padre como Él merece la confianza plena de sus hijos.

«Ofreced sacrificios de justicia y confiad en el Señor.
Muchos dicen: “¿Quién nos hará ver la dicha?”
Alza sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro.
Tú das a mi corazón un gozo mayor que a ellos
cuando abundan en trigo y vino.
En paz me acuesto y enseguida me duermo,
porque Tú solo, Señor, me haces vivir seguro» (Sal 4, 6-9).

Ayúdame, Señor, a dejar el mañana en tus manos. Al llegar la noche, rezaré mis oraciones de niño: Padre nuestro, hágase tu voluntad. Te pediré perdón de mis faltas de amor, recibiré tu abrazo de Padre, y dormiré tranquilo, sabiendo que me duermo en tus brazos, y que mañana me darás el pan de mañana.

31. Niños pequeños en los brazos de su Padre

Nos consideramos mayores y maduros, personas respetables y muy responsables. Las niñadas de los niños, a lo más, nos hacen reír, y frecuentemente las despreciamos. Tenemos una gran experiencia de la vida. Nos creemos personajes de cierta importancia. Nos gusta que nos escuchen y nos miren, como si estuviésemos sentando cátedra o poniendo un huevo. Exigimos que valoren nuestro trabajo, nuestros méritos, nuestros títulos y nuestras canas.

Pero esa actitud es una fuente continua de inquietudes: ¿Me respetan? ¿Me tienen en cuenta? ¿Qué piensan de mí? ¿Reconocen mis méritos? ¿No me criticarán a mis espaldas? ¿Qué puedo hacer para aumentar mi prestigio?

Cuando estamos a solas con nosotros mismos, cuando nos hemos desnudado de nuestro traje y nos vemos en pijama, en fin, cuando nos decidimos a mirarnos con un poco de sinceridad, nos asaltan nuestros miedos y nos sentimos impotentes ante cualquier vendaval que quiera azotarnos: la mala opinión de los demás, el odio, la enfermedad, el dolor, la muerte. Tal vez en esos momentos echamos de menos nuestros años de niños, cuando pensábamos que nada malo podía pasarnos porque contábamos siempre con los brazos de nuestro padre y el regazo de nuestra madre.

Sin dejar nuestro traje y nuestras canas, que ya no tienen remedio, ¿no sería mejor volver a ser un niño delante de Dios? ¿Ser como un niño pequeño en brazos de nuestro Padre? Entonces se debilita aquella fuente de inquietudes: la soberbia y la vanidad. Y dejan de preocuparnos las exigencias de nuestro orgullo; ya no tenemos que aparentar lo que no somos; ni esforzarnos para que los demás piensen bien de nosotros y nos manifiesten su admiración.

Soy lo que soy delante de Dios, ni más ni menos.

Cuando nos hacemos niños delante de Dios, se seca la fuente de la mayor parte de los problemas: el yo egoísta y soberbio.

Señor, quiero ser un niño pequeño, “irresponsable”, despreocupado y dormilón, en tus brazos fuertes de Padre. Estoy tranquilo y en paz, porque con tu amor y tu sonrisa lo tengo todo. Nada me inquieta, porque Tú estás conmigo, me aprietas contra tu corazón y me proteges de todo mal.

32. Gozos y dolores

Nuestro Padre nos envía gozos y dolores. Pero nos fijamos casi exclusivamente en los dolores, tal vez para quejarnos; y apenas le agradecemos los gozos. Más aún: estamos tan agobiados, que no sabemos disfrutar de las cosas agradables de la vida. Y no quiero ni pensar en los que consideran que a Dios, que es tan serio, no le agrada el gozo de sus hijos...

Dios quiere que sus hijos disfrutemos con gratitud de las cosas buenas que nos da.

Que disfrutemos del trabajo. El trabajo cansa, pero ¿no es un gozo sentirse cansado porque hemos trabajado por amor a Dios y a los demás? Sé también que hay trabajos muy duros, inhumanos... Pero la culpa no es de Dios, sino nuestra, y tenemos que conseguir, entre todos, humanizar el trabajo.

Que disfrutemos del descanso. Jesús, María y José descansaban, y estoy seguro de que esos momentos eran muy agradables para los tres.

Que disfrutemos de la amistad. Es uno de los regalos más grandes que Dios nos ha concedido. Me gusta recordar lo que dice Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*: «La amistad es una virtud o va acompañada de virtud, y además es lo más necesario para la vida. Sin amigos, nadie querría vivir, aun cuando poseyera todos los demás bienes». Jesús es quien mejor nos enseña a valorar y vivir la amistad. Basta

contemplantlo disfrutando de la compañía de sus amigos Lázaro, Marta y María, de la convivencia con sus Apóstoles, o llorando de pena ante la muerte de Lázaro. Se está a gusto con los amigos, y esa amistad es un reflejo de la amistad que Dios quiere que tengamos con Él.

Que disfrutemos de las alegrías de la vida de familia. En la casa de Nazaret, la vida era gozosa, a pesar de las incomodidades propias de una familia pobre. Los padres y los hijos tienen que pasarlo bien juntos. Tan bien, que estén deseando llegar a casa para encontrarse con los demás.

Que disfrutemos de la naturaleza que Él ha creado para nosotros. El amanecer, una puesta de sol, la luz y la noche estrellada, la lluvia y el viento: a un hijo de Dios todo le habla del amor de su Padre. Debería bastar esto para que fuésemos muy cuidadosos con el medio ambiente, la casa de todos los hijos de Dios.

Que disfrutemos de una buena comida y de un buen vino, con moderación y señorío, para celebrar las fiestas litúrgicas y familiares. Jesús, en las bodas de Caná, convirtió el agua en un vino excelente, no en vino avinagrado para amargar el paladar de los comensales.

Que disfrutemos del manjar más extraordinario: la Sagrada Eucaristía, que infunde fortaleza, alegría y paz. Y del maravilloso sacramento del perdón, en el que escuchamos las palabras de Cristo que nos llenan de alegría: “Yo te perdono tus pecados...”

Que disfrutemos de sabernos hijos de Dios. No hay mayor gozo para el hombre, si tiene fe.

Que disfrutemos de la sonrisa y el cariño de nuestra Madre, la Virgen María.

Señor, Tú eres un Padre, nos das unos regalos maravillosos, y gozas viendo cómo disfrutamos de ellos. Ayúdame a “saber disfrutar”, y a no hacer caso a esas personas que te pintan tan serio, tan grave y tan severo. Como si estuvieras eternamente amargado.

Tú quieres que disfrutemos de todo lo bueno que recibimos de tus manos y que te demos gracias por todo.

Y cuando permites que nos sucedan cosas desagradables, esperas de nosotros que sepamos recibirlas como venidas de tus manos para nuestro bien. Y que también te demos las gracias.

33. Rezar, pedir ayuda con confianza

“¡Rezar! —pensamos a veces—, ¡como si rezando se solucionaran las cosas!”.

La oración es absurda para una mentalidad “técnica”, convencida de que las únicas fuerzas que existen son las naturales. Una mentalidad, por otra parte, muy proclive a creer en fuerzas esotéricas.

La oración no vale nada para una mentalidad “utilitarista” y “pragmática”, persuadida de que lo único eficaz es la propia acción. Pero ¡cuántos pragmáticos creen en la eficacia de la pata de conejo o de tocar madera!

La oración es despreciada por una mentalidad “individualista”, imbuida por la idea de que no puede contar con la ayuda de nadie para resolver los propios problemas, lo que no le impide acudir a un vidente para que le revele su futuro.

“Pero ¡es que Dios no va a venir a sacarme las castañas del fuego!”, afirman, llenos de razón. Sí, es verdad. Dios no va a venir a sacarnos las castañas del fuego cuando podemos sacarlas nosotros con nuestras propias manos. Lo que olvidamos es que las castañas, el fuego y las manos son regalos de Dios.

De todas formas, quien así razona demuestra saber muy poco sobre nuestra absoluta dependencia del Señor, y sobre su constante preocupación amorosa por todo lo que sucede a sus hijos. No acaba de comprender qué significa eso de que Dios es Padre.

Me gusta pensar que el problema de las bodas de Caná no era una cuestión de vida o muerte. El novio no calculó bien la cantidad de vino necesario para la boda. Bien, no era un problema grave, podían beber agua... Pero entre los invitados estaba María. Y a una madre no le da igual que un hijo suyo quede bien o mal ante sus invitados. Y consigue de Jesús su primer milagro.

¡Cuántas veces, sin nosotros saberlo, habrá hecho el Señor, por intercesión de su Madre, un milagro en nuestras vidas! ¡Cuántas veces nos habrá sacado las castañas del fuego!

La Virgen nos enseña el medio más eficaz de resolver los problemas: pedir ayuda a su Hijo, rezar, orar. Si Dios quiere que le pidamos, no es para que le recordemos nuestras necesidades. Las conoce perfectamente. Dios quiere que le pidamos para que confiemos más en Él. Para que reconozcamos nuestra verdad –que no podemos nada– y así seamos humildes. Para que deseemos más lo que pedimos, porque así se amplía nuestra capacidad de recibir. Para que caigamos en la cuenta de que Él es un Padre que nos quiere.

Parecemos sordos ante la insistencia divina:

«Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá. ¿Quién de entre vosotros, si un hijo suyo le pide un pan, le da una piedra? ¿O si le pide un pez le da una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se lo pidan?» (Mt 7, 7-11).

Jesús alude a cómo reaccionan los hombres ante las peticiones, para dejarnos claro que sí, a pesar de nuestros defectos, damos lo que se nos pide, mucho más nos dará Dios cuando acudimos a Él. ¿Recordáis la parábola de la viuda que pide justicia al juez inicuo una y otra vez, hasta que, por miedo, se la concede? ¿O la del hombre que despierta a su vecino para pedirle comida, pues acaba de llegar un amigo suyo y no tiene nada que ofrecerle?

Después de toda su insistencia para que confiemos en Él, me da por imaginar a Jesús preguntándose, un tanto sorprendido ante nuestra falta de confianza: “Pero, ¿qué más podría haberles dicho?”

Gracias, Señor, por tu continua ayuda, porque estás siempre a mi lado, porque me das la fuerza para caminar, me levantas cuando caigo, destruyes los muros que me impiden amarte. Pero lo haces todo tan suavemente que no lo veo; no te veo, Señor. Me parece que todo lo hago yo. No veo tu mano poderosa. No veo el aire que respiro. No veo la luz que todo lo ilumina. Ayúdame a reconocer tu luz y tu fuerza en cada latido de mi corazón.

34. Trabajamos en la viña de nuestro Padre

Cada nuevo día, Dios nos dice: «Hijo, vete hoy a trabajar en la viña» (*Mt 21, 28*).

El mundo es de nuestro Padre. Y nos ha pedido que, con nuestro trabajo, colaboremos con Él para perfeccionar la creación, obtener nuestro medio de vida, ayudar a los demás y, al mismo tiempo, construir el Reino de Dios.

Cuando por la mañana nos levantamos, podemos pensar en esto y llenarnos de ilusión: “Voy a trabajar a la viña de mi Padre; hay algunos problemas que resolver y dificultades que afrontar, pero el dueño de la viña, que es la Luz, la Sabiduría y el Poder, está de mi lado, está a mi favor”.

Quienes trabajan solos, porque piensan que su viña es solo suya, como si su trabajo no tuviera nada que ver con Dios, se sienten impotentes ante los conflictos y apuros. Por eso están en tensión, inseguros, preocupados, agobiados y llenos de ansiedad.

¡Qué diferente es trabajar con la convicción de que estamos en la viña de nuestro Padre! Trabajamos muy tranquilos, porque Él se encarga de solucionar lo que escapa a nuestro poder, se ocupa del futuro, del crecimiento de la viña, de que haya buen vino el día de mañana.

Ante los problemas que se presenten, podemos decir con toda verdad: “Este asunto es de Dios y mío. No estoy solo”. Más aún: como es un Padre, Él hace suyas todas nuestras preocupaciones, y es el más interesado en que se arreglen del modo más conveniente para todos.

Tú me pides, Señor, que confíe en tu criterio: si las cosas tardan en solucionarse, es que conviene: Tú sabrás por qué; si no se solucionan, será que es lo mejor, aunque no alcance a comprenderlo. Dame, Señor, la paz que tanto necesita mi alma. Concédeme la gracia de descansar en Ti, de confiar en Ti, de dejar todas las preocupaciones a tu cuidado, para ocuparme de cultivar tu viña, con la alegría del que sabe que con cada esfuerzo realizado por amor está haciendo felices a los demás.

35. Dejar el trabajo para descansar con el dueño de la viña

«Son mis delicias—dice Dios— estar con los hijos de los hombres» (*Prov 8, 31*).

Si nosotros estamos en “nuestras” cosas, en “nuestras” preocupaciones, en “nuestro” futuro; si vamos por la vida a toda prisa, con el ansia de llegar a cuantas más cosas mejor, perdemos unas oportunidades estupendas de disfrutar de la presencia del Padre.

Tal vez Él se esté preguntando: “¿Cuándo se relajará un poco este hijo mío? ¿Cuándo dejará de moverse, de hacer cosas y preocuparse de tonterías, para poder estar conmigo y Yo con él?”

Podemos disfrutar de la presencia de nuestro Padre en todo momento, pero es muy importante que de vez en cuando dejemos a un lado todo lo demás para estar a solas con Él y contarle lo que nos ha pasado, lo que tenemos en la cabeza, y decirle que lo queremos

Hablar con Dios, hacer unos minutos de oración, consiste en dejar el trabajo para ir a sentarnos al lado del dueño de la viña, nuestro Padre, que nos está mirando con una sonrisa. A veces sentimos que es Él quien nos dice: “Deja eso y ven a estar conmigo”.

Nos sentamos a su lado, tal vez en una iglesia, o en nuestra habitación, o en cualquier lugar donde podamos estar un poco tranquilos. Y quizá no seamos capaces de decirle nada, porque nos puede el cansancio. Pero estamos con Él, y eso le gusta muchísimo. Y si llegamos a dormirnos, podemos imaginar que pone su brazo sobre nuestros hombros, nos acerca a su pecho y sonríe complacido.

Otras veces, la mayoría, estaremos más despiertos, y seremos capaces de mantener con nuestro Padre una conversación sencilla y confiada, en la que hablaremos del trabajo que estamos realizando, de las personas que llevamos en el corazón, de la Iglesia... ¡De los asuntos que compartimos con Él! Y si alguna preocupación se ha metido en nuestra cabeza, se la contamos, y Él nos dirá: “Tú haz lo que puedas. Lo demás déjalo de mi cuenta”.

Minutos de silencio para hablar, para contarle lo que queramos, darle gracias, pedirle perdón, hacer propósitos de agradecerle, pedirle ayuda para sacar adelante lo que nos ha encomendado. Minutos de silencio para escuchar, para que Él nos diga cuál es su voluntad, para percibir su amor por nosotros. Momentos del corazón, en los que a lo mejor Él nos pregunta: “¿Cuánto me quieres?” Y nosotros, extendiendo los brazos hasta que ya no podemos más, le decimos, como a nuestros padres, cuando éramos niños: “Infinito”.

Entonces se entusiasma con su hijo y nos da un abrazo muy fuerte y nos llena de besos.

36. Querernos a nosotros mismos, porque Dios nos quiere

Tenía yo un amigo que se mataba por servir a todo el mundo, hasta el agotamiento. Nunca decía que no. Siempre estaba pendiente de todo y de todos. Y todos lo admiraban. Pero llegó un momento en el que no pudo más.

Le aconsejé que hablara con un psicólogo, también amigo mío. No es fácil que alguien te haga caso cuando le das ese consejo, pero mi amigo estaba tan mal que no lo pensó dos veces. Cuando le pregunté qué le había dicho el psicólogo, me respondió: “Que no me quiero a mí mismo”. Sonreí con escepticismo ante el diagnóstico, como si fuera una bobada.

Han pasado muchos años y he conocido a muchas personas con el mismo problema.

Son personas que, en efecto, no se quieren a sí mismas. Pero, como es lógico, necesitan sentirse queridas, valoradas y apreciadas. Y una posible reacción a esa necesidad consiste en darse a los demás de una manera “inmoderada”, sin tener en cuenta que necesitan cuidar su salud y descansar. Necesitan demostrarse a sí mismas, a los demás y a Dios que valen, que son buenas, a fin de recibir el aprecio propio y ajeno. Porque en el fondo están convencidas de que no valen nada. Quizá no se quieren porque sus padres y compañeros no supieron quererlas, quizá por otros motivos. No lo sé.

En todo caso, el amor a uno mismo, que es el amor más básico y elemental, es absolutamente necesario para el desarrollo normal de la persona. Es lo más natural: todos aspiramos, por naturaleza, a ser felices. Pero esa inclinación a la felicidad debe ser afirmada por el amor que recibimos de los demás.

Lo primero que necesitamos de modo radical para existir, vivir y progresar desde el punto de vista físico, psíquico y espiritual es ser amados. Si se cumple esa primera necesidad, podemos amarnos ordenadamente a nosotros mismos, y entonces podemos también desplegar de modo adecuado nuestra inclinación a amar a los demás y a Dios.

Cada persona humana existe porque Dios la quiere por sí misma, con un amor incondicional y eterno; sin ese amor no podría ser ni mantenerse en el ser; y después necesita ser amada como un don inmerecido por sus padres y por otras personas para que pueda nacer, vivir y crecer. Antes de amar, necesita recibir el amor.

El hombre –afirma Benedicto XVI– «no puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don. Es cierto –como nos dice el Señor– que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (cf. *Jn* 7, 37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf. *Jn* 19, 34)» (*Deus caritas est*, n. 7).

Cuando la persona es amada de verdad, se desarrolla en ella de modo adecuado, normal, su inclinación natural al amor de sí. Y de esa manera se capacita adecuadamente para amar a los demás “como se ama a sí misma”, para “tratar a los demás como querría que la trataran a ella misma” o “para no querer para los demás lo que no querría para ella misma”, que son diversas formulaciones de la misma regla de oro del amor. El dar y el darse es siempre una respuesta al amor recibido.

El amor de los padres es esencial para el desarrollo del amor del hijo a sí mismo. El niño puede sentirse bien querido, mal querido o no querido. El niño se desarrolla de modo normal si es bien querido, no solo por cada uno de sus padres, sino por un padre y una madre que se quieren uno al otro. Si el niño no es amado como debe serlo, no se amará adecuadamente a sí mismo, y eso se refleja muchas veces en la falta de autoestima, en desórdenes del carácter, en conductas antisociales, e incluso en desequilibrios psíquicos. En muchas ocasiones, la animadversión y el desprecio hacia uno mismo se deben a las heridas que se han recibido por falta de amor de los padres, o por un amor mal entendido.

En el proceso de educación y desarrollo, nos hacemos conscientes progresivamente del amor recibido de nuestros padres, y esa es la clave para poder percibir, antes o después, el amor de Dios; para darnos cuenta de que Dios nos ama incondicionalmente: no por lo que hacemos, sino por nosotros mismos, porque somos sus hijos. Y punto.

Pero puede suceder que la persona no haya sido bien amada, y, en consecuencia, no se ame a sí misma. Pues bien, es entonces cuando, con más motivo, debe pedir a Dios que le ayude a percibir su amor. Esta es la clave para superar la falta de amor a nosotros mismos: sabernos amados por Dios. La percepción de su amor por nosotros hace que nos queramos de verdad, ordenadamente; que nos queramos como Él nos quiere (por nosotros mismos) y que nos valoremos como Él nos valora (que derramó su Sangre por nosotros en la Cruz).

Sobre la falta de amor hacia nosotros mismos, habló también el papa Francisco en la Jornada Mundial de la Juventud de 2016:

«Esta es una gran tentación, que no solo tiene que ver con la autoestima, sino que afecta también la fe. Porque la fe nos dice que somos “hijos de Dios, pues ¡lo somos!” (1Jn 3,1): hemos sido creados a su imagen; Jesús hizo suya nuestra humanidad y su corazón nunca se separará de nosotros; el Espíritu Santo quiere habitar en nosotros; estamos llamados a la alegría eterna con Dios. Esta es nuestra “estatura”, esta es nuestra identidad espiritual: somos los hijos amados de Dios, siempre.

Entendéis entonces que no aceptarse, vivir descontentos y pensar en negativo significa no reconocer nuestra identidad más auténtica: es como darse la vuelta cuando Dios quiere fijar sus ojos en mí; significa querer impedir que se cumpla su sueño en mí. Dios nos ama tal como somos, y no hay pecado, defecto o error que lo haga cambiar de idea. Para Jesús –nos lo muestra el Evangelio–, nadie es inferior y distante, nadie es insignificante, sino que todos

somos predilectos e importantes: ¡Tú eres importante! Y Dios cuenta contigo por lo que eres, no por lo que tienes: ante él, nada vale la ropa que llevas o el teléfono móvil que utilizas; no le importa si vas a la moda, le importas tú, tal como eres. A sus ojos, vales, y lo que vales no tiene precio» (Francisco, *Homilía en la Santa Misa para la Jornada Mundial de la Juventud*, 31.VII.2016).

37. Venid a descansar un poco

«Reunidos los apóstoles con Jesús, le explicaron todo lo que habían hecho y enseñado. Y les dice: “Venid vosotros solos a un lugar apartado, y descansad un poco”. Porque eran muchos los que iban y venían, y ni siquiera tenían tiempo para comer.

Y se marcharon en la barca a un lugar apartado ellos solos. Pero los vieron marchar, y muchos los reconocieron. Y desde todas las ciudades, salieron de prisa hacia allí por la tierra y llegaron antes que ellos. Al desembarcar vio una gran multitud y se llenó de compasión por ella, porque estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas» (Mc, 6, 30-34).

“¿Descansar? ¿Con tanto como hay que hacer? Hay muchas cosas inaplazables que me esperan. Además, los cristianos tenemos una labor muy urgente: evangelizar. Hay millones de personas a las que hay que dar a conocer la Verdad... Descansar es una irresponsabilidad. Solo hay que hacerlo cuando no queda más remedio”.

Algunas personas muy bien intencionadas piensan así. Consideran el descanso como una falta de responsabilidad. Han olvidado dos verdades muy importantes:

Primera: que nadie les ha dicho que carguen sobre sus hombros con los problemas del mundo y que los solucionen urgentemente.

Segunda: que Dios quiere que descansemos, porque nos ama y desea que cuidemos la salud del cuerpo y la salud del alma. Por tanto, cuando una persona descansa como y cuando debe descansar, está haciendo la voluntad de Dios, y, por tanto, está caminando por el camino de la santidad, y construyendo el Reino de Dios en el mundo.

Si entendemos bien qué significa “descanso”, podemos llegar a la conclusión de que, en cierto modo, trabajamos para poder descansar, y no al revés.

Me explico: el descanso es un concepto muy amplio. No se refiere únicamente al cese de toda actividad, como cuando dormimos, sino también a la realización de actividades que no son trabajo: conversar con la familia o los amigos, comer, jugar, leer, escuchar música, ver una película de cine, pasear con alguien, hacer ejercicio físico para mantener la salud, etc. Gracias al trabajo, podemos hacer todo eso, que enriquece nuestro espíritu y enriquece a los demás. Pero, sobre todo, podemos

tratar a Dios con calma: hacer oración, participar en la Misa, estar con Él...

Necesitamos el ocio que nos permite contemplar a Dios y disfrutar de su presencia. Hay unos versos de Gerardo Diego con los que el poeta le pide a Dios “su” ocio para adorarlo:

«Dame, Señor, tu ocio, ocio para adorarte,
ocio de pensamiento si las manos se enfangan,
ocio azul del espíritu mientras cavila el seso,
ocio de Ángel sin tiempo tras cancela de plumas,
de mariposa absorta en el borde del Cáliz
que abre y cierra sus alas abanicando el éxtasis,
ocio de alta vigilia reclinada en tu sueño.
No tener prisa, no tener prisa, no tener prisa.
Señor, Tú estás presente, Tú eres presente,
Tú eres el Presente».

«No tener prisa, no tener prisa, no tener prisa». Cuánto bien nos puede hacer este pensamiento repetido.

Señor, que no esté pensando en el después, que no ansíe el mañana, que no viva en el futuro; que sepa amar el hoy, vivir el ahora, en el que estás Tú, que eres el Presente.

38. Dios quiere que descansemos

Leo en un libro de teología que la caridad no se puede ejercitar siempre. Por ejemplo, mientras uno duerme. Como uno no es consciente –afirma el autor–, no puede amar a Dios en esa situación. Muy bien pensado, muy lógico, muy racional. Está claro que mientras uno duerme no puede realizar actos libres.

Pero hay otro modo de ver las cosas, y es el que manifiestan las palabras que, según Grabielle Bossis, le dijo el Señor en una locución:

«Duermes, pero no por eso dejo de mirarte... Entonces, pídele a tu ángel que ofrezca esas respiraciones de tu reposo también para mi gloria, como tu Loira, que no se detiene jamás, ni de día ni de noche. ¡Qué sencillo es el Amor! Despiertos se ama; dormidos se sigue amando».

A los que piensan que descansar es un paréntesis en su santificación, y son tan responsables que trabajan sin descansar, y que, si pudieran, seguirían trabajando en lugar de dormir, les vendrá bien tener en cuenta que el amor sigue unas leyes diferentes.

Es Dios, nuestro Padre, el que quiere que descansemos, porque somos sus hijos, y los padres quieren que sus hijos descansen. Por tanto, no dejamos de amar cuando dormimos o cuando descansamos. Porque amar a Dios es hacer su voluntad, y su voluntad es que descansemos y durmamos. No se trata, pues, de un paréntesis en

nuestra santificación, ni de un paréntesis en nuestra misión de cooperar con Él en la salvación del mundo. ¡Así de sencillo es el Amor!

El Señor quiere que cuidemos nuestro cuerpo, que cuidemos nuestra salud física y psíquica, porque nos quiere y somos suyos, sus hijos, otros Cristos. Y cuando trabajamos, es Cristo quien trabaja a través de nosotros; cuando descansamos, es Cristo quien descansa; cuando evangelizamos, es Cristo quien evangeliza.

«Tu cuerpo Me pertenece. Cuídalo porque es Mío. Haz tu trabajo, porque es mi trabajo. Descansa para reposarme, y cuando hablas al prójimo, es mi vida pública» (Gabrielle Bossis).

Pero solo descansa de verdad el que confía totalmente en Dios.

El que no confía en Él no consigue descansar, porque no es capaz de dejar las preocupaciones en sus manos.

Quizá tenemos que aprender a descansar abandonando todo en Dios. Quizá sea un buen ejercicio, si somos excesivamente responsables, “forzarnos” a ser “irresponsables”, y dedicar un tiempo a no hacer nada, para que nos quede claro que Dios nos quiere por nosotros mismos, no por lo mucho que trabajamos.

39. La moral del éxito

La moral del éxito es propia de los que no esperan una vida eterna. Cifran todas sus esperanzas en lograr el éxito aquí, en el mundo del negocio, de la ciencia, de la literatura, del arte, de la canción, del deporte o de lo que sea. El objetivo de su vida es la propia gloria, un gran pedestal.

Pero hay pocas cosas que produzcan más inquietud que la moral del éxito.

Mientras no se alcanza el triunfo, todo es inquietud e inseguridad, porque no se sabe qué pasará. El triunfo no depende casi nunca de uno mismo: hay muchos factores que no podemos controlar. Se teme a todo y a todos. Especialmente a aquellos que pueden ser un obstáculo para nuestra carrera hacia la cumbre. Tal vez haya que hacerles alguna “jugada” para eliminarlos de la competición. Y seguro que ellos traman otras “jugadas” para eliminarnos a nosotros. Hay que desconfiar siempre de todos...

Se teme también lo inexistente, lo que no sabemos si ocurrirá, pero que podría ocurrir y echar por tierra nuestros objetivos: una enfermedad, un accidente, un suceso inesperado... ¡Nunca se sabe!

El trabajo —pensemos, por ejemplo, en la preparación de unas oposiciones— que se realiza con la mirada puesta exclusivamente en el éxito, no se hace con ánimo sereno, porque puede suceder que, al final, tantos esfuerzos no sirvan para nada. Es un trabajo sin valor actual: su valor depende de un acontecimiento futuro —el éxito—, que puede darse o no.

Los romanos recurrían a la diosa Fortuna para asegurar el triunfo en la vida. Pero Fortuna es muy caprichosa y *azarera*, por eso se la representa a veces con una rueda, una especie de ruleta de la buena o mala suerte. Fortuna es insegura y caprichosa.

Si llega el momento y no se alcanza el éxito, se “confirma” que todo el trabajo realizado ha sido tiempo perdido. Uno se puede consolar con eso de que ha ganado experiencia, pero de hecho no ha alcanzado el objetivo que se había propuesto. Por eso, no es raro que quien fracasa se desespere y se hunda en la tristeza.

Además, en una sociedad donde lo único que se valora es el triunfo, el fracaso es un pecado, y un pecado que habitualmente no se perdona.

¿Y si llega el éxito? Bueno, se consigue prestigio y cinco minutos de gloria. Pero, a partir de ese momento, todos esperan del triunfador nuevas y más brillantes adquisiciones, y se convierte en esclavo de las expectativas. La inquietud se hace mayor, si cabe.

Las cosas funcionan de una manera muy diferente para el hijo de Dios. También él puede tratar de alcanzar éxitos en su vida, pero la gran diferencia es que, por una parte, no pone en el éxito su corazón, como si fuera lo que da sentido a la existencia; y, por otra, no busca el éxito para la satisfacción personal, sino como medio para ayudar a los demás y amar Dios. Ante el éxito, reacciona con humildad: “Toda la gloria para Ti”.

Mientras se prepara, está tranquilo, porque sabe que lo que está haciendo ya tiene valor, con independencia de los resultados futuros. Lo que un cristiano hace hoy y ahora por amor a Dios, tiene un valor en sí mismo, y muy grande, tan grande como el amor que en ello pone, tan grande como el valor que le da Dios. Y, además, con ese trabajo, está ayudando a todo el mundo a ser mejor.

Estos pensamientos no son un consuelo sin fundamento. Los cristianos creemos en la común-unió de todos los que formamos parte de la Iglesia: cualquier cosa buena que uno hace repercute positivamente en los demás, estén donde estén. Da gozo pensar que el trabajo escondido de un cristiano, en un despacho, en el hogar, en el campo, en una fábrica, tiene trascendencia mundial...

¿Y si fracasa? El hijo de Dios no fracasa. Su trabajo ha servido para unirse más a Dios y ayudar a los demás. De cara a la eternidad, el éxito ha sido alcanzado ya en cada instante.

Además, un revés puede hacernos más humildes y comprensivos con los demás.

Cuando vemos así las cosas, en lugar de hundirnos, seguimos trabajando, porque queremos servir a nuestros hermanos los hombres. Y si no puede ser con un trabajo de gran altura, para el que no estamos capacitados, será con otro.

Cada uno tiene los talentos que ha recibido.

Si lo que realmente nos interesa es la gloria de nuestro Padre y el servicio a los demás, trabajaremos con la paz y el sosiego de los hijos de Dios.

40. La confianza en Dios y los trabajos de evangelización

Tenemos la misión de colaborar con Dios en la obra de la Redención: llevar el mundo a Dios, dar a conocer el Evangelio de Cristo, trabajar con Él en la construcción de su Reino, un reino de amor y de paz. Y un modo de llevar a cabo esta misión es el apostolado o evangelización: ayudar a otros con nuestro ejemplo y nuestra palabra a acercarse a Dios.

Incluso en algo tan santo puede suceder que, en la práctica, confiemos más en nosotros que en Dios: en nuestra simpatía, en nuestra facilidad de palabra, en los brillantes argumentos que exponemos. Queremos que las personas cambien inmediatamente con la fuerza de nuestro sagaz razonamiento. Y como eso no sucede, nos entristecemos y caemos en el desánimo. Es verdad que debemos poner nuestras cualidades humanas al servicio de la Verdad, pero la eficacia sobrenatural depende de Dios.

Otras veces, en lugar de actuar con rectitud de intención, solo por amor a Dios, buscamos solapadamente nuestro éxito personal, queremos ver los frutos de nuestra labor, porque en el fondo pensamos que se deben a nuestra eficacia. Los frutos vendrían a confirmar que valemos, que somos buenos apóstoles, que Dios está contento con nosotros... ¿Y si no hay frutos o no se ven? Entonces, nos sentimos fracasados, echamos la culpa de nuestra desgracia a lo mala que es la gente y tiramos la toalla.

Los frutos son de Dios. Él es el que da la gracia para que las personas respondan con libertad. A nosotros no nos pide frutos, resultados. Solo nos pide que colaboremos con Él: que mostremos el “rostro de Jesús” en nuestra conducta y en nuestras palabras. Y que nuestra intención sea tan recta que estemos dispuestos a trabajar toda nuestra vida sin ver un solo fruto, si esa fuese su Voluntad.

Si alguien no responde a la llamada de Dios, es lógico que sintamos pena, pero una pena que nos lleva a desagraviar al Señor, a compensarlo con nuestro amor, y a seguir pidiendo que ayude con su gracia a esa persona.

Es importante recordar una verdad que nos enseña Jesús: el Pastor de las ovejas es Él. Y si una se pierde, deja a las demás en el redil y sale en busca de la perdida. Es Él quien está más interesado en que todos vuelvan a la casa del Padre. No somos nosotros los “protagonistas” de la evangelización, los “más interesados”, los que tienen que implorar a Dios que deje, por favor, a un lado los grandes problemas del universo en los que está ocupado, y se moleste en ayudar a una persona. Solo somos sus colaboradores. Es el Señor quien lleva la iniciativa, quien concede la gracia de la conversión, y está dispuesto, si fuera necesario, a morir de nuevo, una y mil veces, por salvar a un solo hombre.

Los hijos de Dios tenemos que ser apóstoles que quieren ganar el mundo para Cristo, pero siempre con rectitud de intención, con serenidad y paz, poniendo en Él

toda nuestra confianza. En caso contrario, el apostolado resulta una labor que frustra y decepciona, y, tarde o temprano, se abandona.

41. El abandono en las manos de Dios: el secreto de la felicidad

Abandonarse es dejarse llevar de la mano por nuestro Padre Dios, por donde Él quiera, sin pararse a pensar si el camino por el que nos conduce es agradable o desagradable, cuesta arriba o cuesta abajo. Es dejarse llevar de su mano con la certeza absoluta de que todo lo que Él permite que suceda es para nuestro bien.

«Si nos abandonamos enteramente en la divina Providencia, supuesto el cumplimiento de nuestros deberes cotidianos, Nuestro Señor cuida de todo y lo dirige todo... Entonces el alma es para Él como un niño para con su madre; cuando ella le deja en tierra para caminar, camina hasta que de nuevo lo toma en sus brazos; y si la madre quiere llevarlo, no se opone: no sabe ni piensa a dónde va, sino que se deja llevar y conducir a donde su madre quiera» (S. Francisco de Sales).

El abandono en las manos de Dios consiste en aceptar y hacer su voluntad, sea la que sea. Claro que lo que más nos cuesta es aceptar y amar la voluntad de Dios cuando permite que suframos. Es entonces cuando hay que decir con fe, como le decía la joven Chiara Luce: «¡Por ti, Jesús; si lo quieres Tú, lo quiero también yo».

Lo que más les importa a los seres humanos es cómo ser felices. Eso se refleja incluso en el dato de que uno de los términos más buscado en Google es “cómo ser feliz”. Las respuestas a esta cuestión son diversísimas, y muchas se apoyan en estudios “científicos”, según dicen los “científicos” que han hecho dichos estudios... Dos ejemplos:

El primero: «Uno de los últimos estudios científicos realizados al respecto, elaborado por los Premio Nobel Daniel Kahneman y Angus Keaton, llegó a la conclusión de que la felicidad estaba intrínsecamente relacionada con la cuenta corriente; en concreto, determinaron que a medida que aumentaban los ingresos de las personas, se incrementaba asimismo su satisfacción con la vida».¹

El segundo: «El día de la boda, tener un hijo o comprometerse son sin duda algunos de los momentos más importantes en la vida de una persona. Sin embargo, un estudio elaborado por Booking revela que para un gran número de hombres y mujeres hay algo que les ha hecho todavía más felices, y este algo es viajar».²

Más allá de los estudios “científicos”, el Señor nos ha dicho que el secreto de la felicidad está en hacer su voluntad.

¹ Véase: http://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2017-05-06/secreto-felicidad-nadie-te-ha-hablado_1377394/

² Véase: <http://www.lavanguardia.com/ocio/viajes/20170110/413202176415/secreto-felicidad-viajar.html>

San Josemaría Escrivá, gran maestro de vida interior, se hace eco de las enseñanzas de Jesús cuando dice:

«El abandono en la Voluntad de Dios es el secreto para ser feliz en la tierra. —Di, pues: “meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus”— mi alimento es hacer su Voluntad» (*Camino*, n. 766).

Estaba tan convencido de esta verdad, y vivía con tanta confianza el abandono de niño pequeño en los brazos de su Padre, que no se cansa de repetir una y otra vez, de diferentes modos, el mismo pensamiento:

«Veo con meridiana claridad la fórmula, el secreto de la felicidad terrena y eterna: no conformarse solamente con la Voluntad de Dios, sino adherirse, identificarse, querer —en una palabra—, con un acto positivo de nuestra voluntad, la Voluntad divina. Este es el secreto infalible —insisto— del gozo y de la paz» (*Forja*, n. 1006).

La felicidad en la tierra. ¿No es eso lo que queremos, además de la felicidad en el Cielo? Quizás hemos renunciado a la felicidad en la tierra: nos parece imposible porque siempre hay sufrimientos y contrariedades. Los hay, pero podemos ser más felices de lo que pensamos. El secreto está en el abandono, en “querer” con todo el corazón lo que Dios quiere.

«Ese abandono es precisamente la condición que te hace falta para no perder en lo sucesivo tu paz» (*Camino*, n. 767).

«El “gaudium cum pace” —la alegría y la paz— es fruto seguro y sabroso del abandono» (*Camino*, n. 768).

«Fomenta, en tu alma y en tu corazón —en tu inteligencia y en tu querer—, el espíritu de confianza y de abandono en la amorosa Voluntad del Padre celestial... —De ahí nace la paz interior que ansías» (*Surco*, n. 850).

Cuando sentimos que no tenemos paz, que estamos intranquilos, inquietos, preocupados, pensemos si hay algo en lo que no acabamos de aceptar la voluntad de Dios; si no confiamos plenamente en que su querer es lo mejor para nosotros, para nuestra felicidad en la tierra y en el Cielo.

42. Abandonarse es dar a Dios el timón de nuestra vida

¿Por qué nos cuesta tanto abandonarnos totalmente en Dios? Pienso que puede ser, entre otros, por los siguientes motivos:

El abandono supone renunciar a ser los dueños y señores de nuestra vida, y ceder el mando absoluto a Dios. A eso se opone nuestro ancestral deseo de ser dioses sin Dios. Queremos llevar el timón de nuestro barco y, al mismo tiempo, izar y arriar las velas y, ya puestos, soplar con el gran fuelle de nuestro pulmón para que se hinchen.

El abandono exige tirar a la papelera nuestros razonados planes, y amar el plan de Dios, que –aunque nos cueste entenderlo– es el mejor, porque está pensado por quien más sabe y más nos quiere.

El abandono pide dejar a un lado nuestros gustos y deseos, y amar los gustos y deseos de nuestro Padre. Si pensamos que eso nos va a amargar la vida, nos equivocamos de plano. Porque el abandono es precisamente el secreto de la felicidad. Para comprobarlo, tenemos que hacer como los niños pequeños que se lanzan desde lo alto de la mesa a los brazos de su padre. Saben que corren un riesgo, pero están seguros de que no los dejará caer al suelo. Hay que lanzarse: hacer un acto real de abandono de toda nuestra vida en Dios.

Y después, seamos coherentes. Si nos encontramos dificultades en el trabajo, en la vida familiar, en la economía, en la salud, pensemos que todo eso lo ha previsto el Señor para nuestro bien; entonces, afrontaremos los problemas con alegría y esperanza.

Toma Tú, Señor, el timón de mi vida. Tú tienes un plan para mí. Yo quiero ese plan con toda mi alma. Quiero lo que Tú quieras y rechazo lo que Tú rechaces. Ayúdame a ver los caminos del mar a través de tus ojos.

43. Abandonarse como los niños

«El que está en mi mano como el bastón en mano del viajero, ese sí me es agradable, dice Dios.

El que se apoya en mi brazo como un bebé que se ríe,
y que no se ocupa de nada, y que ve el mundo en los ojos de su madre, y de su ama,

y que no lo ve y no lo mira más que allí,
ese me es agradable, dice Dios.

Pero el que hace cálculos en su interior,
en su cabeza, para mañana,
trabaja como un mercenario.

Trabaja horriblemente como un esclavo que gira una rueda eterna...» (Ch. Péguy).

En los ojos de Dios vemos las cosas como Él las ve, y no como nos parecen a nosotros. Vemos las cosas buenas como buenas y atractivas, aunque nos causen dolor. Y las cosas malas como malas, aunque el mundo y nuestro orgullo griten que son muy buenas.

En los ojos de Dios vemos qué es lo que le gusta, lo que le agrada, y eso es lo que queremos hacer por encima de todo.

En los ojos de Dios vemos una mirada de cariño y de paz que nos llena de seguridad y de gozo.

Apoyado en su brazo, el hijo de Dios es como un bebé que se ríe, porque no tiene preocupaciones y se siente totalmente seguro. Se ríe sobre todo de sí mismo, de sus

deseos de ser mayor, de sus defectos y miserias. Nada de eso le importa, porque sabe que su Padre le perdona, y sigue adelante con la ilusión de hacer lo que a Él le agrada. Como un bebé que se ríe: el abandono es también el secreto del buen humor.

Además, el que se abandona totalmente en las manos de Dios, es el único que no se abandona, porque es Dios quien se hace cargo de él:

«Cuando te abandonas en mí, hijo mío, me gusta.
Cuando no te abandonas, cuando desconfías, no me gusta.
Es así de sencillo.
Cuando te abandonas, en realidad no te abandonas,
porque yo me encargo de ti.
Cuando no te abandonas, te abandonas,
porque escapas de mi mano cariñosa» (Ch. Péguy).

Abandonarse en los brazos de Dios es lo más sabio, porque es dejarse guiar por una sabiduría y a un poder infinitamente mayores que los nuestros.

No abandonarse a la voluntad de Dios, en cambio, es preferir nuestro pequeño poder y limitada sabiduría para gobernar nuestra vida: una mala elección, que lleva al fracaso.

44. Abandonarse del todo

Hay que abandonarse totalmente. Abandonarse a medias, sería de tontos.

Era una vez un campesino. Caminaba penosamente con un saco de patatas al hombro. Otro campesino, vecino suyo, conduciendo un carro de caballos, se puso a su altura.

—Sube—le invitó.

El que cargaba con el saco de patatas le dio las gracias y subió al carro por la parte de atrás.

El dueño del carro azuzó al caballo para que siguiera adelante, y pensó con satisfacción que le había hecho un buen favor a su vecino, que iría sentado, descansando y disfrutando del paisaje...

Pero cuando el rostro volvió... se quedó de una pieza al verlo de pie, con el saco de patatas al hombro y haciendo equilibrios para no caerse.

—¿Tú eres tonto o qué? —lo increpó—. ¡Deja el saco en el suelo y siéntate!

Mi Padre Dios también debe poner cara de sorpresa cuando me ve a mí con mi saco de preocupaciones al hombro. Y pienso que me dice: “Pero, hijo, ¿por qué no confías en mí? ¿Por qué no te abandonas del todo? Deja ese saco en mis manos. Yo me encargo, que soy tu Padre. Tú no puedes con tanto peso. Así que, anda, abandónate en Mí y no seas tonto”.

45. Un acto de abandono

¿Queremos dejar de estar preocupados? ¿Queremos estar tranquilos? Hagamos un acto de total abandono. Tomemos todo lo que tenemos y dejémoslo en las manos de Dios. Es el único lugar en el que podemos encontrar la seguridad completa.

El que se abandona en Dios es el único que está seguro. El que pone su seguridad en sus capacidades, en sus fuerzas, en su inteligencia, en su dinero, necesariamente está inseguro, porque, fuera de Dios, no existen puntos firmes de apoyo.

Hay que dar ese paso —que es costoso—, y decirle:

Señor, dejo en tus manos mi futuro. Ya no me pertenece. Ahora depende de Ti. Cuando dependía de mí, no hacía más que preocuparme. Pero, como ahora depende de Ti, estoy tranquilo. Todo lo que Tú permitas será lo mejor.

Dejo en tus manos los bienes materiales que tengo. Todo eso es tuyo. Tú verás qué haces con lo tuyo. Si quieres conservarlo, gracias. Si quieres reducirlo, gracias igualmente. Yo haré de administrador de esos bienes, y trataré de emplearlos como a Ti te agrade.

Dejo en tus manos mi trabajo, mi profesión, mis posibilidades de éxito.

Dejo en tus manos mi salud. Si me la quieres conservar, gracias. Si me la quieres quitar, gracias también. Dejo en tus manos a mi familia. Ahí sí que está segura. Dejo en tus manos mi salvación. Yo lucharé, con tu gracia, para agradarte cada día de mi vida, y tengo la firme confianza de que me recibirás al final en tus manos de Padre.

Es muy conveniente que con frecuencia renovemos brevemente nuestro acto de abandono, diciéndole estas jaculatorias que aprendí de san Josemaría:

«Señor, me abandono en Ti, confío en Ti, descanso en Ti».

«Señor, Dios mío, en tus manos abandono lo pasado y lo presente y lo futuro, lo pequeño y lo grande, lo poco y lo mucho, lo temporal y lo eterno».

46. La oración de abandono de Carlos de Foucauld

Después de escribir lo anterior, llega a mis manos la “Oración de abandono” (*Prière d'abandon*). Se originó a partir de los escritos del famoso Carlos de Foucauld (1858-1916), militar y explorador de Marruecos, que se convirtió al cristianismo hacia 1886. La copio a continuación para que podamos recitarla dejando todo, todo, en las manos de Dios:

«Padre mío,
me abandono a Ti.
Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí te lo agradezco,
estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad se haga en mí
y en todas tus criaturas.
No deseo nada más, Dios mío.
Pongo mi vida en tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí amarte es darme,
entregarme en tus manos sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre».³

47. Los miedos

Si no confiamos en Dios, nos llenamos de miedos y temores.

Miedo a que nos suceda algo malo, que venga de repente una enfermedad pequeña o grande a romper nuestra inestable felicidad.

Miedo horrible al fracaso profesional, a convertirnos en “perdedores”.

Miedo a que le pase algo malo a un miembro de nuestra familia, que nos convierte a veces en agobiantes controladores.

Miedo al tirano del qué dirán, a no ser apreciados y aprobados por los demás.

Miedo a la vida, que algunos pretenden superar huyendo de la realidad, enajenándose con cualquier ocupación o por medio del sexo, el alcohol y la droga.

Miedo a que vengan más hijos, porque pondrán en peligro el bienestar.

Miedo a entregarnos del todo a Cristo, miedo a la Cruz.

Hasta sentimos un cierto temor cuando todo va bien, porque pensamos: ya hace demasiado tiempo que todo marcha sin grandes problemas; esto quiere decir que pronto llegarán las contrariedades...

El miedo lleva al enfado, a la tristeza y a la ansiedad.

Sentir temor es humano, pero un hijo de Dios no puede dejarse dominar por él. Si eso sucede es porque vivimos como si no tuviéramos un Padre infinitamente poderoso que está continuamente pendiente de nosotros. Como si no tuviéramos una Madre que no hace más que pensar en sus hijos, que se preocupa incluso de que no falte el vino en una boda de pueblo, y que no duda en pedirle un milagro a su Hijo para que solucione el problema. Como si estuviésemos solos en el mundo, y

³ Versión de la Asociación Familia Carlos de Foucauld en España.

todo dependiese de nosotros. Así no se puede vivir, así la vida se hace insufrible. Y se pierde la alegría y el sentido del humor, y todo se vuelve trágico y sombrío.

Me ayuda mucho a mantener la serenidad contemplar a Jesús que duerme tranquilo mientras los apóstoles se mueren de miedo en medio de la tempestad que, de repente, se ha levantado en el lago de Genesaret.

«Aquel día, llegada la tarde, les dice: “Crucemos a la otra orilla”. Y, despidiendo a la muchedumbre, le llevaron en la barca tal como estaba. Y le acompañaban otras barcas. Y se levantó una gran tempestad de viento, y las olas se echaban encima de la barca, hasta el punto de que la barca ya se inundaba. Él estaba en la popa durmiendo sobre un cabezal. Entonces le despiertan, y le dicen: “Maestro, ¿no te importa que perezcamos?” Y, puesto en pie, increpó al viento y dijo al mar: “¡Calla, enmudece!”. Y se calmó el viento y sobrevino una gran calma. Entonces les dijo: “¿Por qué os asustáis? ¿Todavía no tenéis fe?” Y se llenaron de gran temor y se decían unos a otros: “¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?”» (*Mc 4, 35-41*).

El Señor tenía buen sueño, un sueño profundo y envidiable.

Quizá tenemos que dirigirnos al “Señor del buen sueño” y pedirle: “Jesús, dejo en tus manos todas las preocupaciones que pretenden agobiarme. Dame un buen sueño que repare mis fuerzas físicas y espirituales, y haz que despierte con la ilusión de amarte más durante el nuevo día”.

Para acabar con los miedos, conviene meditar estas palabras de Dios dirigidas a cada uno de nosotros:

«Quien os toca a vosotros toca a la niña de mis ojos» (*Zac 2, 12*).

Es Él mismo el que nos enseña a rezar así:

«Guárdame como a la niña de tus ojos, a la sombra de tus alas escóndeme de los impíos que me oprimen, de los enemigos que me ponen cerco» (*Sal 17, 8-9*).

Estábamos perdidos, sin saber a dónde ir, pero el Señor nos acogió a todos en la Cruz:

«Él le sale al encuentro en la tierra yerma, en el desierto, en el aullido de la soledad. Lo rodea, lo llena de cuidados, lo guarda como a la niña de sus ojos» (*Deut 32, 10*).

Eso dijo Dios: somos las pupilas de sus ojos. Pero tal vez lo hemos olvidado, o quizá nos ha parecido solo una bella frase. ¡Las pupilas de los ojos de Dios! Es un modo de hablar muy gráfico. En hebreo expresa sobre todo la imagen que se forma en las pupilas del ojo cuando uno se acerca a él. El Señor me tiene siempre presente, me cuida como si fuese su único hijo.

Me vienen a la memoria unos versos de Pedro Salinas que se podrían aplicar a la mirada de Dios: «¡Qué alegría vivir sintiéndose vivido!». Hay otra Persona, tres en realidad, que me quieren tanto y con tanta intimidad, y que piensan en mí con tanta

ternura, que puedo decir que me viven. «Que hay otro ser por el que miro el mundo porque me está queriendo con sus ojos».

Es precioso. Dios me está queriendo con sus ojos, me está mirando con un cariño infinito, y yo puedo mirar el mundo a través de sus pupilas, y entonces el mundo es diferente a como lo conocía antes, es la casa de mi Padre, y sé que no voy a perder nada de lo bueno y bello de esta tierra cuando cierre mis ojos por última vez.

48. El abandono en Dios nos libra del miedo a la opinión

Una gran fuente de inquietudes es la excesiva importancia que damos a la aprobación de los demás.

Cuanta menos riqueza interior, más valor le concedemos a la opinión ajena, y mayor es el miedo a que sea negativa. Nos importa demasiado que piensen bien de nosotros y que nos aprecien. No soportamos las críticas, las murmuraciones, el rechazo o el “ninguneo”.

Hay personas a las que interesa tanto caer bien y ser aceptadas por los demás, que están dispuestas incluso a traicionar sus convicciones y su fe.

La opinión ajena es fuente de inquietudes, porque mantener el “buen concepto” en la mente de los otros no está siempre en nuestro poder. Tenemos miedo a que nos interpreten mal, a que alguien nos critique a nuestras espaldas, a no saber estar a la altura (o bajeza) que se espera de nosotros. Tememos que, en el fondo, nos desprecien, aunque a la cara nos digan lo contrario.

Estamos continuamente preocupados por guardar las apariencias en el modo de hablar, de actuar y de vestir. Si los demás beben dos copas más de lo normal, nosotros no podemos ser menos. Si los demás utilizan un lenguaje soez, nosotros también, no vaya a ser que nos consideren estrechos. Si los demás están de juerga hasta las 8 de la mañana, ¿cómo nos vamos a ir a casa a las 2?

Conductas relacionadas con el alcohol, el sexo, la falta de pudor en el modo de vestir y de hablar, tienen aquí su origen: “Si no hago lo que hacen los demás, me rechazan y me quedo solo”. En el fondo, a muchos que siguen esas conductas les gustaría no emborracharse, vivir un noviazgo limpio, vestir con elegancia, ¡porque estamos hecho para el bien!; pero ante los demás se niegan a admitirlo.

La opinión ajena nos esclaviza, porque nos hace actuar de modo irracional; no de acuerdo con lo que pensamos que es verdadero y bueno, sino con las expectativas de los demás. Sustituimos nuestra conciencia por la conciencia de los otros. Parece que vamos preguntándoles: “¿Qué quieres que haga para que pienses y hables bien de mí, para que me aceptes en tu círculo social, para que me admires? Estoy dispuesto a ponerme la máscara que más te guste, a cambio de tus alabanzas”.

El esclavo de la opinión no vive en sí mismo, sino “en la mente de los otros”: es como los demás quieren que sea. No se valora a sí mismo por lo que es, sino por lo que aparenta en la pupila de los que le miran. No vive, es “vivido”.

Y todo esto acaba mal, porque llega un momento en el que nos damos cuenta de que no estamos viviendo libremente, sino como esclavos; que hemos traicionado nuestra conciencia; que quienes nos aplaudían no están a nuestro lado a la hora de la verdad, y los sacrificios que nos ha exigido la buena opinión de los demás no valen para nada.

¿Cuál es la gran solución para evitar esta esclavitud?: tener en cuenta únicamente la “valoración” de Dios, buscar su “aprecio”, conducir nuestra vida por su “criterio”, pensar sobre todo en “qué pensará Dios”: esto es fuente de paz y de verdadera libertad.

No se trata de “cambiar” de observador, de vivir de “apariencias” ante Dios. Porque su valoración, su juicio, coincide con lo que de verdad somos. Ante Él no cuentan para nada las apariencias.

Una persona que es querida con todo el cariño de Dios no necesita la gloria vacía que los demás le puedan proporcionar. Está siempre tranquila, porque es siempre querida, valorada y apreciada por su Creador y Padre.

49. La confianza en Dios nos libra del miedo a la muerte

¿Por qué vamos a tener miedo a la muerte, si somos hijos de Dios?

No parece lógico que un hijo del Dueño de la vida y de la muerte, que nos tiene siempre en su corazón, esté preocupado por este motivo. “¿Cuándo me llegará la muerte? ¿Vendrá pronto? ¿Tal vez esta noche? ¿Tal vez este invierno... o en este vuelo de avión? ¿Qué pasará en ese momento tremendo?”

La muerte “no vendrá”. Vendrán Jesús y María a llevarnos al Cielo. Y vendrán no como ladrones en la noche, sino cuando vean que estamos mejor preparados, porque desean que no tengamos que purificarnos en el Purgatorio.

Es lógico tener un cierto temor a lo desconocido, y la muerte es desconocida, porque nunca la hemos experimentado. Siempre se mueren los otros. Pero Jesús ha sufrido su muerte por mí, y estará a mi lado, me dará su mano y me llevará, con el corazón palpitante de entusiasmo, al Amor y a la Luz.

Si estuviera en sus manos, ¿cómo “diseñaría” una madre el paso de su hijo de esta vida a la otra?

No, no moriremos solos. No estaremos solos ni un instante. No nos encontraremos, en ningún momento, desconcertados por el miedo, en una situación “oscura”, en un mundo extraño, en una noche sin luz.

Será un cerrar y abrir de ojos. Y cuando los abramos, veremos el rostro sonriente de nuestra Madre, que está a nuestro lado, que ya estaba a nuestro lado, pero no podíamos verla. Y nos rodeará con sus brazos y nos llenará de besos.

Y veremos cara a cara a un Padre maravilloso, lleno de amor, que nos mira con una sonrisa: veremos su rostro, que es todo ternura, todo cariño, todo amor, y sentiremos una felicidad inmensa. Nos sentiremos en nuestra casa, no en una casa extraña, no en un lugar desconocido, frío y sin calor de hogar. No, el Cielo es una casa maravillosa de una familia muy unida.

Nos encontraremos con las personas que nos han precedido y a las que hemos querido mucho en la tierra. Y hablaremos. Sí, hablaremos. ¿Cómo vamos a perder el don de la palabra? Hablaremos con todos y con cada uno tranquilamente, y recordaremos tantas cosas estupendas, y nos reiremos muchísimo.

Desde allí, sentados en el regazo de nuestro Padre Dios, contemplaremos a tantos familiares y amigos que tenemos en la tierra. Y nos pondremos a pedir por cada uno: “Señor, ayuda a ese hijo mío, que es tuyo”. “Señor, mira qué bien lo está haciendo mi hermano”. “Señor, dale la luz de la fe a ese amigo”.

¿Por qué tenemos miedo a la muerte?

¿No será que nos imaginamos a Dios muy distinto de cómo es en realidad? Tenemos que rectificar nuestras pobres imaginaciones.

¿No hemos visto nunca con qué ilusión espera el novio a la novia? Es la ilusión de los enamorados. Con una ilusión mayor esperaremos nosotros el encuentro con Jesús si nos enamoramos de Él.

¿Recordamos con qué amor nos recibía nuestra madre después de unos días de ausencia? Pues Dios es así, pero mucho más. Y abrirá sus brazos para tomarnos en ellos como se toma a un niño pequeño que tuvo un poco de miedo al dar el salto, pero ahora es inmensamente feliz.

50. La confianza en Dios nos libra del miedo a la verdad

La verdad sobre nosotros mismos nos da miedo. Vernos tal como somos, que nos vean tal como somos, tal como nos ve Dios, nos da miedo. Llevamos puesto un disfraz que tapa nuestras vergüenzas, debilidades, defectos y pecados, nuestras intenciones “inconfesables”, nuestros egoísmos y nuestra vanidad. Llevamos puesta una máscara con la que justificamos nuestra conducta.

¡Cuánto nos cuesta deshacernos de disfraces y máscaras, y dejar que aparezca el verdadero yo! Porque si me veo tal cual soy ante Dios tengo que vivir “en su presencia”, cumpliendo libremente y por amor su voluntad. Pero ese golpe de timón, dejar los egoísmos y vanidades que son tan agradables para mí, dejar el disfraz en el que me siento tan a gusto, la desnudez en que me deja la verdad, la ausencia de falsas justificaciones, mostrar mi piel podrida y mi corazón sucio, me da miedo.

¿Cómo superar el temor a vernos tal como somos? Confiando en Dios. Él no quiere que sus hijos se escondan; quiere que se muestren tal como son, que se vea el yo que Él ha creado, que Él ama, por el que ha muerto en la Cruz, que Él ha salvado. Quiere que seamos libres, no esclavos de las apariencias; que reconozcamos nuestra verdad, nuestra miseria, y que confiemos en su amor de Padre. Entonces viene y nos cura, nos limpia, nos abraza. La verdad nos resucita y nos levanta de nuestra comfortable tumba.

51. «El cáncer me ha curado el alma»

Leo una historia que me conmueve. La cuenta Chiara Santomiero en *Aleteia*. La protagonista es Carlotta Nobile, una joven violinista, camino del éxito, a la que diagnostican un cáncer a los 22 años.

El Domingo de Ramos de 2013, Día Mundial de la Juventud, Carlotta sigue por televisión la celebración del Papa Francisco, y escucha con atención sus palabras a los jóvenes reunidos en la Plaza de San Pedro: «Vosotros no os avergonzáis de la Cruz, al contrario, la abrazáis porque habéis comprendido que es en el don de uno mismo, en salir de sí mismo, donde está la verdadera alegría, y que, con el amor de Dios, Él ha vencido al mal».

En ese momento comprende el sentido de la enfermedad y del dolor.

Pocos días después, el Viernes Santo, Carlotta, deseosa de confesarse, busca en el centro de Roma alguna iglesia abierta. Es la hora de comer, pero la encuentra. Es la Iglesia de San Giacomo in Augusta, en vía del Corso. Carlotta cuenta su historia al párroco, don Giuseppe Trappolini, la lucha contra el cáncer y la serenidad que había sentido escuchando las palabras del Papa Francisco.

El párroco, en una carta, relata al Pontífice la historia de Carlotta. El Papa llama por teléfono a la parroquia para asegurar que reza por ella. Carlotta escribe al Papa una carta en la que le dice lo siguiente:

«Querido Papa Francisco:

Tú me has cambiado la vida.

Me siento honrada y afortunada de poder llevar la Cruz con Alegría a los 24 años. Sé que el cáncer me ha curado el alma, deshaciendo todas mis marañas interiores y regalándome la Fe, la Confianza, el Abandono y una Serenidad inmensos precisamente en el momento de mayor gravedad de mi enfermedad.

Confío en el Señor y, a pesar de mi viaje difícil y tormentoso, reconozco siempre Su ayuda. Querido Papa Francisco, Tú me has cambiado la vida. Quiero pedirte una oración... Tengo un deseo inmenso de conocerte y, aunque solo fuera un minuto, rezar el Padre Nuestro contigo» (22 de abril de 2013).

Carlotta Nobile murió el 16 de julio a los 24 años. El deseado encuentro con el Papa Francisco no se pudo realizar.

En 2015 nació la Asociación *Centro Studi Carlotta Nobile* con el objetivo de promover actividades e iniciativas “ligadas a sus investigaciones culturales, a sus pasiones y a su amor –inmenso– por la vida”⁴.

La enfermedad del cuerpo puede curar el alma, y, como en el caso de Carlotta, convertirse en la oportunidad para creer, confiar y abandonarse más en Dios. Dios nos quiere tanto, que de los males físicos siempre saca bienes para nosotros.

52. Confiar en el perdón y en la misericordia de nuestro Padre

«Aun cuando yo tuviese sobre la conciencia todos los crímenes que se pueden cometer, no perdería nada de mi confianza: iría, con el corazón roto por el arrepentimiento, a arrojarme en los brazos de mi Salvador. Sé que ama al hijo pródigo, he oído las palabras que dirige a santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. ¡No! Nadie podría asustarme, pues sé a qué atenerme respecto de su amor y de su misericordia. Sé que toda esa multitud de ofensas se abismaría en un abrir y cerrar de ojos, como una gota de agua arrojada en un brasero ardiendo» (Santa Teresa del Niño Jesús).

Nuestros pecados y miserias son, a veces, la causa de nuestra falta de paz. Es como si pensáramos que Dios ya no nos quiere, y que ya no tenemos derecho a pedirle nada y confiar en Él. Y eso, a pesar de haber visto tantos gestos de Jesús con los pecadores arrepentidos. Pensamos que el corazón de Dios es tan pequeño como el nuestro. Para que no dudemos nunca de su misericordia, nos dice:

«Aunque se aparten los montes..., mi amor no se apartará de ti, ni vacilará mi alianza de paz, dice el que se apiada de ti, el Señor» (Is 54, 10).

Y cuando nos sintamos pecadores y se nos ocurra pensar que ya no nos mira con el cariño de antes, nos llenarán de confianza estas palabras de Jesús:

«No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos; no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mc 2, 17).

El Señor no ha venido a buscar a los que se consideran santos, y piensan que no tienen necesidad de salvación. Mejor dicho, también a esos viene a salvar, pero antes tienen que hacerse como niños y reconocer que nadie es santo, que todos necesitamos ser salvados por Dios. Ha venido a buscarnos a todos, ha venido a morir por todos. ¿Soy pecador? Pues entonces puedo estar alegre, porque ha venido a buscarme precisamente a mí.

En la parábola del hijo pródigo, Jesús nos muestra la alegría de Dios al perdonar. Restablece al hijo en su anterior estado. No lo deja en la situación de siervo, sino que

⁴ <https://es.aleteia.org/2016/04/04/carlotta-nobile-papa-francisco-el-cancer-me-ha-curado-el-alma/>

lo trata como a un hijo. «Cuando aún estaba lejos, le vio su padre y se compadeció. Y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y le cubrió de besos» (Lc 15, 20). Le pone el mejor vestido, un anillo en su mano, sandalias en los pies, y organiza una gran fiesta.

¿Hemos pecado? Pidamos perdón y Dios nos recibirá también a nosotros llenándonos de besos y nos pondrá un traje nuevo y hará una gran fiesta en el Cielo.

«Habrá en el cielo mayor alegría por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de conversión» (Lc 15, 7).

53. Confiar en Dios ante las dificultades

Moisés se dirige a los israelitas y, refiriéndose a los enemigos, les dice:

«No os espantéis ni les temáis; el Señor, vuestro Dios, que marcha a vuestro frente, combatirá por vosotros, como visteis que hizo en Egipto y en el desierto, donde has visto que el Señor, tu Dios, te ha llevado como un hombre lleva a su hijo, en todo el camino que habéis recorrido hasta llegar aquí» (*Deut* 1, 29-31).

Dios nos lleva, como un padre lleva a su hijo pequeño, en sus brazos fuertes. O sobre el asiento seguro de sus hombros.

Tenemos enemigos. Sobre todo, la soberbia, el egoísmo, las malas tendencias que anidan en el corazón. Y el diablo. Y el mundo: lo que en el mundo es contrario al amor de Dios.

Pero no tenemos motivo para temer. El Señor, nuestro Padre, va delante de nosotros, nos defiende, combate por nosotros, y después nos toma en sus brazos, nos sonríe, nos llama “hijo mío” y nos pone sobre sus hombros, porque le gusta jugar con sus hijos y llevarnos como un padre lleva a su niño más pequeño.

Si estamos en los brazos de nuestro Padre, no tenemos motivos para temer a nada ni a nadie. Nada ni nadie puede hacernos daño.

«¿Qué diremos a esto? Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas?» (*Rm* 8, 31-32).

Aunque perdamos todos los amores de la tierra, amores hermosos que nos ayudan a vivir; aunque nos quedemos sin la amistad de nuestros amigos; aunque encontremos odio por todas partes, tendremos siempre los brazos acogedores de nuestro Padre Dios.

«Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me recogerá» (*Sal* 27, 10).

Cuando llegamos, con la gracia de Dios, a ese desasimiento total del corazón, y estamos contentos como niños pequeños en el regazo de nuestro Padre, somos felices.

Señor, eres el único amor del que no puedo dudar, el único amor que me quiere absolutamente, y en el que puedo confiar absolutamente. En el camino de la vida, me llevas de la mano, me animas, me levantas si me caigo, caminamos juntos, cantamos juntos, me pones sobre tus hombros y nos reímos porque somos felices uno con el otro.

54. “A los otros les va muy bien”

“Yo confío en Dios, tengo fe. Sin embargo, no tengo más que problemas, trabajos y dificultades —decía una persona, exagerando un poco; exagerando sobre todo lo de la confianza y la fe—. En cambio —proseguía—, hay gente apartada de Dios y de la fe a la que todo le va bien en la vida. Mejor que a mí”.

¿Lo decía como si tuviese envidia de esas personas, y considerase una desgracia tener fe y ser hijo de Dios? Supongo que no. Lo decía, más bien, porque pensaba que a la fe debe ir unido el bienestar en esta vida. Algo así como: “Si yo cumplo con Dios, Él debe cumplir conmigo”. Y ese “cumplir” de Dios quiere decir que “ha de enviarme solo cosas buenas”.

Pero eso es un error. Jesús no promete a sus seguidores el bienestar material, la ausencia de sufrimientos y contradicciones. Lo que promete y da es la gracia para superar las dificultades con alegría, la gracia para que esas dificultades se conviertan en camino y medio de salvación.

Cuando pienso en las personas que están alejadas de la fe y gozan de bienestar material, me digo: Dios quiere atraer a todos a la salvación; para cada uno tiene un plan; y a algunos los atrae de ese modo, facilitándoles mucho la vida. ¿Por qué? Porque esas personas que parecen entregadas a su egoísmo, y que dan la impresión de estar muy contentas porque todo les va bien, suelen sufrir un gran vacío en su interior. Nunca están satisfechas. Rien, sí, pero su sonrisa es solo una tapadera de su amargura o de su angustia. Al sentir la angustia que produce ese vacío, quizá se den cuenta de que no pueden confiar su felicidad a las riquezas, al éxito o al bienestar. Quizá entonces reconozcan que solo pueden encontrar la felicidad en Dios. Dice la Escritura:

«Muchos son los dolores del impío,
pero la misericordia rodea al que espera en el Señor.
Alegraos, justos, y regocijaos en el Señor,
exultad todos los rectos de corazón» (Sal 32, 10-11).

Cuando veamos a una de esas personas que parecen felices viviendo sin Dios, lo mejor que podemos hacer es rezar por ella, para que sea feliz de verdad, y pensar en el cariño que Dios nos tiene a nosotros y a ella, porque todos somos hijos: Jesús murió por todos, y nos quiere tener a todos con Él.

55. Dios es Amor y Sabiduría

“¡Pero también hay catástrofes, y mueren hombres, mujeres y niños inocentes! Y si Dios es bueno, ¿cómo permite esas cosas? ¿Por qué permite el sufrimiento?”

¡Se oye tantas veces esta queja!

La verdad es que el sufrimiento es un misterio, y no podemos comprenderlo.

Pero puedo pensar como un hijo: mi Padre Dios es Amor y Sabiduría. Yo no puedo entender su Sabiduría. Pero creo con todas mis fuerzas en su Amor.

A veces, tengo la impresión –seguramente equivocada– de que algunos de los que se quejan de esas desgracias y ponen en duda la bondad de Dios están como buscando un motivo para poder decir: “Dios no existe, porque si existiera no permitiría tanto sufrimiento; por tanto, voy a vivir la vida sin tener en cuenta a Dios”. Esta es la esencia de un ateísmo que parte no de argumentos racionales, sino de la voluntad de negar a Dios, para afirmarse a uno mismo. Un ateísmo que ha sido la causa de grandes sufrimientos para la humanidad.

En otras ocasiones, para ayudar de algún modo a esas personas que parecen quejarse de Dios, les pregunto: “¿Quieres decir que tú tienes un corazón más comprensivo, más humano, más amoroso, que el de Dios? ¿Que tú eres más sabio que Él?”

¿Quiénes somos nosotros para juzgar a nuestro Creador y Redentor?

Para confiar en Dios hay que ser humildes, reconocer que, con nuestra limitada inteligencia, no podemos comprender los designios de su infinita Sabiduría. Pero, a la vez, podemos estar totalmente seguros de que su Sabiduría está siempre unida a su infinito Amor.

En una ocasión, ante la noticia de un tsunami en el que murieron miles de personas, un amigo me comentó: “¡Cuánta gente habrá llegado hoy al Cielo! Seguro que muchas de esas personas tuvieron tiempo para pedir perdón, y además el sufrimiento que padecieron les sirvió para purificarse”. Me pareció una reflexión acertada.

Señor, creo en tu amor por todos y cada uno de tus hijos. Creo que me amas con pasión. Creo que todo lo que haces es para mi bien, para mi salvación eterna. Creo que me quieres también cuando me golpea el dolor, un dolor anónimo, grosero y cruel. Creo que Tú lo permites porque sabes que es bueno para mí.

56. Creer en el Amor

“¡Creo que Dios me ama!” Es un acto de fe en el amor de Dios que debemos meditar y repetir siempre que nos encontremos con la contradicción, con el sufrimiento y la cruz.

Creo que Dios me ama y, porque me ama, quiere que yo sea feliz, y porque quiere que yo sea feliz, me envía esto, que no me gusta, que me duele, una pequeña molestia o una gran contrariedad. Creo, Señor, que me amas.

«... mi Corazón te ama sin cesar. ¿Verdad que no te das cuenta de ello? ¿Verdad que te extraña este amor de tu Dios? Aunque le conozcas mal, procura pensar en él con más frecuencia y que te sea grato. Y yo Me sentiré tan feliz. Parece como si vuestro Dios no os amase más que para daros alegría. Sin embargo, ¡hay tantos que se niegan a creerlo!... Esa era mi angustia en el Huerto de los Olivos: sufro hasta la muerte porque los amo. Pero ellos ni siquiera soportarán que se les diga... Hija mía, cree sencillamente en el amor. Dale las gracias al Amor. Ama al Amor» (Gabrielle Bossis).

El amor ilusionado de Cristo y la respuesta indiferente de tantos hombres parece la historia de una gran decepción. Sufre por nosotros porque nos ama, y desea hacernos felices para siempre, pero muchos ni siquiera soportan que se les diga... O bien porque han rechazado a Dios y adoran los ídolos de su egoísmo y su orgullo, o bien porque no han sabido aceptar un sufrimiento, no han querido creer en el amor de Dios y se han rebotado contra Él, o bien... Cristo es el gran amigo defraudado por los que deberían ser sus amigos y estar eternamente agradecidos.

Señor, cuando reflexiono sobre esta triste realidad, brota en mi corazón el deseo de compensar tanto desamor, aun sabiendo que también yo soy capaz de cualquier traición. Quiero pensar con más frecuencia en tu amor, imaginar que estoy contigo en el Huerto de los Olivos, y veo tu rostro ensangrentado por el dolor que te producen mis pecados, y escucho tus palabras de unión total con la voluntad del Padre: «Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22, 42). Y todo eso porque quieres hacerme feliz. Ayúdame a responder hoy a tu amor, en mi oración de hoy, en mis deberes de hoy, en el trato con los demás a lo largo del día de hoy.

57. Dios permite nuestro sufrimiento porque nos quiere

Dios nos ha demostrado de mil maneras que es un Padre infinitamente bueno, que obra siempre por amor, que no sabe hacer otra cosa que amarnos.

Pero de nuevo surge la pregunta: “¿Y por qué permite que me vengan disgustos, sufrimientos y contrariedades?”.

Y entonces, con nuestra gran capacidad intelectual, sacamos conclusiones: no puede ser tan bueno, no nos quiere, es injusto con nosotros, no nos tiene en cuenta, no tiene dominio sobre las fuerzas ciegas que nos golpean...

Deberíamos reconocer nuestra ignorancia. Sencillamente, no entendemos los planes de Dios. Pero cuando queramos un poco más al Señor, no haremos aquella pregunta, ni se nos ocurrirá extraer aquellas conclusiones. Sucederá, por el contrario, que proclamaremos con el salmista que sus acciones son nuestra alegría:

«Porque me alegras, Señor, con tus hazañas
y exulto con las obras de tus manos:
¡Qué grandiosas son tus obras, Señor,
qué profundos tus pensamientos!
El hombre insensato no los entiende,
el estúpido no discierne estas cosas» (*Sal* 92, 5-7).

¿Acaso Dios tiene un corazón más pequeño que el nuestro? ¿Quién nos dio nuestro corazón? ¿Quién les dio a todos los padres del mundo, a todas las madres del mundo, su corazón?

¿No es más lógico, más razonable, pensar que si nos envía una contrariedad es porque nos conviene? ¿Qué padre o qué madre no corrige a su hijo aunque la corrección resulte dolorosa de momento? ¿Qué padre o qué madre no permiten que el médico cure a su hijo aunque tenga que sufrir un poco de dolor, a pesar de que el hijo, que no ve más allá, piense que su padre o su madre son crueles? Este es el razonamiento “lógico” de un hijo de Dios:

«¡Sufres! Pues, mira: “Él” no tiene el Corazón más pequeño que el nuestro.
¿Sufres? Conviene» (S. Josemaría, *Camino*, n. 230).

¿Por qué conviene? Solo Dios sabe la respuesta exacta a esta pregunta. Pero podemos pensar en varias posibilidades: puede que el Señor quiera purificarnos de nuestros pecados, enamorarnos más de Él; puede que con la medicina del sufrimiento pretenda hacernos mejores, más comprensivos con los demás, más humildes. Y puede que nos pida sufrir un poco para colaborar con Él en la salvación de todos los hombres.

Pero, al mismo tiempo, no nos faltará el consuelo del mismo Dios en ningún momento:

«Como alguien a quien su madre consuela, así Yo os consolaré (...). Lo veréis y se alegrará vuestro corazón y vuestros huesos florecerán como la hierba» (*Is* 66, 13-14).

He comprobado que las personas que aceptan, con fe y humildad, el sufrimiento que Dios permite, experimentan, en el fondo del alma, alegría y paz. Es el consuelo, la caricia de un Dios que tiene corazón de padre y de madre.

58. El dolor, prueba de amor divino

Así termina un famoso poema de José María Pemán:

«Por eso, Dios y Señor,

porque por amor me hieres,
porque con inmenso amor
pruebas con mayor dolor
a las almas que más quieres.
Porque sufrir es curar
las llagas del corazón;
porque sé que me has de dar
consuelo y resignación
a medida del pesar;
por tu bondad y tu amor,
porque lo mandas y quieres,
porque es tuyo mi dolor...,
¡bendita sea, Señor,
la mano con que me hieres!».

Cuando el Señor nos envía un sufrimiento, un dolor, podemos pensar: “Es porque me quiere”. Y si el sufrimiento es grande, no es locura decir: “Es porque me quiere mucho”.

Cuesta comprender que una persona reaccione así ante el sufrimiento. El poeta lo expresa de muy hermosa manera: «Con inmenso amor pruebas con mayor dolor a las almas que más quieres», aunque uno sabe que cuando llega el dolor no estamos para poemas.

San Josemaría, a quien el Señor no ahorró dificultades, enfermedades y dolores, lo expresaba así:

«Si vienen contradicciones, está seguro de que son una prueba del amor de Padre, que el Señor te tiene» (*Forja*, n. 815).

Nuestra confianza en Dios tiene que llegar hasta ahí, hasta decirle: «Bendita sea, Señor, la mano con que me hieres».

Quien más sufrió es Jesús, el Amado del Padre.

La persona humana más querida por Dios, su Madre, sufrió con su Hijo al pie de la Cruz.

Los santos, enamorados de Dios, sufrieron, y a veces mucho.

Necesitamos que Dios nos conceda la gracia no pequeña de “ver” en el sufrimiento su mano cariñosa. Solo entonces lo recibiremos como un regalo divino.

59. Nuestro sufrimiento le duele más a Él que a nosotros

«Bienaventurado el hombre al que Dios corrige» (*Job* 5, 17).

Nos corrige porque nos quiere. Tenemos que reconocer que necesitamos que nos corrija, porque no siempre nos comportamos como debemos. Necesitamos una

medicina para nuestras enfermedades espirituales, para el egoísmo y la soberbia. Si Dios no nos quisiera, nos dejaría seguir con nuestra suciedad; aunque nos viera caminar por una senda equivocada, no se preocuparía de nosotros. Pero nos quiere.

«Hijo mío, no rechaces la instrucción del Señor, ni te canses de sus reprensiones, porque el Señor reprende a quien ama, como un padre a su hijo amado» (*Prov 3, 11*).

Es preciso que nos convenzamos bien de esta verdad. Es el mismo Dios quien nos revela que cuando permite algo que nos hace sufrir, lo permite para nuestro bien:

«Sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios, de los que son llamados según su designio» (*Rm 8, 28*).

¿Incluso el sufrimiento? Incluso el sufrimiento, el dolor y la contrariedad. Este es el gran privilegio de los hijos de Dios: desde que Cristo padeció y murió en la Cruz, y resucitó, los cristianos sabemos que hasta el sufrimiento puede ser un bien, porque sirve para ofrecerlo a Dios –ofrenda de amor– por uno mismo y por el mundo entero.

¡Claro que Dios tiene corazón! Y por eso le duele más a Él que a nosotros. Lo mismo que les pasa a todos los padres y madres que corrigen a sus hijos. Pero lo hacen, aunque les duela, porque quieren a sus hijos.

¿No habéis visto nunca el gesto de sufrimiento de una madre cuando ve a su hijo herido? ¿O cuando ve que el médico que está curando a su hijo tiene que poner algún remedio doloroso? Pues Dios tiene un corazón más grande que el de todas las madres. Sufre con el sufrimiento que nos envía, porque le duele ver sufrir a sus hijos. Pero sabe que es necesario para su salud espiritual.

Con nuestra inteligencia tan pequeña no alcanzamos a comprender qué bien va a sacar el Señor de esta contrariedad o de aquella situación que tanto nos duele. Pero Él es sabio: es la Sabiduría. Y nos quiere: es el Amor.

Por eso podemos estar seguros, absolutamente seguros, de que, si eso no fuera bueno para nosotros, no lo permitiría.

60. No dudar nunca del amor de Dios por nosotros

Péguy pone en la boca de Dios estas palabras de protesta paterna ante unos hijos que no acaban de entender el amor de su Padre:

«Hijo mío, ¿crees que me voy a divertir jugándote malas pasadas, como un rey bárbaro?

¿Crees que dedico mi vida a tenderte trampas
y a disfrutar viéndote caer en ellas? (...)

¿Crees que me voy a divertir haciéndote fintas como un espadachín?

Toda la malicia que tengo es la malicia de mi gracia, y la finta y el engaño de mi gracia, que con tanta frecuencia actúa con el pecador para su salvación, para impedirle que peque.

Que seduce al pecador, para salvarlo.

Pero, ¿acaso crees, crees que yo, Dios, me voy a divertir causándote dificultades y portándome como no lo haría un hombre honrado? (...).

¿Crees que me voy a divertir sorprendiéndote como un asesino nocturno?».

El sufrimiento que Dios envía o permite no es un mal, sino una medicina para curarnos de nuestras miserias, un medio para nuestra salvación. Dios tiene en cuenta un dato al que solemos dar, por desgracia, poca importancia: la eternidad. Nosotros estamos acostumbrados a juzgar los acontecimientos como si solo existiese la vida de aquí, y entonces... no los entendemos.

Tenemos que pedir al Espíritu Santo el don de sabiduría, una luz clarísima que nos ayuda a ver las cosas como las ve Dios, con la mente de Cristo. Y nuestras perplejidades se acaban. En lugar de decir: “¿Qué he hecho yo para merecer esto?”, diremos: “Gracias, Señor, por enviarme siempre lo que más me conviene”.

«Mirad: aunque no comprenda nada de lo que acontece, yo sonrío y digo: ¡gracias! Aparezco siempre contenta delante de Dios. No hay que dudar de Él: eso es falta de delicadeza. No: imprecaciones contra la Providencia, nunca, sino siempre gratitud» (Santa Teresa del Niño Jesús).

61. El miedo al consuelo de Dios

Unas palabras del Papa Francisco, el 10 de diciembre de 2013, nos hablan de esperanza, del consuelo de Dios y de su ternura:

«Cuando un cristiano olvida la esperanza, o peor, pierde la esperanza, su vida no tiene sentido. Es como si su vida estuviese delante de un muro: nada. Pero el Señor nos consuela y nos hace de nuevo, con la esperanza, seguir adelante. Y también lo hace con una cercanía especial a cada uno, porque el Señor siempre consuela a su pueblo y nos consuela a cada uno de nosotros. Es bonito cómo el pasaje de hoy termina: “Como un pastor hace pacer a su rebaño, y con su brazo lo reúne, lleva a los corderillos en el pecho, y conduce dulcemente a las ovejas madres”. Esa imagen de llevar a los corderillos al pecho y de llevar dulcemente a las madres: esto es la ternura. El Señor nos consuela con ternura».

Y sigue hablando de la ternura de Dios:

«Dios que es poderoso no tiene miedo de la ternura». «Él se hace ternura, se hace niño, se hace pequeño». A los ojos del Señor, «cada uno de nosotros es muy, muy importante. Y Él se da con ternura». Y así nos hace «ir adelante, dándonos esperanza». Esta «fue la principal tarea de Jesús» en los «40 días entre la Resurrección y la Ascensión: consolar a los discípulos; acercarse y consolarlos».

«Acercarse y dar esperanza, acercarse con ternura. Pero pensemos en la ternura que tuvo con los apóstoles, con la Magdalena, con los de Emaús. Se acercaba con ternura: “Dame de comer”. Con Tomás: “Pon tu dedo aquí”. Siempre es así el Señor. Así es el consuelo del Señor. Que el Señor nos dé a todos nosotros la gracia de no tener miedo del consuelo del Señor, de ser abiertos: pedirlo, buscarlo, porque es un consuelo que nos dará esperanza y nos hará sentir la ternura de Dios Padre».

Entiendo que el Papa diga que pidamos la gracia de no tener miedo al consuelo del Señor, porque realmente cuesta aceptarlo; es más fácil quejarse, rebelarse, decir que Dios no me hace caso, que no me quiere, que solo me envía males. Es lo que escuchamos a veces en las habitaciones de los enfermos graves, en las casas de las personas que han perdido a un ser querido... Cuesta aceptar el consuelo de Dios. Pero hay que confiar totalmente en su amor: solo Él puede llenar nuestro corazón de consuelo, de alegría y esperanza.

Sí, solo en Dios se encuentra el verdadero consuelo, solo Él nos da esperanza para seguir adelante. Por eso, exclama san Pablo en su segunda carta a los de Corinto:

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que también nosotros seamos capaces de consolar a los que se encuentran en cualquier tribulación, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios. Porque, así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así abunda también nuestra consolación por medio de Cristo» (2Co 1, 3-5).

Señor: Haz que, cuando llegue el sufrimiento, nos atrevamos con valentía a abrirnos a tu consuelo, el único que da esperanza y que nos hace sentir tu ternura de Padre.

62. La “lógica” de los que confían totalmente en Dios

Así razonan los santos ante las contradicciones:

«Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor» (Sto. Tomás Moro).

No son bellas palabras escritas debajo de un cerezo en flor. Cuando Tomás Moro escribe esto, como he dicho más arriba, está encerrado en la Torre de Londres, esperando a que lo decapiten por orden del Rey, por ser fiel a la verdad.

«Todo procede del amor, todo está ordenado a la salvación del hombre. Dios no hace nada que no sea con este fin» (Sta. Catalina de Siena).

Porque a veces nos da por pensar que Dios permite los sufrimientos porque no nos quiere...

«La caridad de Dios –que nos ama eternamente– está detrás de cada acontecimiento, aunque sea de una manera a veces oculta para nosotros» (S. Josemaría Escrivá).

Ese es el problema, que se nos oculta la caridad de Dios. Solo la vemos con los ojos de la fe, que nos dan la certeza total de que nos ama.

«Quien sabe todo lo que sufres y lo puede impedir, si no lo impide, es evidente que por providencia y cuidado que tiene de ti no lo impide» (S. Juan Crisóstomo).

Es evidente. Pero nos cuesta admitir esa evidencia. De nuevo, tenemos que pedir a Dios que nos aumente la fe en su amor.

«Siendo sumamente bueno, Dios no permitiría de ninguna manera que existiese algún mal en la creación si no fuera hasta tal punto poderoso y bueno que pudiese sacar bien del mismo mal» (S. Agustín).

¿Qué bien va a sacar Dios de este mal, de esta enfermedad que me tiene atado a la cama de un hospital, de una catástrofe o de un atentado terrorista? No lo sabemos. Pero ¿creemos que Dios es sumamente bueno, sabio y poderoso? ¿Creemos de verdad que nos ama infinitamente a cada uno? Con eso nos basta.

Estos razonamientos expresan la lógica de la confianza y el abandono en Dios, una lógica que se apoya en su infinito amor y sabiduría.

Otras personas, en cambio, ante las mismas situaciones, se quejan de Dios y piensan que es injusto. De ahí, esta “queja” divina que el Señor manifestó a santa Catalina de Siena:

«Ellos atribuyen a daño suyo, en ruina y odio, lo que Yo hago por amor y para su bien, a fin de que no vayan a las penas eternas, para ganarlos y darles la vida eterna. ¿Por qué, pues, se quejan de Mí? Porque no esperan en Mí, sino en sí mismos; por eso caen en tinieblas, y no me conocen; de donde aborrecen lo que debían respetar, y como soberbios quieren juzgar mis ocultos juicios, que son todos rectos».

Una vez más, el problema es la soberbia del hombre, que quiere juzgar los juicios de Dios, y, desde su limitada sabiduría y su estrechez de corazón, los considera injustos.

«El hombre no espiritual no percibe las cosas del Espíritu de Dios, pues son necesidad para él y no puede conocerlas, porque solo se pueden enjuiciar según el Espíritu. Por el contrario, el hombre espiritual juzga de todo, y a él nadie es capaz de juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor, para darle lecciones? Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo» (1Co 2, 14-16).

Necesitamos tener «el pensamiento de Cristo», es decir, pensar como pensaría Él en nuestro lugar, ver las cosas como las vería Él. El don del Espíritu Santo que nos permite tener «el pensamiento de Cristo» es el don de sabiduría. El hombre

verdaderamente sabio ve las cosas como las ve Dios, y le gusta, “saborea”, su cariñosa voluntad.

63. «Dios cree en nosotros más que nosotros mismos»

Es una de las ideas que nos transmitió el Papa Francisco en julio de 2016, en la *Homilía en la Santa Misa para la Jornada Mundial de la Juventud*:

«Dios es fiel en su amor, y hasta obstinado. Nos ayudará pensar que nos ama más de lo que nosotros nos amamos, que cree en nosotros más que nosotros mismos, que está siempre de nuestra parte, como el más acérrimo de los hinchas».

Y porque nos ama más de lo que nosotros nos amamos, nos da siempre la medicina que nos conviene, aunque a veces sea un poco amarga.

Cree más en nosotros que nosotros mismos. Confía en nosotros. Por eso nos encarga la gran misión de seguir en la tierra la misión de Cristo, ayudarle en la salvación de todos los hombres, colaborar con Él en la construcción de un mundo más humano, más justo, más cristiano y más feliz.

Dios está siempre de nuestra parte, dice el Papa Francisco. No está como quien espera una oportunidad para reprobar y condenar, sino como un padre que defiende siempre a su hijo. Y si cometemos una falta, nos corrige y, al mismo tiempo, nos comprende; nos anima a pedirle perdón y nos perdona enseguida. Y si alguien protestase y dijese, como el hijo mayor de aquel padre que perdonó a su hijo pequeño después de haber dilapidado toda su fortuna: “Pero ¿cómo le puedes perdonar?”, mi Padre me defendería y diría que sí, que Él me perdona, que está conmovido, que me va a poner el anillo de hijo, a vestir el traje nuevo de la gracia, y, por si fuera poco, va a matar el ternero cebado y dará una gran fiesta a todos los de la casa.

Y a mí, Señor, tu hijo, al que tantas veces has perdonado, ya se me han acabado las ganas de ofenderte de nuevo, a Ti, que me has recibido entre tus brazos con tanta ternura. Porque tu misericordia, Señor, no me lleva a ofenderte con más facilidad, como podrían pensar algunos servidores sin tacha que, en el fondo, echan en falta un cabrito, sino a amarte más, a volverme loco de amor por Ti.

64. Dios confía una misión a sus hijos

Dios confía en nosotros y nos encomienda una misión:

ser los brazos de Cristo para prolongar en la tierra la misión que Él vino a realizar;

entregar nuestra vida para colaborar con Cristo en la salvación de todos los hombres;

enseñar, con nuestro ejemplo y nuestra palabra, la verdad que Cristo nos ha revelado;

servir a los demás como Cristo les serviría.

Dios nos confía esta gran misión porque confía en nosotros. Y nosotros, con su gracia, respondemos a su amor y a su confianza cada día.

El encargo de Dios, su confianza en nosotros, nos llena de ilusión. La gran ilusión de nuestra vida, la gran esperanza, la gran aventura, es responder a lo que Dios nos ha confiado: seguir a Cristo y participar de la misión de Cristo.

«Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19-20).

Pero algunos cristianos no son conscientes de que tienen un encargo divino. Son como preciosos veleros siempre amarrados a puerto: están seguros, lejos de las olas, y se mantienen a flote. El barco se mece al ritmo de las olas que mueren contra el muelle, está amarrado con cabos que no le dejan maniobrar; tal vez está limpio, pero no disfruta de arremeter contra las aguas encrespadas y salir airoso, y ver cómo se pierde la costa en la lejanía, y llegar a tierras desconocidas. La vida de algunos cristianos es muy aburrida porque no navegan.

Dios confía en nosotros y nosotros en Él. No debemos tener miedo a navegar, porque el verdadero capitán del barco, el que lleva el timón, es Él. Y también el que da la fuerza al viento para que hinche las velas. El que manda al viento y al mar que se callen, y se callan. Jesús viene con nosotros: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».

65. «No es vuestra lucha, sino la de Dios»

«No temáis... No es vuestra lucha, sino la de Dios» (*Crónicas* 20, 1-24).

En la lucha para realizar la misión que Dios nos ha encomendado, sucede a veces que actuamos como si contásemos únicamente con nuestras propias fuerzas. Y entonces no hacemos más que cosechar derrotas; y, ante las derrotas, nos invade el desánimo.

«Señor, Tú nos preparas la paz. Todas nuestras obras las haces Tú por nosotros» (*Is* 26, 12).

Es preciso recordar que no somos nosotros los que llevamos sobre nuestros hombros la grave responsabilidad de ganar las batallas. «No temáis... No es vuestra lucha, sino la de Dios».

Matteo Renzi, primer ministro italiano, contaba en una entrevista el consejo que le dio el párroco de su pueblo, que le conocía desde niño: «Mateo: Dios existe y no eres tú: así que relájate» (lo cita mi amigo José Brage, que fue un gran Buceador de

Combate antes de ordenarse sacerdote, en su magnífico libro *El equilibrio interior*).

Cuando actuamos como si la transformación del mundo solo dependiera de nosotros, es bueno que alguien nos diga: “No eres Dios, eres hijo de Dios. Confía en Él, descansa y relájate un poco”.

Es Dios, el Omnipotente, quien lleva el peso de la batalla. Nosotros somos solo (¡y nada menos!) sus colaboradores. Él confía en nosotros y nos concede el privilegio de que le echemos una mano.

Señor, no es mi lucha, sino la tuya. Eres Tú el que quiere cambiar el mundo. Y me pides que te ayude. No permitas que mi egocentrismo me lleve a creer que soy yo el héroe, el protagonista de este drama. Yo estoy contigo, como un niño pequeño, abrazado a tus rodillas, y más que ayudarte te estorbo, pero Tú me dices: “Muy bien, vamos venciendo; lo estás haciendo muy bien, hijo, no tengas miedo. Somos un equipo. Tú para mí y yo para ti”. Y entonces huye el temor de mi pecho, y me doy del todo a mis hermanos.

66. Los agobios

Los problemas nos agobian, y parece que no podemos remediarlo. Agobios por cuestiones económicas o de salud, agobios por conseguir un trabajo o un piso, agobios por aprobar un examen, agobios por llegar a todo cuando no hay manera de llegar, agobios por los hijos, agobios por los padres...

Recuerdo unas palabras del Santo Cura de Ars:

«Todos los problemas que nos agobian en esta vida es porque no rezamos o rezamos mal».

Otro gran secreto para ser felices.

Si hablamos los problemas con Dios, dejan de agobiarnos, porque dejan de ser “solo” nuestros. El Señor nos hará descubrir verdades tan sencillas como esta: los problemas que tenemos son sus “encargos”, y Él nos ayuda a solucionarlos. Estamos en la tierra como están los hijos en la casa de su Padre, trabajando para Él, y quien lleva el peso de los problemas es Él.

Si los problemas nos abruman o nos angustian es porque no los compartimos con Dios. Deberíamos poder decir: “Mis problemas son sobre todo los problemas de mi Padre, que es quien me ha puesto aquí y me ha encomendado una misión. Son de los dos”.

Así, la vida se ve de otra manera, de una manera más real. Y los problemas ya no agobian ni fatigan. Entonces nos damos cuenta de que el yugo de Jesús es suave, y su carga, ligera.

«Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y

encontraréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga es ligera» (Mt 11, 28-30).

El secreto es rezar, orar, hablar con Dios, tratar con Él nuestros problemas y preocupaciones, dejar en sus manos todo lo que no depende de nosotros, y confiar absolutamente en Él.

Pero muchos cristianos se han olvidado de que pueden hablar de tú a Tú con Dios, en cualquier lugar. O no encuentran tiempo para mantener esas conversaciones diarias con su Padre. ¡Hay tantas cosas que hacer!

Nuestra vida cambiaría radicalmente si cada día dedicásemos aunque solo fuera un cuarto de hora a hablar a solas con Dios y con la Virgen, nuestra Madre. La solución es así de sencilla, y está en nuestras manos, pero no acabamos de creerlo o de ponerlo en práctica. Tal vez pensamos que es una cosa un poco rara: un hombre o una mujer sentados en una silla, a solas, hablando con Dios...

Sí, es una cosa tan rara como ver a un hijo o a una hija hablando con su padre.

67. Confianza en María

«¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?».

Es el cariñoso reproche de la Virgen María a Juan Diego, porque en lugar de ir a encontrarse con Ella, como le había pedido, fue por otro camino a la ciudad de México en busca de un sacerdote que atendiese a su tío moribundo...

Recordemos la historia, y sobre todo las palabras de María, rebosantes de ternura:

«Pero al día siguiente el obispo tampoco le creyó a Juan Diego y le dijo que era necesaria alguna señal maravillosa para creer que era cierto que lo enviaba la misma Señora del Cielo. Y lo despidió. El lunes, Juan Diego no volvió al sitio donde se le aparecía nuestra Señora porque su tío Bernardino se puso muy grave y le rogó que fuera a la capital y le llevara un sacerdote para confesarse. Él dio la vuelta por otro lado del Tepeyac para que no lo detuviera la Señora del Cielo, y así poder llegar más pronto a la capital. Mas Ella le salió al encuentro en el camino por donde iba y le dijo:

Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige, no se turbe tu corazón, no temas esa enfermedad, ni otra alguna enfermedad y angustia. ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más has menester? No te apene ni te inquiete otra cosa; no te aflija la enfermedad de tu tío, que no morirá ahora de ella: está seguro que ya sanó... Sube, hijo mío el más pequeño, a la cumbre del cerrillo, allí donde me viste y te di órdenes, hallarás que hay diferentes flores; córtalas, júntalas, recógelas; en seguida baja y tráelas a mi presencia» (Del escrito del indio Nican Mophua).

Cuando tengamos alguna preocupación, podemos pensar que María también nos dirige estas palabras: «¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?» ¿Por qué te preocupas? Óyeme bien, hijo mío, el más pequeño: soy tu Madre y la Madre de Dios. Si solo fuese tu Madre, te querría mucho, pero no podría ayudarte en todo. Si solo fuese la Madre de Dios, podrías pensar que no me ocupo de ti. Pero, óyeme bien, hijo mío, el más pequeño: soy tu Madre y la Madre de Dios. Por tanto, te quiero y puedo ayudarte en todo. ¿Por qué te preocupas teniendo una Madre como yo?

68. El amor de Dios por nosotros es fuente de alegría

«La fuente de la alegría cristiana es esta certeza de ser amados por Dios, amados personalmente por nuestro Creador, por Aquel que tiene en sus manos todo el universo y que nos ama a cada uno y a toda la gran familia humana con un amor apasionado y fiel, un amor mayor que nuestras infidelidades y pecados, un amor que perdona. Este amor “es un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo”, como se manifiesta de manera definitiva en el misterio de la cruz: “Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor” (*Deus caritas est*, n. 10)» (Benedicto XVI, *Discurso*, 5 de junio 2006).

Dios, el que tiene en sus manos todo el universo, nos ama “personalmente” a cada uno con un amor «apasionado y fiel». Algunos se imaginan el amor de Dios como ese que tienen las personas de corazón frío: nos ayudan cuando se lo pedimos, pero da la impresión de que lo hacen obligadas o porque no les queda más remedio, o por “cumplir” con la ley. No es así el amor de nuestro Padre Dios. Es un amor apasionado. Tiene verdadera locura de amor por mí. Y es un amor fiel, que está siempre ahí, a las duras y a las maduras.

Dios nos ama con «un amor mayor que nuestras infidelidades y pecados», con «un amor que perdona». No cabe el desánimo ni la desconfianza en el hijo de Dios que ha pecado y ha pedido perdón. Al contrario, lo que cabe hacer es alegrarse, porque Dios se alegra cuando nos perdona, como el padre del hijo pródigo. Un padre que no solo perdona a su hijo, sino que lo cubre de besos y le pone un traje nuevo y un anillo y da un gran banquete.

«Este amor “es un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo”», dice Benedicto XVI. Es como si Dios nos dijera: “Abristeis con vuestra injusticia un río profundo entre vosotros y yo, un río que no podéis vadear con ninguna justicia. Pero no os voy a dejar ahí. Os quiero demasiado como para dejaros hundidos en la sima que os habéis cavado. Así que iré yo mismo. Sí, me haré hombre, como uno de vosotros, y seré, por amor a vosotros, el puente por el que podréis vadear el río de la injusticia, los brazos que os acogerán para arrancaros de vuestra miseria, el corazón que os acogerá con infinita ternura”.

Gracias, Señor, porque me amas con pasión y fidelidad. No miras a nadie con indiferencia, con ojos de objetiva neutralidad. Nos miras a cada uno con infinita ternura.

Tus hijos somos irresistibles para Ti.

69. El amor de los padres y la “imagen” de Dios

¿Cómo es el rostro de Dios que tenemos en la mente y en el corazón? ¿Qué imagen tenemos de Dios?

Desde que nacemos, sentimos el cariño de nuestro padre y de nuestra madre: un cariño inmenso, incondicional, tierno, apasionado, que, precisamente por eso, corrige, perdona y anima. Después, más adelante, cuando nos dicen que Dios nos quiere con corazón de padre y de madre, sabemos qué significa eso, porque lo comparamos al amor de nuestros padres y lo elevamos al infinito. Y todo nos cuadra: Dios nos quiere con un cariño inmenso, incondicional, tierno, apasionado, y entendemos que, precisamente por eso, nos corrige, nos perdona y nos anima.

Pero ¿qué sucede cuando los padres no han sabido o querido amar a los hijos de ese modo? ¿Qué sucede cuándo un padre es autoritario, distante, rígido, y corrige con ira, o bien, al contrario, irresponsable, insensato, cobarde para corregir? ¿Qué pasa cuando una madre es controladora, perfeccionista, asfixiante, o bien, al contrario, alocada y negligente? Ese modo de ser implica un modo de amar y de tratar a los hijos. Y los hijos se representan a Dios “a imagen” de sus padres.

No basta con que los padres amen a los hijos. ¡Deben amarlos bien! No es lo mismo. Algunos padres piensan que el amor a sus hijos implica darles todos los caprichos; otros, en cambio, que es mejor no concederles nada; unos, que el amor exige autoritarismo; otros, que el amor consiste en ceder siempre.

Después están nuestros amigos de la infancia, los maestros, profesores, compañeros de estudio, y ellos también influyen, de un modo o de otro, en nuestro modo de entender a Dios. Hay personas que han recibido en sus años de niñez heridas sangrantes, han sufrido injusticias, rechazos, abandonos, humillaciones. Y esas heridas van fraguando una personalidad desconfiada, insegura, llena de miedos, con un sentido exagerado de la culpabilidad, orgullosa. ¿Cómo será la imagen que tienen de Dios? ¿Cómo será la relación que tienen con Él? Conozco a personas que viven con miedo a Dios, desconfían de Él, no son capaces de gozar de su perdón, o lo desprecian de modo arrogante. Esas personas suelen tener heridas más o menos profundas que nadie les ha ayudado a curar.

Los padres, los amigos, los compañeros, los profesores, todos tocamos el corazón de nuestros hijos, amigos o discípulos. Si tratamos ese corazón con amor de verdad, será capaz de amar a Dios y a los demás. Si lo tratamos con un amor equivocado, falso, o con odio, ese corazón no entenderá el amor de Dios y no sabrá confiar en Él.

¿Y qué imagen tienen de Dios los hijos que han sufrido la ruptura entre sus padres? El niño necesita como el aire que respira, no solo el amor de un padre y de una madre, sino el amor de un padre y una madre que se quieren. Los que quieren desterrar a Dios de la vida de los hombres, son los mismos que quieren deshacer las familias.

¿Y qué imagen tienen de Dios los niños que han sufrido abusos de sus padres?

Cuando me encuentro con personas que rechazan a Dios, que parecen odiarlo, pienso que quizá no odian a Dios, sino a la imagen de Dios que los demás, con culpa o sin ella, han esculpido en su corazón.

70. El amor de los padres debe ser reflejo del amor de Dios

Una vez más pienso en las personas que no perciben el amor que Dios les tiene; es más, que lo ven como un ser lejano, triste y sin amor, porque no han recibido el amor de sus padres, o han recibido un amor equivocado.

Sé que me repito. Pero que conste que lo hago a propósito: de momento, no chocheo. Lo hago por si algún padre o madre lee esto, para que sepa qué importante es su amor, y que importante es que sepa amar bien a sus hijos.

Los hijos que no reciben de sus padres el cariño que debían recibir, que sufren al ver cómo el padre y la madre se pelean o incluso rompen; los hijos mal queridos, mal tratados; los hijos que han crecido sin la ternura de su padre, o bajo el afán controlador de su madre; los hijos traicionados... A todos esos hijos les resulta difícil entender bien la ternura de Dios: les cuesta confiar en Dios y en su amor infinito.

Los hijos necesitan sentir que son amados por sus padres de modo incondicional, por ser hijos, no por conseguir buenos resultados en sus estudios o en sus deportes, no por comportarse bien o mal, no por ser tranquilos o traviesos.

Necesitan sentirse amados por su padre con un cariño lleno de afecto y ternura.

Necesitan ver en las exigencias y correcciones de sus padres una consecuencia de su amor, nunca una venganza provocada por la ira.

Necesitan que sus padres vayan soltando amarras, para tener la oportunidad de hacer uso de su libertad.

Necesitan no solo ser queridos por su padre y por su madre, sino por un padre y una madre que se quieren. Esto es esencial para la vida del niño, para la formación de su corazón y de su cabeza, para su salud psicológica, moral y espiritual.

Los padres tienen ese privilegio, que es a la vez una responsabilidad: representan para sus hijos a Dios. Con el tiempo, los hijos verán a Dios de acuerdo con el reflejo divino que han visto en sus padres. Percibirán su Amor si han sido bien amados por sus padres. Confiarán totalmente en Él si han podido confiar totalmente en sus padres.

71. Los hijos de Dios vivimos en “nuestra casa”

Somos hijos de Dios. El mundo es la casa que nuestro Padre hizo para nuestro hermano mayor, Jesús, y para nosotros, los hermanos de Jesús.

Pisamos el suelo de la casa de nuestro Padre, de nuestra propia casa. Aquí, en el mundo, no somos unos extraños, ni unos advenedizos, sino los hijos del Dueño.

En el barco en el que navegamos, somos los hijos del Capitán. No tenemos miedo, aunque las olas se encrespen y parezca que van a engullir la nave. El Capitán es mi Padre, y es dueño del mar, de las olas, del viento y del universo entero.

En el Reino que estamos construyendo, somos los hijos del Rey, y no nos inquietamos si los enemigos, sobre todo, nuestras malas tendencias, parecen muy fuertes y gritan para provocar el miedo. El Rey de este Reino es mi Padre, el Señor de señores. Con Él a mi lado, nada temeré, nada me hará temblar.

Dios ha hecho para nosotros esta casa del mundo a fin de demostrarnos su Amor y hacernos felices.

¡Cuántas cosas preciosas y buenas nos ofrece, para que disfrutemos de ellas y le demos gracias! ¡Para que confiemos siempre en su poder! Millones de estrellas, que brillan en la noche, lanzadas por su mano poderosa, como arena de la playa. El sol, la luna, el cielo, la tierra, el mar... El mar tranquilo y el mar embravecido, el mar abierto y profundo, el mar azul.

Dios mío, Padre mío, que has hecho todo esto, que eres el Poder y la Fuerza, que eres el Amor y la Sabiduría, que me quieres con un corazón de padre y de madre, ¿por qué no confío totalmente en Ti? ¿Por qué no me abandono absolutamente en tus brazos?

72. Somos de la familia de Dios

«El Señor, al querernos como hijos, ha hecho que vivamos en su casa, en medio de este mundo, que seamos de su familia, que lo suyo sea nuestro y lo nuestro suyo, que tengamos esa familiaridad y confianza con Él que nos hace pedir, como el niño pequeño, ¡la luna!» (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 64).

Decir que somos de la familia de Dios no es hacer una bella metáfora. Es una verdad, y una verdad tan preciosa que para que fuera posible Cristo murió en la Cruz.

Dios ha querido tener hijos, muchos hijos, hermanos de Cristo, hijos en el Hijo, otros Cristos. Eso lo dispuso desde el principio. No después, en algún momento de la historia, sino al principio. Tenemos que leer con calma el primer capítulo de la carta de san Pablo a los Efesios, porque ahí está nuestra vocación, la respuesta a la

pregunta por nuestra existencia en esta tierra. Dice san Pablo que Dios «nos ha bendecido en Cristo... ya que en Él nos eligió antes de la creación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha en su presencia, por el amor; nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por Jesucristo» (Ef 1, 3-5). Eso es lo que Dios quiere desde siempre: que seamos hermanos de Cristo, hijos de Dios, y de ese modo pertenezcamos a la familia divina.

Somos de la familia de Dios. Todo lo de Dios es nuestro, y lo nuestro es suyo. Vivimos con paz, tranquilos, porque estamos en nuestra casa, en la casa en la que hemos nacido, donde nuestro Padre todopoderoso es el que manda, el que lleva sobre sus hombros el peso de la hacienda, y todo cuanto hace es para que sus hijos seamos felices, y cuando nos ve agobiados, nos llama y nos pregunta: “¿Qué te pasa? ¿No soy yo tu Padre? Déjalo todo en mis manos. Ven y descansa conmigo, que me encanta estar contigo, hijo mío”.

Y puedo pedirle la luna. Claro que le puedo pedir la luna, porque los hijos pequeños pedimos lo que se nos antoja, y no sabemos lo que pedimos. Y el Señor nos dice que sí, que le pidamos la luna porque nos la va a dar, y mucho más que la luna: se nos va a dar Él mismo en la Eucaristía, y después se nos va a dar en el Cielo, para que seamos felices con Él por toda la eternidad.

73. Dios no nos espera, nos busca

El Señor es siempre fiel a su palabra. Nos quiere siempre. También cuando cometemos el error de no serle fieles. Sí, Él nos sigue queriendo. Y no se queda esperando, con los brazos cruzados, a que regresemos. No se queda en su casa diciendo: “Allá él. Ya sabe que estoy aquí. Ya sabe el camino. Si quiere volver, que vuelva”.

La parábola del hijo pródigo es una maravilla. Pero no lo puede decir todo. Uno podría pensar que lo único que hace Dios es esperar pacientemente a su hijo, y no es así. Hay que mirar a otra parábola, la del buen pastor.

El buen pastor, que representa a Jesucristo, deja las noventa y nueve ovejas en el redil y se va en busca de la que se había perdido. No descansa: busca, llama una y otra vez a su oveja para que, al reconocer la voz de quien más le ama, se oriente de nuevo. Y cuando la encuentra, la abraza, la pone sobre sus hombros, y regresa contentísimo para unirla a las demás en la seguridad del redil, al que los lobos no pueden acercarse.

Jesús no se queda esperando, con los brazos cruzados, a que el pecador regrese. Jesús está mucho más interesado, mucho más “preocupado” que cualquiera por mi salvación, tiene más poder que cualquiera para atraerme a la verdad, y no se olvida de mí ni por un instante. Porque yo, como tú, le he costado a Jesús toda su Sangre.

¿Pensamos quizá que a Jesús, que murió por cada uno en la Cruz, le da igual que uno se salve o se pierda? Ni hablar. Él busca al hijo que se ha ido, y sufre por ese hijo, y no se queda tranquilo hasta que lo halla.

«Yo mismo buscaré a mi rebaño y lo apacentaré. Como recuenta un pastor su rebaño cuando está en medio de sus ovejas que se han dispersado, así contaré mis ovejas y las recogeré de todos los lugares en que se dispersaron en el día de niebla y oscuridad» (Ez 34, 11-16).

«¿Acaso me agrada la muerte del impío, oráculo del Señor Dios, y no que se convierta de sus caminos y viva?», dijo Dios a través de Ezequiel (18, 23). Y si eso es lo que quiere, podemos estar seguros de que pondrá todos los medios para conseguirlo, respetando, al mismo tiempo, nuestra libertad.

Hay padres cristianos que están muy dolidos y preocupados porque uno o varios de sus hijos, a pesar de la educación cristiana que han recibido desde la cuna, se han apartado de Dios.

Esos padres y madres sufren porque saben que sus hijos han elegido el camino equivocado, y han dejado el único Camino que conduce a la felicidad.

Pero, a la vez, deben encontrar consuelo en esta verdad: Jesús está más “interesado” que ellos en conseguir que sus hijos regresen a la casa del Padre, porque son hijos de Dios.

74. La protección del Altísimo

El salmo 91 es una maravillosa exhortación a la confianza total en Dios.

«Tú que habitas al amparo del Altísimo, que vives a la sombra del Omnipotente, di al Señor: “Refugio mío, alcázar mío, Dios mío, confío en ti”».

El salmista nos invita a hacer un acto de abandono en las manos de Dios. Y a continuación nos promete que ningún mal nos va a suceder:

«Él te librará de la red del cazador, de la peste funesta. Te cubrirá con sus plumas, bajo sus alas te refugiarás; su brazo es escudo y armadura».

Nada tiene que temer el que en Dios confía, ni «el espanto nocturno, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que se desliza en las tinieblas, ni la epidemia que devasta a mediodía». Si el Señor está con nosotros, ¿qué mal nos puede suceder? Con Él superaremos el temor, cuando nuestra vida parezca una noche oscura.

Tal vez no veamos nada, pero sabemos que nos lleva de la mano y no nos deja. Con Él no tendremos miedo a las flechas que vuelan de día, a los ataques de quienes se oponen a Cristo y a la Iglesia. Y seremos fieles, aunque el mal, como una epidemia o una peste, intente penetrar en nuestros corazones.

«No se te acercará la desgracia, ni la plaga llegará hasta tu tienda, porque a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos; te llevarán en

sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra; caminarás sobre áspides y víboras, pisotearás leones y dragones».

Dios ha puesto a nuestro lado un ángel y le ha dado órdenes explícitas de que nos proteja y custodie en todo momento. Es nuestro amigo, poderoso y sabio, que guarda nuestro corazón para que sea siempre del Señor.

A lo largo del nuestro camino en la tierra hay muchas piedras –tentaciones– en las que podemos tropezar, víboras que intentan morder a traición, y leones que atacan con furia. No pasa nada. Nuestro ángel nos ayuda, nos protege, nos advierte. Basta con que seamos dóciles a sus consejos.

El salmo termina con una promesa divina:

«Se puso junto a mí: lo libraré; lo protegeré porque conoce mi nombre, me invocará y lo escucharé. Con él estaré en la tribulación, lo defenderé, lo glorificaré, lo saciaré de largos días y le haré ver mi salvación».

Después de esta vida, si hemos confiado en Él, si no nos hemos soltado de su mano poderosa, veremos para siempre la salvación de Dios.

El siguiente comentario de san Bernardo nos puede ayudar a confiar más en nuestro Padre:

«Señor, ¿qué es el hombre para que le des importancia, para que te ocupes de él? Porque te ocupas ciertamente de él, demuestras tu solicitud y tu interés para con él. Llegas hasta enviarle a tu Hijo único, le infundes tu Espíritu. Incluso le prometes la visión de tu rostro. Y para que ninguno de los seres celestiales deje de tomar parte en esta solicitud por nosotros, envías a los espíritus bienaventurados para que nos sirvan y nos ayuden, los constituyes nuestros guardianes, mandas que sean nuestros ayos».

75. Como la gallina reúne a sus polluelos

«Porque Tú eres mi refugio, la torre inexpugnable frente al enemigo. Que sea yo por siempre huésped de tu tienda, amparado a la sombra de tus alas» (*Sal* 61, 4-5).

Le gusta al Señor comparar su protección a las alas de las aves.

«¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y lapidas a los que te son enviados! Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste» (*Mt* 23, 37).

Como la gallina reúne a sus polluelos... Es tierno el cariño de nuestro Dios. Quiere tener a sus hijos cerca, muy cerca, bajo sus alas. Allí encuentran la protección y el calor de su Padre y la compañía de sus hermanos.

Pero «no habéis querido». Jesús parece decepcionado. Lo mismo nos pasaría a nosotros si un amigo al que le hemos demostrado mil veces nuestra amistad, nos despreciara.

O deseara nuestra muerte...

Supongo que es la soberbia, el afán de autonomía e independencia, lo que nos impide refugiarnos confiadamente bajo sus alas.

Ese afán es a veces tan exaltado que resulta ridículo y produce risa, si no fuera porque, a la vez, es una actitud lastimosa. Vienen a la cabeza estas palabras de la Escritura:

«¿Por qué se enorgullece el que es tierra y polvo? Incluso en vida, sus entrañas son repugnantes (...) Cualquier potentado es de vida breve; así, el que hoy es rey, mañana morirá. Cuando el hombre muere, deja en herencia lombrices, bichos y gusanos. Principio de la soberbia humana es alejarse del Señor, y que su corazón se aparte de quien lo creó» (*Sirácide* 10, 10, 12-15).

No somos nada; pero, al mismo tiempo, somos hijos de Dios, y esa es nuestra grandeza y nuestra fuerza. Dios, el Omnipotente, nos protege, nos cobija bajo sus alas. Nos guarda como a las niñas de sus ojos. Él mismo nos sugiere que recemos así:

«Guárdame como a la niña de tus ojos, a la sombra de tus alas escóndeme» (*Sal* 17,8).

76. Insatisfacción y mal humor

La insatisfacción se debe casi siempre a que no nos aceptamos como somos. Quizá como fruto de la educación recibida, de nuestra soberbia y ambición, nos hemos puesto a nosotros mismos un listón muy alto, tenemos en nuestra mente una imagen ideal de cómo debemos ser, y nunca logramos llegar a nuestras pretensiones: porque no somos tan listos como pensábamos, ni tan simpáticos, ni tenemos tantos talentos como creíamos. El resultado es el descontento: no aceptamos las derrotas y nunca estamos satisfechos con nuestros logros porque no pasan de mediocres. Entonces, nos enfadamos contra nosotros mismos. Pero ese enfado lo proyectamos hacia los demás, y nos convertimos en personas que están casi siempre de mal humor, personas con las que es muy difícil convivir.

Solo hay una solución: aceptarnos a nosotros mismos.

Pero no es fácil. Porque aceptar nuestras limitaciones hace que en nuestro corazón se reduzca la propia valoración. Y nos cuesta reducir el nivel de valoración que nos habíamos adjudicado. ¿Cuál es el error? Pensar que el criterio de nuestro valor es lo que nosotros pensamos o lo que piensan los demás. Ese es el gran error que debemos superar.

Nuestro valor depende de nuestro Creador y Padre. ¿Cuánto valgo yo? No lo que yo pienso que valgo ni lo que piensan los demás. Valgo lo que valgo a los ojos de mi Padre. Valgo lo que valgo en su Corazón. ¿Cuánto es eso?

Dios ha entregado su Sangre en la Cruz por mí. Por tanto, yo valgo toda la Sangre de Cristo.

Ese es mi verdadero valor.

En cuanto a los juicios ajenos, los abandonamos en manos de Dios, y le pedimos que, si algún prestigio nos conceden, sea para su gloria, no para la nuestra.

Dios mío, que yo me entere de cuánto valgo para Ti, de cuánto me quieres. Entonces no habrá nada que me quite la paz, porque como tengo tu Amor lo tengo todo. No necesito mendigar el aprecio de la gente, no necesito demostrar cuánto valgo, ni a los demás ni a mí mismo. No, porque Tú me quieres por mí mismo, como un padre quiere a su hijo.

77. Dios se ocupa de lo pequeño y de lo grande

«En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de la cabeza están todos contados» (Mt 10, 30).

Acudimos a Dios tal vez cuando tenemos grandes problemas, pero no nos cabe del todo en la cabeza que a Él también le interesen nuestros problemas más nimios, nuestras pequeñas preocupaciones de cada día. Imaginamos que eso, para Él, no tiene ninguna importancia.

Es como si pensásemos que ya tiene demasiadas ocupaciones, y que sería egoísmo pretender “reclamar su atención” para las dificultades normales de cada día.

Pero los padres están pendientes de todo lo que se refiera a sus hijos, por pequeño que sea. Y Dios es el único que tiene poder para estar atento a todos y cada uno de sus hijos, a todas y cada una de sus preocupaciones.

Dios se ocupa de todo. Me conmueve lo que dice Jesús a Jairo y tal vez a su mujer, después de resucitar a su hija.

Dice el evangelio según san Marcos que Jesús tomó la mano de la niña y le dijo: «Talitha qum, que significa: Niña, a ti te digo, levántate. Y en seguida la niña se levantó y se puso a andar, pues tenía doce años. Y quedaron llenos de asombro. Les insistió mucho en que nadie lo supiera, y dijo que dieran de comer a la niña» (Mc 5, 41-43).

No se conforma con hacer un gran milagro como es resucitar a una niña muerta, sino que les dice a sus padres —que quizá estaban fuera de sí de alegría— que no se olviden de darle de comer. ¡Qué delicadeza la de Jesús!

¿Y el milagro de Caná? ¿Acaso era un problema de vida o muerta la falta de vino? Pero Jesús, a instancias de su Madre, hace aquel milagro “casero”, también para que nos quede claro que Él nos atiende, cada día, en todas nuestras necesidades, pequeñas o grandes.

78. ¿Cómo podría amarnos más?

San Juan Crisóstomo pone estas palabras en boca de Jesús:

«Hasta te serviré, porque vine a servir y no a ser servido. Yo soy amigo, y miembro y cabeza, y hermano y hermana y madre; todo lo soy, y solo quiero contigo intimidad. Yo, pobre por ti, mendigo por ti, crucificado por ti, sepultado por ti; en el cielo, por ti ante Dios Padre; y en la tierra soy legado suyo ante ti. Todo lo eres para Mí, hermano y coheredero, amigo y miembro. ¿Qué más quieres?».

Dios nos quiere infinitamente. Por tanto, podemos confiar en Él absolutamente. Por su parte, no “puede” hacer más por nosotros, porque lo hace todo.

Nos ha creado y redimido para que seamos sus hijos y amigos íntimos.

La amistad humana nos puede ayudar a entender mejor cómo debe ser la amistad con Dios.

El Señor nos dice lo importante que es un buen amigo:

«El amigo fiel es un refugio que da seguridad; el que lo encuentra, ha encontrado un tesoro. El amigo fiel no tiene precio: ningún dinero ajusta para comprarlo. El amigo fiel es un tónico de vida. Los que aman al Señor lo encontrarán; el que teme al Señor sabe ser fiel amigo y hace a sus amigos como él» (*Sirácide*, 6, 14-17).

Un amigo fiel, leal, en el que podemos confiar, que está a nuestro lado precisamente cuando lo necesitamos, es un tesoro. A un amigo así podemos abrirle nuestra alma porque sabemos que nos va a comprender y ayudar... «Los que aman al Señor lo encontrarán». La amistad con Dios nos anima a vivir mejor la amistad humana, y la amistad humana debe convertirse en reflejo de la amistad divina.

Nuestra amistad con Cristo puede y debe ser la más íntima, la más confiada, la más fuerte y fiel. Él es el Amigo que nunca traiciona. Podemos confiar en Él absolutamente. Está siempre a nuestro lado. No nos pide nada a cambio de su amistad: nos lo da todo porque nos quiere. Y solo a Él podemos abrirle totalmente nuestra alma, porque solo Él nos comprende totalmente y solo Él nos puede ayudar siempre y de modo eficaz.

Solo quiere intimidad. Es Él quien comienza nuestra amistad, pues nos crea por amor y nos llama a responder con nuestro amor. Muere porque nos quiere y nos eleva hasta su corazón, convirtiéndonos en hijos.

Es Él quien comienza nuestro diálogo, pues en la Escritura nos habla de sí mismo, nos abre su intimidad, nos escribe esa carta que son los Evangelios, contándonos cómo es y cuánto nos quiere.

Es Él quien nos llama a la amistad cuando nos dice que hablemos en la oración, que lo tratemos, que le pidamos lo que queramos.

Pero desea todavía más intimidad, y viene a nosotros en la Eucaristía. En esta vida no puede haber más intimidad entre el hombre y Dios que cuando nos unimos en ese Sacramento.

«Todo lo eres para Mí, hermano y coheredero, amigo y miembro. ¿Qué más quieres?». Señor, no podemos pedir más. Nos lo has dado todo, porque te nos has dado a Ti mismo. Esa entrega tuya, que nos convierte en hijos y amigos, pide una respuesta por nuestra parte: vivir como hijos y amigos en intimidad contigo.

79. «Si pudiera sufrir más por ti, lo haría»

«Se llamaba Juliana de Norwich; era analfabeta, esta joven que tuvo visiones de la Pasión de Jesús y que luego, en la cárcel, describió con lenguaje sencillo, pero profundo e intenso, el sentido del amor misericordioso. Decía así: “Entonces nuestro buen Señor me pregunto: '¿Estás contenta de que yo haya sufrido por ti?'. Yo dije: 'Sí, buen Señor, y te agradezco muchísimo; sí, buen Señor, que Tú seas bendito'. Entonces Jesús, nuestro buen Señor, dice: 'Si tú estás contenta, también yo lo estoy. El haber sufrido la pasión por ti es para mí una alegría, una felicidad, un gozo eterno; y si pudiera sufrir más lo haría’”. Este es nuestro Jesús, que a cada uno de nosotros dice: “Si pudiera sufrir más por ti, lo haría”.

¡Qué bonitas son estas palabras! Nos permiten entender de verdad el amor inmenso y sin límites que el Señor tiene por cada uno de nosotros. Dejémonos envolver por esta misericordia que nos viene al encuentro; y que en estos días, mientras mantenemos fija la mirada en la pasión y la muerte del Señor, acojamos en nuestro corazón la grandeza de su amor y, como la Virgen el Sábado, en silencio, a la espera de la Resurrección» (Papa Francisco, *Audiencia*, 23-3-2016).

El Señor sufrió la muerte en la cruz por mí y por todos, por cada uno, y aunque solo yo existiera en el mundo, moriría por mí. Y si fuera preciso morir mil veces, mil veces moriría. No podemos imaginarnos lo grande que es su cariño por nosotros. Y por eso es bueno que le pidamos: “Hazme saber, hazme sentir cuánto me quieres”. No nos conformemos con saberlo de un modo “teórico”. Tenemos que experimentarlo, sentirlo, percibirlo con la inteligencia y con todos nuestros sentidos.

Cuando alguien me hace un favor, le estoy agradecido. Si me hace un gran favor, le estoy agradecido para toda la vida. En cambio, a Jesús, que ha muerto por mí, qué pocas veces le agradezco su amor. Y apenas me acuerdo, como si el Calvario fuera algo lejano, muy lejano, casi una leyenda. Dios mío, si voy al Calvario en cada Misa, en la que te ofreces al Padre por mí y por todos. Dame un corazón agradecido, un corazón que no olvide la Sangre derramada por mi salvación.

¿Y cómo podemos agradecerle su sufrimiento en la Cruz? De muchas maneras. Por ejemplo, podemos ofrecerle nuestros pequeños sufrimientos o contrariedades de cada día, esas cosas que nos disgustan, que arrancan de nosotros una queja, que nos molestan. Son tonterías, pero si las ofrecemos al Señor en agradecimiento por su amor, dejan de ser tonterías, porque se convierten para Él en un consuelo.

80. Buscar primero el Reino de Dios y su justicia

Hay unas palabras de Jesús, transmitidas por san Mateo (6, 25-34), que hemos leído o escuchado muchas veces. Confieso que, en mi ignorancia, pensé alguna vez que no pasaban de ser una bella metáfora:

«Por tanto os digo: No estéis preocupados por vuestra vida: qué vais a comer; o por vuestro cuerpo: con qué os vais a vestir. ¿Es que no vale más la vida que le alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni almacenan en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Es que no valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Quién de vosotros, por mucho que cavile, puede añadir un solo codo a su estatura?

Y sobre el vestir, ¿por qué os preocupáis? Fijaos en los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria pudo vestirse como uno de ellos. Y si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿Cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?

Así pues, no andéis preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer, qué vamos a beber, con qué nos vamos a vestir? Por todas esas cosas se afanan los paganos. Bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso estáis necesitados.

Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán. Por tanto, no os preocupéis por el mañana, porque el mañana traerá su propia preocupación. A cada día le basta su contrariedad».

Con estas palabras, el Señor no pretende decirnos que abandonemos nuestro trabajo, nuestros deberes profesionales, familiares, económicos, etc., y nos acostemos en una tumbona, esperando que caigan del cielo el alimento y el vestido. Es Dios mismo quien nos dice que ha creado al hombre para trabajar, para que colabore con Él en la obra de la Creación. Jesús, Dios hecho hombre, trabaja en Nazaret con sus propias manos. Y, a través de san Pablo, en la segunda carta a los de Tesalónica, nos dice que el que no trabaje que no coma.

Hay que fijarse bien en estas palabras, que son la clave de las demás: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia». Ahí está la solución para nuestras inquietudes.

¿Qué significa buscar primero el Reino de Dios y su justicia?

Que lo más importante es que abramos nuestro corazón para que el Señor reine en él.

Que busquemos agradar a Dios en todo y amar a los demás por Dios.

Que convirtamos nuestro trabajo, las relaciones familiares y sociales, el descanso, todo, en un medio para que el Señor reine en el mundo.

Entonces, dejaremos de tener preocupaciones e inquietudes.

¿Qué preocupaciones e inquietudes? Las que proceden de poner “en primer lugar” la posesión de medios materiales para garantizar nuestra seguridad y nuestro bienestar. Cuando eso es “lo primero”, “lo más importante”, vivimos en continua inquietud, porque nada es permanente y nada nos parece suficiente para garantizar nuestra prosperidad.

Incluso cuando nos hemos propuesto buscar “primero” el Reino de Dios y su justicia, nuestra desconfianza puede seguir ahí, bien arraigada en el corazón. Puede entrarnos la duda de si Él se va a preocupar de verdad de nuestros problemas. La respuesta la tenemos en esta escena de la vida de Cristo:

«Me da mucha pena la muchedumbre, porque ya llevan tres días conmigo y no tienen qué comer» (Mt 15, 32).

Jesús no solo enseña la verdad a la muchedumbre que le sigue. Se preocupa de su alimento. ¿Cómo no se va a preocupar, si ese problema lo tienen porque lo siguen a Él?

Si nos preocupamos por el Reino de Dios, por hacer su voluntad, lo demás se nos dará por añadidura. Cuando estamos verdaderamente convencidos de esto, cuando confiamos absolutamente en Dios, ponemos con paz los medios para vivir, vestirnos y alimentarnos; para llevar una existencia digna, no solo nosotros, sino también los que de nosotros dependen; y desaparecen las mil inquietudes que nacen en nuestra cabeza cuando ponemos en primer término el afán de conseguir los bienes de esta tierra. Somos hijos de Dios, y Él se ocupa de nuestras necesidades, y nunca nos niega su gracia, su ayuda y su protección.

81. Falsa prudencia

Hay una conducta que parece muy sensata y prudente, pero no lo es: la excesiva solicitud por los bienes de esta vida (dinero, salud, belleza, prestigio, éxito profesional...): poner un afán desmedido en conseguirlos, y dejarse dominar por el miedo a que nos falten. Esta preocupación tiene como consecuencia el desinterés por lo espiritual, es motivo de continua inquietud, y supone una falta de confianza en Dios.

Cuidar los bienes materiales que poseemos o tratar de conseguir honradamente los bienes temporales que necesitamos es bueno, y debe ser un medio para crecer en perfección y libertad, pero no para convertirnos en esclavos de las cosas o de la ambición.

Santo Tomás sitúa el origen de esa conducta en la avaricia, en el desmesurado afán de poseer bienes para la propia seguridad, o para afirmar la personal grandeza y dignidad.

La avaricia es contraria a la confianza en Dios, porque consiste en depositar en los bienes materiales la confianza que solo deberíamos tener en Él: como si los bienes materiales nos fueran a salvar, como si fueran a darnos la felicidad absoluta a la que aspiramos.

La excesiva confianza en los bienes materiales tiene, al menos, dos problemas (y no hacen falta estudios especiales para conocerlos). El primero es que exigen de nosotros una preocupación continua para mantenerlos, de modo que nunca podemos estar tranquilos. El segundo: como siempre parecen insuficientes, siempre estamos insatisfechos...

Cuando confiamos absolutamente en nuestro Padre Dios y consideramos su Amor como la mayor riqueza, al mismo tiempo que nos esforzamos por buscar y cuidar los bienes que necesitamos (bienes que le agradecemos porque recibimos de sus manos), desaparece la intranquilidad. Entonces somos verdaderamente prudentes y libres.

82. Aceptar las circunstancias en las que Dios nos ha puesto

Un motivo de inquietud: no aceptar las circunstancias en las que nos ha tocado vivir.

Pensamos que podríamos ser más felices en otra profesión, en otra ciudad, en otro ambiente. Y esto hace que estemos inquietos pensando en la manera de cambiar nuestra situación, aun sabiendo que no va a ser posible.

Hasta que caemos en la cuenta de que ese escenario en el que vivimos es el que Dios ha querido para nosotros —al menos de momento—, y que es ahí donde más podemos agradarlo, donde mayor bien podemos hacer a los demás. Esto no quiere decir que sea malo tratar de mejorar nuestras circunstancias personales, familiares, etc., sino que debemos hacerlo con serenidad, sin dejarnos esclavizar por la vanidad, por la impaciencia (falta de paz interior) o por utopías irrealizables. Todo eso casi siempre repercute negativamente en los que nos rodean.

Además, sucede con frecuencia que el que no sabe estar contento en una situación, tampoco lo está en la nueva, en la que ha puesto tantas ilusiones. Pienso en esas personas que siempre están buscando cosas novedosas y originales para llenar un interior inquieto, y nada les convence: ni el trabajo que han encontrado, ni las aficiones o los planes de descanso que han proyectado, ni las amistades que tienen... Nunca están a gusto, nunca se conforman. Y uno se pregunta si lo que están buscando realmente es el modo de llenar un vacío interior que nunca podrán colmar con lo que buscan. Porque ese vacío, ese deseo de felicidad insatisfecho, solo se puede saciar con el amor de Dios.

El problema no depende tanto de las circunstancias cuanto de nuestras disposiciones interiores: de nuestra confianza y abandono en los planes de Dios, de reconocer su voluntad en las circunstancias concretas de cada día, de aceptar sus planes, y de aceptarnos a nosotros mismos.

Señor, Tú me has puesto aquí, en este lugar, en este trabajo, con estas personas, con frío o calor, con lluvia o sol. Quieres que te agrade aquí, en esta parcela del mundo, que dé testimonio cristiano aquí, que haga felices a las personas que me rodean aquí, y que yo sea santo aquí. Ayúdame a aprovechar todas las circunstancias para amarte y amar a los demás.

83. Aceptar a los demás como son

El Señor ha depositado una gran confianza en nosotros: nos ha encomendado el cuidado de otros hijos suyos: padres ancianos, hijos, hermanos, amigos, colegas de trabajo... Si pensamos que es así, que el cuidado de los demás es un encargo de Dios, o que equivale a cuidar del mismo Jesús –porque esa es la verdad–, nos puede resultar más fácil aceptar los diversos modos de ser. Cuando nos cuesta admitir el carácter o las manías de alguno, podemos pensar: “Es mi hermano, es hijo de Dios, está a mi cargo, tal como es, para que yo lo ayude a ser feliz y fiel a Jesucristo. Si Dios me ama a mí tal como soy, yo debo amar a los demás tal como son”.

Y en esos defectos innegables que tienen los demás, y que vemos agrandados por nuestros deseos de comodidad o por nuestra soberbia, veremos ocasiones de agrandar a Dios, de practicar la paciencia alegre, el perdón, la comprensión y la disculpa.

Señor, ¿cómo quieres que trate a mis hermanos, a las personas con las que convivo? ¿Cómo los tratarías Tú en mi lugar?

Admiramos a esas personas que han entregado su vida a Ti a través de los pobres y enfermos, y pensamos que también nosotros podríamos hacerlo si esa fuese nuestra vocación. Haznos entender, Señor, que esa es precisamente nuestra vocación. Los pobres y enfermos somos todos, son las personas a las que tratamos, y somos nosotros mismos. Danos un corazón más grande y, sobre todo, que no olvidemos nunca, Señor, que cada persona que vive a nuestro lado es un hijo tuyo, cuyo cuidado nos has encomendado, y que nos ayudarás en todo momento a vivir tu encargo.

84. Las quejas de los israelitas y las nuestras

Dios les había demostrado mil veces su poder a los hijos de Israel, y, a pesar de todo, se quejan y se echan a llorar amargamente en el desierto:

«¿Quién nos dará carne para comer? Nos acordamos del pescado que estaríamos comiendo de balde en Egipto, y de los pepinos, las sandías, los puerros, las cebollas y los ajos, pero ahora nuestra alma está reseca; no vemos nada más que maná» (*Num* 11, 4-6).

Es patético. El Señor los ha sacado de la más humillante esclavitud y quiere darles una tierra maravillosa en la que serán libres. Y ellos se quejan porque no pueden comer los pepinos, los ajos y los puerros que comían en Egipto, donde eran esclavos del faraón.

También a nosotros el Señor, muriendo en la Cruz, nos ha rescatado de la peor esclavitud, la del pecado, y nos quiere llevar al Cielo, donde seremos felices para siempre. Y nosotros nos quejamos de las pequeñas dificultades del camino, de la falta de puerros y ajos.

¿Cuáles son nuestras quejas habituales? Quejas por las dificultades económicas, por el carácter de las personas con las que convivimos, por los problemas del trabajo, por cuestiones de bienestar o de salud, por nuestros defectos... Y si no encontramos de qué quejarnos, nos lamentamos de lo mal que va el mundo.

La queja puede ser un desahogo, y es bueno desahogarse con alguien que nos pueda entender y ayudar. Toda alma necesita su desagadero, decía santa Teresa. Pero, a veces, la queja es la manifestación de que no sabemos aceptar las dificultades con valentía y paciencia, de que queremos hacer ver a los demás que somos víctimas, o de que no nos atrevemos a poner los medios para solucionar los problemas. Nos quejamos, nos amargamos y amargamos a los demás.

Señor, ayúdanos a ver tu Amor detrás de las contrariedades, a darnos cuenta de que, con las dificultades que nos envías, quieres limpiar bien nuestra alma, como una madre lava a su hijo, para que podamos entrar en el Cielo. Dicho de otro modo: quieres que nos enamoremos más de Ti, pues el amor es lo que de verdad purifica el alma y la une a Ti.

Ayúdanos a ver, detrás de los casi siempre pequeños sufrimientos, tu petición amorosa: “Ayúdame con esa pequeña Cruz a llevar mi Cruz por vosotros”.

85. Nadar contracorriente sin perder la paz

Los que intentan seguir a Cristo tienen que nadar contracorriente.

Sufren ataques, críticas y burlas porque su modo de pensar y actuar se considera fanático, pasado de moda, infantil o insensato.

Sufren al ver cómo se establecen leyes que permiten dar muerte a los inocentes, no respetan la libertad de las conciencias, facilitan la ruptura de las familias o impiden a los padres educar cristianamente a sus hijos.

Sufren al ver que los cristianos son perseguidos, que la Iglesia es denigrada todos los días en los medios de comunicación, y que una gran parte de la sociedad está siendo corrompida desde la infancia.

Y muchos se sienten impotentes ante esta avalancha de basura. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué podemos hacer?

En primer lugar, no tener miedo a nada ni a nadie, porque

«Dios es nuestro refugio y fortaleza,
socorro fácil de encontrar en las angustias.
Por eso no tememos aunque se conmueva la tierra,
y se derrumben los montes en lo hondo del mar;
aunque se agiten y hiervan sus aguas,
y, por su ímpetu, retiemblen los montes (...).
El Señor de los ejércitos está con nosotros,
nuestra fortaleza es el Dios de Jacob» (Sal 46).

Después, dar gracias a Dios, porque muchos cristianos están trabajando muy bien en todo el mundo para contrarrestar la suciedad con aguas limpias. Y también porque hay muchos no católicos y no cristianos que luchan por la verdad y la justicia.

Es probable que tengamos que pensar en hacer más, pero sin perder la paz ni el tiempo en quejas estériles.

Con paz, tenemos que desagraviar a nuestro Padre por todas las ofensas que recibe cada día.

Con paciencia, tenemos que enseñar la verdad a todo el que quiera escucharla, empleando los medios a nuestro alcance: el diálogo personal y los medios de comunicación.

Confundiendo en Dios, tenemos que poner generosamente tiempo y medios económicos al servicio de la difusión de la verdad.

Con serenidad, recibiremos las críticas, burlas y ataques, recordando estas palabras del Señor:

«Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos» (Mt 5, 11-12).

86. La confianza en Dios nos libera de la rigidez

Rigidez: todo perfecto, todo en orden, todo controlado, criterios inamovibles, no se admiten excepciones, todos perfectamente uniformados, fila recta, disciplina.

Rigidez: todo lo ilegal es inmoral. La ley es la ley. Lo que dicta la ley, sin interpretaciones relajantes.

¿Recordáis a aquellos fariseos que reñían a los Apóstoles por arrancar espigas en sábado, o condenaban al Señor por curar en sábado? Porque arrancar espigas o curar equivalía para ellos a trabajar, y en sábado no se podía trabajar...

La rigidez suele tener su causa en la inseguridad. Para tener la seguridad de que todo va a funcionar bien, y de que nadie le pueda echar las culpas (ni los demás, ni el Señor) por algo que va mal, la persona rígida se aferra a la letra de la ley y a la disciplina más estricta.

Los edificios que mejor resisten los terremotos son los más flexibles. Los rígidos suelen ser los primeros en derrumbarse.

A primera vista, los rígidos dan la impresión de firmeza y fortaleza, porque cumplen fielmente el deber; pero en la medida en que su vida no está movida por el amor a Dios y a los demás, sino por el amor propio, son muy frágiles y se rompen fácilmente. Además, ¿cómo pueden estar alegres y perseverar con gozo en el camino cristiano cuando su vida es un conjunto de reglas que no dejan respirar, que reprimen la libertad, que angustian el corazón? O cambian su modo de relacionarse consigo mismas, con los demás y con Dios, o enferman.

Si detectamos en nosotros algún síntoma de rigidez, pensemos en el gran remedio.

En primer lugar, confiar más en Dios, que no es un Dios justiciero, legalista, inflexible e implacable, sino un Padre comprensivo, que nos disculpa si cometemos un error o nos equivocamos, que no está esperando a que cometamos una falta de ortografía para castigarnos o condenarnos. Y nos quiere libres. Hijos libres que responden con libertad a su amor.

En segundo lugar, la rectitud de intención. Lo único que debe movernos es el amor a Dios, no el afán de seguridad, no el deseo de que todo esté en orden y de que todo salga perfecto para que se pueda decir que somos muy responsables, o para sentirnos satisfechos, o para que no nos reprendan los que mandan.

Acabemos con sentido del humor. Yo le diría a una persona perfeccionista: tuerce dos o tres cuadros de tu casa, deja un par de calcetines tirados por el suelo durante una semana, dile a tu hijo pequeño que, si quiere, puede comer un día o dos con las manos, y que no pasa nada si no se lava los dientes algún día. Desordena un poco tu casa. Y no te digo que hagas una gotera en el techo, porque es difícil, pero en las casas antiguas de mi tierra, una gotera es algo esencial. Las hace un trasgo (yo creo que es un duende) llamado Benito Pingueiro, que vive en el desván. Si los dueños de la casa son normales, hace una sola gotera, que ellos miran con orgullo y enseñan a las visitas. Si el marido o la mujer son perfeccionistas, hace dos. Y si son muy perfeccionistas, hace tres goteras. No vale de nada taparlas, porque Benito vuelve a abrirlas.

Un vecino mío, contable de una empresa de conservas, era perfeccionista hasta los tuétanos. Una noche subió al desván hecho una fiera: «¡Benito Pingueiro, tres goteras es demasiado!», gritó. Y Benito, que no se deja ver, porque suele estar dentro de una maleta vieja o embutido en una alfombra enrollada, le dijo: «Te lo mereces. Y como sigas así te haré una cuarta, pero esta vez caerá mismamente encima de tu librería, porque la tienes demasiado ordenada. Cuando en tu casa huela más a cariño y menos a severidad, cuando oiga más risas que llantos, y suban hasta aquí más alegrías que tristezas, entonces... podrás arreglar las goteras».

87. El amor a Dios y la perfección

El Señor nos dice: «Por eso, sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (*Mt 5, 48*). Jesús dice estas palabras como conclusión a una enseñanza: el amor a los enemigos. Ser perfectos es ser perfectos en el amor: amar a todos, como nuestro Padre celestial, «que hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos y pecadores» (*Mt 5, 45*).

El perfeccionista interpreta la perfección en un sentido que tiene poco que ver con el amor. Quiere hacer las cosas perfectas para estar contento de sí mismo, para que los demás lo admiren al ver la perfección de sus obras, para que Dios lo mire con buenos ojos al no ver ningún error en su conducta.

El perfeccionista quiere presentar a Dios, al final del día, una hoja inmaculada, escrita con letra gótica, con fino plumín, con tinta china, y sin ningún borrón.

Una cosa es tratar de hacer bien el trabajo y los pequeños deberes de cada día porque queremos responder al amor de Dios con nuestro amor, sirviendo bien a los demás; y otra muy distinta es hacer las cosas perfectas para sentirnos justificados ante Dios. En el segundo caso, como resulta que todas nuestras obras son defectuosas, el perfeccionista se desespera, se hunde y tira la toalla. Nunca consigue llegar al final sin un borrón.

Además, aunque consiga hacer algo bien, siempre le parece que su obra tiene más defectos de los que en realidad tiene, y no acaba de estar contento por mucho que le digan que lo ha hecho bien. Nunca es capaz de ponerse un diez.

En cambio, el que vive como hijo enamorado de Dios no pretende ponerse un diez. Sabe muy bien que jamás podrá ponerse un diez. Y además le importa un comino ponerse un diez. Lo único que quiere es amar. Y cuando ve que, a pesar de sus esfuerzos de hijo, ha cometido errores, lo reconoce con humildad, pide perdón y se ríe de sí mismo. No pierde la paz. Sabe que su Padre lo quiere mucho, con un Amor que no depende de la nota que se ponga. Y que mira esas cosas “imperfectas” como una madre mira el dibujo “imperfecto” que su niño pequeño hizo para ella.

¡Esos dibujos que hacen los niños para su madre! Si los juzgara un crítico de arte, diría que no tienen valor. Pero el juicio de las madres es muy diferente: lo miran, abren la boca admiradas y dicen que es una maravilla. Y ya están pensando que su hijo es un artista, y que cuando sea mayor pintará unos oleos preciosos. Y le dan un abrazo y lo besan, y después ponen ese dibujo en algún sitio donde se vea bien, en el despacho o en la puerta de la nevera... Y si viene una visita, dicen con orgullo: “Lo ha hecho mi hijo. Es un artista”.

Pienso que Dios, cuando tratamos de hacer las cosas bien por amor a Él, las juzga con el mismo criterio ilusionado que las madres. Mira nuestras obras como si fueran obras de arte, y las expone en el Cielo, para que todo el mundo admire el talento de sus hijos.

Seguro que nunca hemos leído en los Evangelios algo así: “Bienaventurados los que quieren controlarlo todo, los hiper-responsables y los que se agobian por llegar a todo, los ansiosos y los perfeccionistas, que quieren hacerlo todo a la perfección,

porque de ellos...” Tendría que terminar diciendo: “...porque de ellos será el psiquiátrico”. Lo que sí hemos leído es esto:

«Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontrareis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera» (*Mt 11, 28-30*).

Lo que hace suave y ligero el yugo de Cristo es esto: la fe, la esperanza y el amor. Cargas y yugos mucho menos pesados, llevados con cualquier variante del amor propio, resultan insoportables. En cambio, la fe, la esperanza y el amor hacen que confiemos plenamente en Dios, que lo abandonemos todo en Él. Y así nos libera de los fantasmas que nos agobian.

Hoy he estado de nuevo con un matrimonio vecino. Tienen una hija y dos hijos. Los dos hijos padecen una grave enfermedad cerebral y no pueden valerse por sí mismos para nada. He visto una y otra vez con qué cariño los cuidan, los llevan y los traen, los pasean por el parque. He visto un día y otro su alegría, manifestación de su fe. Nunca los he visto con mala cara. Para otros, esos hijos serían una carga insufrible. Para ellos es un yugo suave y ligero.

88. Una religión sin amor

Pelagio, un monje de origen irlandés que vivió entre los siglos IV y V, afirmaba que no necesitamos una gracia especial para recibir la salvación, porque Dios nos ha dotado de suficientes facultades para que, con nuestro propio esfuerzo, logremos llegar a la vida eterna.

El pelagianismo podría parecer algo olvidado en la noche de los tiempos. Pero no es así. Tanto el cardenal Ratzinger, después Benedicto XVI, como Francisco han denunciado un tinte pelagiano en el modo de pensar de algunos cristianos contemporáneos.

Teniendo en cuenta las referencias de ambos, estas serían las características de los cristianos contaminados de pelagianismo:

- Quieren el orden puro: no el perdón, sino la justa recompensa.

Entienden la relación con Dios como una cuestión de justicia, donde el perdón no tiene sentido. “Si yo cumplo, Dios debe darme, como justa recompensa, la salvación; y al que no cumple, la condenación”. Esto nos recuerda la parábola del fariseo y el publicano: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como ese publicano. Ayuno dos veces por semana, pago el diezmo de todo lo que gano» (*Lc 18, 11-12*).

- Prefieren la seguridad a la esperanza, porque son incapaces de vivir la tensión hacia lo que debe venir y abandonarse a la bondad de Dios.

Quieren estar en orden con la justicia divina: eso es lo que les da la seguridad. Esperar en la bondad de Dios, abandonarse en Él, confiar en Él... eso es muy incierto. Lo seguro es que las cuentas estén a mi favor.

- Les falta la humildad esencial para el amor: la de recibir dones más allá de su actuar y merecer.

Entienden que Dios les dé ni más ni menos que lo merecido por sus obras. No son niños, no son humildes, para recibir el amor infinitamente generoso de Dios.

- Tienen el corazón duro hacia sí mismos, hacia los demás y hacia Dios.
- Con un duro rigorismo de ejercicios religiosos, oraciones y acciones, quieren procurarse un derecho a la bienaventuranza.

Son duros consigo mismos porque se exigen mucho para tener más mérito ante Dios y ganar la salvación. Son duros e incomprensivos con los demás, a los que exigen, sin contemplaciones, una conducta como la suya. No quieren acoger al pecador, comprenderlo y ayudarlo con cariño. Y son duros hacia Dios, porque no se dejan querer por Él, no le dejan ser Padre, no le dejan ser Amor.

- El núcleo de este planteamiento: una religión sin amor.

En el fondo, su religión está basada en la justicia entendida de modo legalista: pecado, castigo; obra buena, pago. No hay sitio para la misericordia.

- Tienen miedo a la gratuidad de Dios, que rompe los esquemas humanos de la conveniencia y la recompensa.

No entienden la gratuidad. Quizá no han pensado siquiera que nuestra misma existencia es fruto de la creación por amor, y que seguimos existiendo porque Dios nos sigue amando. Dios nos da a nosotros mismos. Y con el ser, nos da todo lo demás, la inteligencia, la voluntad, los talentos que tenemos. Todo es suyo. Y además muere por nosotros en la Cruz, destruye nuestros pecados y nos eleva gratuitamente a la categoría de hijos, por la gracia. Y está siempre con nosotros, dándonos en cada instante las gracias que necesitamos para poder caminar hasta el Cielo.

- Piensan que la santidad se construye con sus acciones.

La santidad la da Dios. El crecimiento en la fe, en la esperanza y en el amor, lo da Dios, no lo podemos conseguir por nosotros mismos. ¿Entonces no es necesario que nosotros hagamos nada? San Agustín decía que Dios, que nos creó sin nosotros, no nos salvará sin nosotros, sin nuestra cooperación. Dios quiere que respondamos libremente a su amor con nuestro amor. En eso consiste nuestra cooperación: todo lo que hacemos: el trabajo, el sacrificio, la oración..., no es para tener derecho a la salvación, no es para que Dios nos quiera; sino para responder libremente al amor de Dios, para vivir la amistad con Él, que nos da gratuitamente el Cielo.

- Se distraen de Cristo porque se vuelcan en el hacer, el activismo, el esfuerzo.

Está de moda decir que todo se consigue con esfuerzo. Lo malo es que trasladan esa afirmación a la vida sobrenatural. No se han enterado de que la gracia, la salvación, la amistad con Dios, la filiación divina, no se consiguen con esfuerzo. Son dones gratuitos de Dios. Inmensos y gratuitos. Y el Señor solo espera que nosotros nos abramos a sus dones y nos dejemos querer por Él, y respondamos dándole nuestro amor. Un amor que nos lleva a esmerarnos en el cumplimiento de nuestros deberes.

- Tienen un estilo de vida serio y almidonado, “miran el piso”, las cosas concretas y eficaces.
- Confían en las estructuras, en las organizaciones, en las planificaciones perfectas porque son abstractas.

Piensan que la eficacia en la vida sobrenatural, en la vida interior y en el apostolado, depende de ellos, de hacer actos de piedad a la perfección; de sus habilidades para convencer; de sus montajes humanos para atraer a la gente a Cristo. Y cuando ven que su lucha interior no es eficaz, o que sus obras apostólicas no dan fruto, se hunden y desesperan.

- Asumen un estilo de control, de dureza, de normativas. La norma da al pelagianismo la seguridad de sentirse superior, de tener una orientación precisa.

Cumpliendo las reglas y normativas se sienten seguros, porque así están “cumpliendo con Dios”, y Dios no puede quejarse ni retirarles su favor. A la vez, como cumplen todas las reglas, se sienten superiores a los demás.

- Encuentran su fuerza en todo eso: control, normativa, estructuras, planificaciones, y «no en la ligereza del soplo del Espíritu».

La ligereza del soplo del Espíritu. Desconfían muchísimo del soplo del Espíritu. “Uy, eso es muy peligroso. El Espíritu ha dado sus reglas, sus mandatos y sus prohibiciones. Lo demás es fruto de la subjetividad, los sentimientos y las emociones, que podemos confundir fácilmente con el soplo del Espíritu. Por eso, lo mejor sería acabar con los sentimientos y las emociones”.

Espíritu Santo: yo puedo caer, como cualquiera, en esta mentalidad pelagiana. Más aún, seguro que no estoy libre de contagio. Te pido que me hagas niño pequeño, muy pequeño, para que me quede claro que no soy capaz de nada sin Ti, que dependo totalmente de tu amor, que todo me lo regalas Tú, que solo quieres que yo me abra agradecido a tu don infinito, a tu misericordia, a tu generosidad.

89. Dios les da el pan a sus amigos mientras duermen

Hay cristianos muy responsables, muy serios, muy cumplidores, muy sensatos. Piensan que todo depende de su esfuerzo, de su trabajo, de su sacrificio. Cuando

evangelizan a otros, creen que los resultados y los frutos dependen de la cantidad de gestiones “evangelizadoras” que realizan.

Estas personas se agobian y se queman a fuerza de ser muy responsables, de creerse protagonistas de la salvación del mundo. A ellas y a mí nos conviene meditar el salmo 126, en el que parece que el salmista se ríe un poco de los hiper-responsables que madrugan y velan incansablemente hasta muy tarde, mientras el Señor da el pan a sus amigos mientras duermen:

«Si el Señor no edifica la casa,
en vano se afanan los constructores.
Si el Señor no guarda la ciudad,
en vano vigilan los centinelas.
En vano madrugáis,
y os vais tarde a descansar
los que coméis el pan de fatigas;
porque Él se lo da a sus amigos mientras duermen» (*Sal* 127).

No sirve de nada que os esforcéis tanto, que trabajéis hasta altas horas de la madrugada, que habléis con cientos de personas. El pan que coméis con tantos sudores es raquítico, seco, *reseso*, como dirían en mi tierra. Dios da a sus amigos un pan fresco y esponjoso mientras duermen. Sí, cuando despiertan, se encuentran en su mesa el pan de balde, gratis, regalado.

Eres Tú, Señor, el que lleva sobre sus hombros el peso del mundo, quien salva y redime al hombre, quien construye la casa y guarda la ciudad.

Nosotros solo somos tus colaboradores, porque nos has concedido ese privilegio. Es maravilloso que nos pidas a nosotros, tus criaturas, que te echemos una mano en un plan tan grande. Ayúdanos a no confundir nuestro papel con el tuyo, que es precisamente lo que hacemos cuando trabajamos, rezamos y nos mortificamos como si todo dependiera de nosotros; cuando evangelizamos como si los frutos nacieran de nuestra capacidad de convencer. Ese modo de pensar termina en el fracaso, en la esterilidad y en el vacío.

Danos confianza en Ti, en tu poder y sabiduría. Ayúdanos a trabajar y a extender tu palabra con el convencimiento de que eres Tú el que da el crecimiento con tu gracia, y así podremos dormir tranquilos, esperando ver, al despertar, los hermosos frutos que Tú has hecho nacer en las almas.

90. La paciencia y la confianza en Dios

La paciencia es consecuencia de la confianza en Dios.

Tener paciencia es llevar de una manera digna, con buen ánimo, los males presentes, sin caer en la tristeza, un sentimiento que nos priva de la claridad mental para ver las cosas como son.

Tener paciencia es aceptar un aspecto muy importante de los planes de Dios: la temporalidad. Vivimos en el tiempo, y eso quiere decir, entre otras cosas, que lo que esperamos tarda llegar, que las personas tardan en cambiar, que los sufrimientos duran, como también duran las situaciones agradables.

Somos impacientes cuando perdemos el sosiego y la alegría ante las contrariedades, nos quejamos de nuestra suerte y nos dejamos dominar por el abatimiento o por la ira; cuando no aceptamos que una situación incómoda debe perdurar, y queremos anularla ya, de un plumazo.

Pensemos en nuestro hogar, en nuestra familia. Podemos encontrar mil motivos para perder la paciencia y enfadarnos. Los padres coléricos, irascibles, que se enfadan entre sí y con los hijos por cualquier tontería, hacen que enfermen su matrimonio y sus hijos.

A veces nos parece que es imposible ser pacientes. Partimos, como si fuera verdad inmovible, de que nuestro temperamento, nuestro genio o nuestro carácter no nos permiten permanecer tranquilos, y tenemos que chillar, gritar, enfadarnos, o encerrarnos en nuestra amargura para que los demás se enteren de que nos han molestado u ofendido. Pero no es verdad. La paciencia es posible. Mejorar nuestro carácter es posible. Somos muy negativos con nosotros mismos cuando nos conviene...

Podemos ser pacientes ante la persecución (burlas, desprecios, críticas por obrar como cristianos) y los sufrimientos, si pedimos a Dios esa gracia. Llegaremos incluso a considerar nuestros sufrimientos como una gran alegría:

«Hermanos míos: considerad una gran alegría el estar cercados por toda clase de pruebas, sabiendo que vuestra fe probada produce la paciencia. Pero la paciencia tiene que ejercitarse hasta el final, para que seáis perfectos e íntegros, sin defecto alguno» (St 1, 2-4).

Con la gracia de Dios, podemos, como Cristo, nuestro modelo, vivir la paciencia perdonando a los que nos ofenden, renunciando al deseo de venganza, apaciguando los sentimientos de cólera o irritación, y manteniendo la serenidad y la paz ante las ofensas.

Nuestra paciencia debe fundamentarse en la certeza de que nuestro Padre es Sabiduría y Amor; por tanto, todo lo dispone, incluso los sufrimientos y contrariedades, para nuestro bien. Se trata de confiar plenamente en Él: el plan que ha previsto para nosotros es el que más nos conviene.

Esta confianza hace que, ante las contrariedades, no adoptemos una actitud de mera resignación, sino que veamos en ellas una oportunidad para enamorarnos más de Dios y cooperar con Él en la salvación de todos.

Unos conocidos versos de santa Teresa, que cita el *Catecismo*, nos señalan la clave de la paciencia:

«Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,

Dios no se muda;
la paciencia
todo lo alcanza;
quien a Dios tiene
nada le falta:
solo Dios basta».

91. Si el Señor me cuida, nada me falta

«El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes prados me hace reposar;
hacia aguas tranquilas me guía;
reconforta mi alma,
me conduce por sendas rectas
por el honor de su nombre.
Aunque camine por valles oscuros,
no temo ningún mal, porque Tú estás conmigo;
tu vara y tu cayado me sosiegan» (*Sal* 23).

Rezar con frecuencia este salmo nos dará una gran paz, porque es un acto de abandono y confianza en nuestro Padre.

El Señor es el que me protege, y bien se cuida de que nada importante me falte.

Me conduce a las verdes praderas en las que puedo alimentarme con su Eucaristía y con su Palabra, que me dan vigor para seguir caminando por el camino de la vida.

Me conduce a la fuente tranquila de la oración, donde puedo hablar con Él, serenar mi espíritu, reparar fuerzas, ser perdonado y perdonar, meditar sobre los sucesos ordinarios para ver en ellos su voluntad amorosa.

Me enseña el sendero justo, el sendero del amor, por el que me encamina a la felicidad en esta vida y en la eterna.

Su vara y su cayado me tranquilizan, porque no son para atemorizarme; son el símbolo de su poder, que pone a mi servicio.

No tengo motivos de temor: Dios va conmigo. Si me inquieto, si pierdo la paciencia, me sosiega, me tranquiliza, me atrae a sí con su cariño y su sonrisa, y me pide que confíe en Él.

92. El sacramento de la Paz

La causa más importante de la intranquilidad es ofender gravemente a nuestro Padre Dios y no querer pedirle perdón.

El hijo pródigo, cuidando cerdos, quería alimentarse de las algarrobas... y no le eran dadas. El hambre de ese hombre significa el vacío interior de la persona que se ha alejado de Dios. Pero, cuando vuelve arrepentido, se encuentra con que su padre casi no le deja hablar, no le deja decir todas las explicaciones y disculpas que había ensayado; lo abraza y lo llena de besos, le pone el traje nuevo y el anillo de los hijos, y hace fiesta por todo lo alto.

Si nos arrepentimos, nos encontramos con el perdón y la paz, en nuestra casa, abrazados y besados por Dios, limpios, renovados, contentos.

El problema se produce cuando no confiamos en el perdón de Dios, o nos negamos a reconocer nuestros pecados o no queremos volver a casa porque preferimos cuidar cerdos: no confiamos en que nuestro Padre nos hará felices; pensamos que vivir en la casa del Padre, hacer su voluntad, será motivo de sufrimiento y amargura.

Entonces se produce un conflicto interior entre el amor y el egoísmo o la soberbia. Mientras el conflicto no se resuelve, la persona no tiene paz. Con el tiempo, puede llegar a tener una paz ficticia, conseguida a fuerza de no pensar, de no enfrentarse consigo misma. De ese modo, se enajena, huye de su propia realidad interior y se convierte en un ser ficticio.

Mientras no soluciona el conflicto interior, esa persona se enfada con facilidad ante los estímulos más nimios; se enoja por las dificultades que encuentra para seguir manteniendo su aparente bienestar mental; se exaspera ante las personas que le aconsejan rectificar. No es raro que alguien así ataque de palabra o de obra a los demás, llevando al campo de los otros la lucha que debería mantener en su propio campo.

Pero incluso esa falta de verdadera paz es una llamada de nuestro Padre Dios para que volvamos a su casa, como el dolor es una llamada de atención para que vayamos al médico.

Cuando al fin nos arrepentimos, regresamos y pedimos perdón en el sacramento de la Penitencia, y escuchamos las palabras de Cristo: “Yo te perdono...”, renacen en nuestro corazón la paz y la alegría, que nunca más querremos perder.

Señor, dame la gracia de no cerrar nunca mis ojos a mis pecados, de reconocerlos y pedirte perdón. No permitas que me deje embaucar por el diablo, el padre de la mentira, que me sugiere que en tu casa no encontraré la felicidad, sino la amargura. No es verdad. Solo Tú puedes llenar mi corazón con tu Amor. Gracias, Señor, porque cada vez que voy a pedirte perdón al sacramento de la Misericordia, escucho tus palabras: “Yo te perdono...”. Y siento que me abrazas y me llenas de besos.

93. «El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó: ¡bendito sea el nombre del Señor!»

Cuando Job se enteró de la muerte de sus hijos, exclamó: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré. El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó: ¡bendito sea el nombre del Señor!» (*Job* 1, 21). Job es un ejemplo de persona que acepta la voluntad de Dios. Pero no es un ejemplo utópico o imposible de imitar.

Frank Palombo, de 46 años, fue uno de los heroicos bomberos de Nueva York que falleció en el atentado a las Torres Gemelas. Su viuda, Jean, que se casó con Frank en 1982, se quedó sola con diez hijos. Esta es su respuesta a un periodista que le preguntó por su experiencia:

«El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Bendito sea el Señor. Creo que Dios trabaja por el bien de quienes le aman. Este acontecimiento ha sido un gran mal. De todos modos, el amor de Dios ha sobrepasado este mal. Al pensar en los terroristas, solo puedo decir: “Padre, perdónales, porque no saben lo que han hecho”.

Echo de menos de manera terrible a Frank y lloro mucho, pero sé que seguirá ayudándonos desde el Cielo. Estoy pidiendo una intimidad más profunda con Cristo, pues estoy segura de que traerá frutos tan bellos como los que han surgido de mi intimidad con Frank.

Frank ha transmitido la fe a los niños y con frecuencia me consuelan con una palabra. Los niños son felices por el papá que tienen, pero echan de menos el no poder jugar con él, el no poder rezar con él, el no poder aprender con él, o no poder estar con él. Yo tengo miedo, pero me agarro al Señor. Ahora continuaremos, en la Iglesia, haciendo la voluntad de Dios».⁵

94. Jesús desea perdonar

Jesús nos dice que no ha venido a condenar, a juzgar, sino a perdonar y salvar:

«Pues Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él» (*Jn* 3, 17).

Y por eso tenía tan grandes deseos de llegar a la Cruz, porque sabía que era la hora del perdón:

«Tengo que ser bautizado con un bautismo, y ¡qué ansias tengo hasta que se lleve a cabo!» (*Lc* 12,50).

Es en la Cruz donde vemos de un modo palpable sus ansias de perdonar. Uno de los ladrones le injuria: «¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros».

El otro reprende a su compañero: «¿Ni siquiera tú, que estás en el mismo suplicio, temes a Dios?». En estas palabras hay un acto de fe maravilloso: Dimas está confesando que Cristo es Dios. Dimas tiene fe.

⁵ <https://es.zenit.org/articles/la-viuda-de-un-bombero-de-nueva-york-perdona-asus-asesinos/>

Después reconoce que merece ser castigado por sus pecados: «Nosotros estamos aquí justamente, porque recibimos lo merecido por lo que hemos hecho; pero este no ha hecho ningún mal».

Y pide: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino». Dimas, humilde, confía en el simple recuerdo de Jesús.

Y Jesús, que está deseando perdonar y dar a todos el premio de la vida eterna, le responde inmediatamente: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso» (cf. *Lc 23, 39ss*). No mañana, ni dentro de un mes, sino ¡hoy!

Si miramos nuestra vida veremos muchas miserias. Pero con un acto de fe y de amor confiado, un acto de arrepentimiento, como el del buen ladrón, todos nuestros pecados desaparecen por la infinita misericordia de Dios.

Todas esas miserias que a nosotros nos pesan y de las que estamos arrepentidos, hacen que Jesús se interese más todavía por consolar nuestro corazón miserable, y venga a perdonarnos. ¿Me veo pecador? No es un motivo para dudar, sino al revés: es una razón para confiar más en Jesús.

«Si tu miseria te abruma, piensa que a Mí Me atrae. Si tu frialdad te da miedo, puedes coger mi amor. Soy tu gran Creador, pero tú eres mi niña. Conozco tus emociones como conozco cada ola del mar. Cuando todavía no has hablado, Yo ya te he oído, puesto que vivo en ti» (Gabrielle Bossis).

No podemos desconfiar de un Dios que se siente más atraído por sus hijos cuando estos se manchan, para limpiarlos y perdonarlos y hacer que regresen al camino del amor.

000000000000000000000000

95. Pedro y Judas: confianza y desesperación

Pedro era un hombre con un corazón enamorado de Jesús. Y decía lo primero que salía de ese corazón: «No me lavarás los pies jamás». Al instante, después de que Jesús le dice que en tal caso no tendrá parte con Él: «Señor, no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza» (*Jn 13, 8ss*).

Un poco más adelante, en la misma Cena: «Yo daré mi vida por ti» (*Jn 13, 37*). A las pocas horas, Pedro niega tres veces a Jesús. Dice que no tiene nada que ver con Él. Canta el gallo. En ese momento, «el Señor se volvió y miró a Pedro. Y recordó Pedro las palabras que el Señor le había dicho: “Antes que cante el gallo hoy, me habrás negado tres veces”. Y salió afuera y lloró amargamente» (*Lc 22, 61-62*).

Pedro es débil, quizá porque confía demasiado en sus propias fuerzas, pero ama de verdad a Cristo, y llora por haber traicionado a su Maestro y Amigo. Confía en el amor de Jesús, y regresa, y es acogido de nuevo, y Jesús sigue confiando en Él para que sea la roca sobre la que va a edificar su Iglesia. Una roca fuerte por la gracia del

Espíritu Santo y por la humildad que Pedro ha sabido aprender de sus caídas.

Con la confianza de Pedro contrasta la desconfianza de Judas. Vende a su Maestro, a pesar de los detalles de amistad que Jesús tiene con él una y otra vez. Se arrepiente, devuelve el dinero, lo arroja al templo, se desespera y se ahorca. ¿Por qué no confía, como Pedro, en el perdón de Jesús? ¿Por qué no va a María para que interceda por él? Hoy tendríamos otro Apóstol santo.

Cuando pienso en estos dos modos de reaccionar ante el pecado, me viene a la cabeza el problema de los desánimos en la lucha por vivir como hijos de Dios. Hay personas que luchan y caen, tal vez porque se han apoyado demasiado en sus fuerzas, y lloran y se arrepienten, vuelven al Señor y reciben su perdón con alegría. Estas personas se enamoran cada vez más de Jesús, y confían cada vez más en Él.

Pero hay otras que se desaniman ante sus fallos y pecados, pierden la esperanza y tiran la toalla... Será que no confían en la ayuda de Dios, en su perdón, en su gracia. O será que no luchaban por amor a Dios, sino por verse perfectas a sí mismas. No lo sé. En todo caso, es una pena ver cómo abandonan al Señor y se ahorcan con mil ambiciones y placeres que no les dan la felicidad.

Querido amigo mío, san Pedro: te pido, por favor, que nos consigas del Señor un corazón grande, enamorado, lleno de confianza en Dios. Que cuando veas que caemos —y caemos muchas veces al día—, nos recuerdes la lección que tú aprendiste del Maestro: el arrepentimiento y el regreso confiado a su lado. Ayúdanos a luchar por amor a Él y no por amor propio. Ayúdanos, Pedro, a ser humildes, y a compensar con nuestro amor nuestras traiciones, diciéndole muchas veces a Jesús, como tú le dijiste: «Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te quiero» (*Jn 21, 17*).

96. El temor de Dios

«“Timor Domini sanctus”. Santo es el temor de Dios. Temor que es veneración del hijo para su Padre, nunca temor servil, porque tu Padre-Dios no es un tirano» (S. Josemaría Escrivá).

«El temor de Dios, don del Espíritu Santo, no quiere decir tener miedo a Dios pues sabemos que Dios es nuestro Padre, que nos ama y nos perdona siempre. Cuando el Espíritu Santo habita en nuestro corazón, nos infunde consuelo y paz, aquella actitud de quien deposita toda su confianza en Dios y se siente protegido, como un niño con su papá» (Papa Francisco, *Audiencia*, 11.VI.14).

Algunos entienden el temor de Dios como miedo a Dios... Ven a Dios como un ser severo, duro, frío, sin sentimientos, justiciero, rígido, incomprensivo e implacable. Y ven la vida cristiana como la lucha por cumplir una pesada carga de exigencias impuestas por Dios, quizá poco razonables, pero de “obligado cumplimiento”, al fin

y al cabo. Entienden la relación con Dios como la lucha por no caer en el pecado, en el que no acaban de ver realmente una ofensa a su Amor, sino el incumplimiento de un precepto que implica un castigo que consta en algún reglamento y que mancha la blancura de tu hoja de servicios, o una batalla en la que, cada vez que caes, Dios se enfada y te retira su ayuda o, al menos, te pone en una lista negra.

No es raro que esas personas caigan en el escrúpulo, y se atormenten pensando si estarán en orden con Dios, que va con una regla en cada mano midiendo al milímetro la conducta. O que acaben un poco mal de la cabeza, debido a la presión que ejercen en el alma las múltiples obligaciones que no tienen más remedio que cumplir para obtener la aprobación divina.

Es esa una relación de temor, no de amor. Es el modo de comportarse del hermano mayor de la parábola del hijo pródigo, que cumple a rajatabla, pero no ama, y por eso se queja de que su padre nunca le ha dado un cabrito para comerlo con sus amigos; no se alegra de que su hermano vuelva a casa, y no le parece bien que se celebre una fiesta para recibirlo.

«Ved en Mí a Dios; pero ved en Mí también al hombre; acercaos mejor. ¿Qué es lo que os da miedo de Mí? ¿Es que se puede temer a un niño pequeñito en su cuna? ¿Es que se teme a un hombre tendido en el suelo entregando a los clavos sus pies y sus manos?» (Gabrielle Bossis).

«¿No busco acaso todos los medios de aumentar vuestros méritos, queridos hijos míos a los que tanto amo? ¡Ah! No temáis nada de Mí, tened miedo de temer y con toda sencillez habitad en mi Corazón» (Gabrielle Bossis).

«Tened miedo de temer». Ese temor a Dios que algunos tienen es malo y por eso debemos arrojarlo de nosotros, y con toda sencillez entrar en el Corazón de Jesús y sentirnos muy queridos por Él.

De aquel modo de pensar en Dios como un ser incomprensivo, intolerante, severo, justiciero, algunos han pasado al otro extremo: han construido un dios a su gusto, un ídolo que asiente a todo lo que ellos desean, que ya no es padre ni madre, sino un amigote de francachelas. A esa actitud de falta del verdadero temor de Dios, de desprecio de su Amor, se refiere el salmista:

«Un oráculo de pecado habla al impío
en lo íntimo del corazón.
El temor de Dios no está ante su vista.
Se engaña a sí mismo, a sus propios ojos,
para no descubrir su culpa y detestarla.
Las palabras de su boca son malicia y fraude,
ha renunciado a ser sabio y obrar el bien.
En su lecho maquina malicia,
se obstina en camino nada bueno,
no reprueba el mal» (Sal 36).

La clave está en el amor. La vida cristiana es “vida de amor a Dios”. No hay más temor de Dios que amarlo de verdad.

Dios es un Padre con un corazón más grande que el de todos los padres y madres del mundo. ¿Cómo voy a tenerle miedo? Se tiene miedo a algo malo. Tener miedo a Dios sería tanto como decir que Dios es malo, cuando es la Bondad y el Amor.

La vida cristiana es “vida de amor a Dios”. Pero de amor verdadero, no de ese amor falso para el que todo vale con tal de que uno lo sienta o lo quiera, porque no se puede convertir el amor en algo caprichoso, voluble, antojadizo, variable como una veleta según sople el viento de las emociones. No se puede separar el amor de la verdad. Para esas personas y para todos, el temor de Dios debe ser una alarma que dice:

«No todo el que me dice “Señor”, “Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos» (Mt 7, 21).

97. El que tiene miedo no sabe querer

Dice el Apóstol san Juan: «El que teme no es perfecto en el amor» (1 Jn 4, 18). San Josemaría lo traducía así: «¡El que tiene miedo, el que anda con cautelas, no sabe querer!».

Nuestra vida de relación con Dios debe ser de amor y, por tanto, gozosa, alegre, amable, simpática. No hay miedo, sino confianza, amistad, trato íntimo. Un Padre que disfruta con su hijo pequeño, y un niño pequeño que disfruta con su Padre. Un Padre y un hijo que juegan, que ríen, que caminan juntos, que se quieren. Un Padre que empuja la bicicleta de su hijo pequeño, que impide que se caiga al suelo. Un Padre que ve a su hijo cansado y lo pone sobre sus hombros para que descansa mientras sigue avanzando. Un Padre que, por la noche, toma a su hijo dormido y lo abraza, y le dice en voz baja: “El que quiera hacerte daño, hijo mío, tendrá que vérselas conmigo”.

Los que tienen miedo a Dios no pueden imaginar que tenga sentido del humor, que le gusten las bromas. Dios ríe y sonrío. Y baila de alegría. El papa Francisco, en la exhortación *Evangelii gaudium*, dice que le llena de vida releer este texto de Sofonías:

«Tu Dios está en medio de ti, poderoso salvador. Él exulta de gozo por ti, te renueva con su amor, y baila por ti con gritos de júbilo» (3,17).

Tenemos que aprender a pasarlo bien con Dios, con Jesús, con María, con el ángel custodio. Tenemos que trabajar con la ilusión de agradar a Dios, y disfrutar de su gozo. Tenemos que contarle las cosas divertidas que nos han sucedido, para reírnos juntos.

Cuando estemos un poco tristes, o un poco serios, podemos cerrar los ojos e imaginar que Jesús nos sonrío, y entonces cambiará nuestro rostro, aparecerá

también una sonrisa, porque no puede ser que Dios se ría conmigo y yo siga con mi cara de invierno.

Cuando nos dejamos llevar por la pereza o tenemos cualquier otro fallo, hagamos de hijo pródigo. Le pedimos perdón y le decimos: “Gracias por los besos que me das al perdonarme”.

Señor: sabernos queridos por Ti como niños muy pequeños en tus brazos nos lleva a la libertad de espíritu, a evitar rigideces, miedos, ansiedades, escrúpulos; nos ayuda a respirar con paz cuando estamos contigo, a ofrecerte una pequeña mortificación, y a no hacer otra mientras te damos las gracias por disfrutar de algo que nos gusta. Enséñame a quererte con un amor de hijo pequeño.

98. El sueño de Dios

Dijo el Papa Francisco en la misa celebrada en la Capilla de la Casa de Santa Marta, el 16-3-2015, que Dios es un Padre lleno de ternura que sueña con sus hijos.

«El Señor sueña. Tiene sus sueños. Sus sueños sobre nosotros. “Ah, qué bello será cuando nos encontraremos todos juntos, cuando nos reencontremos allá o cuando aquella persona, aquella otra... aquella otra caminará conmigo... ¡Y yo gozaré en aquel momento!”. Para poner un ejemplo que nos pueda ayudar, como si una muchacha con su novio o el muchacho con su novia pensara: “Cuando estemos juntos, cuando nos casemos...” Es el “sueño” de Dios».

El Señor, mi Padre, se ilusiona conmigo, sueña conmigo, porque soy su hijo, y los padres se ilusionan y sueñan con sus hijos, y quieren para ellos todo lo mejor, y disfrutan pensando en el futuro, imaginando a sus hijos en los distintos momentos de su vida. Dios también disfruta soñando conmigo, su hijo, pensando cómo serán las cosas cuando yo sea mejor hijo y lo quiera más, imaginando cómo serán las cosas cuando estemos juntos para siempre en el Cielo.

Yo quiero soñar con Dios, pensar que está a mi lado (lo está, está dentro de mí); quiero imaginar que me anima cuando me ve trabajar, o que me aconseja que descanse un poco; quiero imaginar que me sonrío y me toma de la mano cuando caigo otra vez en el camino; quiero imaginar que a veces me dice: “Oye, hijo, que estoy aquí, a tu lado, y hace rato que no me diriges la palabra”.

Quiero soñar cómo será el encuentro con Jesús, el encuentro de dos amigos que se quieren tanto y que están deseando verse. Quiero soñar cómo será cuando estemos juntos. Y entonces no temeré a la muerte, que vista desde aquí es ataúdes, lloros, lutos y cementerios; pero vista con los ojos del enamorado es el encuentro más gozoso que cabe imaginar.

Señor: que tus sueños se hagan realidad.

99. La confianza en Dios evita el victimismo

Cuando no queremos sentirnos culpables del mal que hacemos, tenemos un “sabio” recurso: presentarnos como víctimas. Para el que se cree víctima, la culpa de sus problemas la tienen siempre los demás.

El que se cree víctima se desespera, porque se siente mal tratado sin remedio.

Otras veces, adopta la actitud de “no hay nada que hacer”, “nada vale la pena”, y lo repite una y otra vez para convencerse.

En su corazón crece el odio hacia los otros, a los que considera responsables de sus sufrimientos y de su mala suerte.

Tiene una necesidad patológica de ser siempre elogiado y alabado.

El victimismo puede nacer, en muchos casos, del miedo a reconocer las propias culpas. La víctima no se atreve a decir: “La culpa la tengo yo. Y tengo que afrontar mi fracaso, mi problema, con valentía, de frente, sin quejas ni lamentos. Voy a comenzar de nuevo, si es necesario; voy a rectificar, si es lo adecuado; voy a pedir ayuda o consejo a otras personas en las que pueda confiar, para salir de esta situación”. En lugar de plantar pecho a lo hecho, prefiere enroscarse sobre sí misma como un caracol y cerrar su casa con la baba endurecida de su rencor.

El que confía en Ti, Señor, en tu perdón y misericordia, consigue evitar el peligro de creerse víctima, porque la única Víctima eres Tú. Sin tener culpa de ningún mal, porque eres Dios, te flagelamos, te coronamos de espinas, te dimos de bofetadas, gritamos que te crucificaran, y te clavamos en una Cruz. Y en lugar de castigarnos, nos perdonaste los pecados ofreciéndote como Víctima al Padre por amor a nosotros.

Señor, ayúdanos a confiar más en Ti, a ver en las dificultades y en los fracasos la pequeña cruz que quieres que llevemos, para ayudarte en la redención del mundo. Desde ese punto de vista, sí que podemos ofrecernos como víctimas contigo, que eres la Víctima, en la santa Misa, en la renovación del Sacrificio del Calvario: ofrecemos al Padre, contigo, por Ti, y en Ti, en la unidad del Espíritu Santo, todo lo que somos y tenemos, nuestro trabajo, nuestros fracasos y alegrías... Y después, cuando salimos de la iglesia, tratamos de hacer realidad ese ofrecimiento, viviendo unidos a Ti.

De ese modo, no nos sentiremos víctimas de nada. Estamos siempre bajo tu protección, trabajamos para Ti, tenemos la fuerza de tu gracia, el alimento de la Eucaristía... Si algo sale mal por nuestra culpa, ¿por qué echar la culpa a otro? Con tu gracia, reconocemos con valentía que la culpa es nuestra, y Tú nos perdonas, y nos animas a seguir adelante, porque somos tus hijos.

100. El hombre es la alegría de Dios

Acabo de leer unas palabras del filósofo Leonardo Polo, al que recuerdo caminando despacio por el campus de nuestra Universidad de Navarra y repitiendo por lo bajo, con sentido del humor: «Pobre don Leonardo, pobre don Leonardo»:

«El hombre ha sido creado para colaborar con Dios, para mejorar la realidad y para mejorarse a sí mismo y este debe ser el ideal humano. Lo más asombroso del asunto es que el hombre es la alegría de Dios. Así lo dice la Escritura Santa en el libro de los Proverbios: “Mis delicias son estar con los hijos de los hombres”». (“El optimismo ante la vida”. 27-VIII-1991).

El hombre es la alegría de Dios, como un hijo es la alegría de su padre. Por eso es tan importante para Él que estemos alegres. Si no estamos alegres, nuestro Padre Dios sufre, se preocupa. Quiere ver a sus hijos contentos, gozosos, optimistas, y disfrutar con ellos.

¿Dios disfruta conmigo? ¿Cómo es posible que sea para Él una delicia estar conmigo? ¿No somos acaso basura, porquería y suciedad? Pues ya se ve que Él no piensa así. Estábamos sucios, sí, pero Él ha muerto en la Cruz para limpiarnos (y solo Él podía limpiarnos: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo» (*Jn 13,8*), le dice a Pedro). Y los niños, ya se sabe, los limpias, los lavas, y al cabo de un rato vuelven a estar sucios, manchados de tierra o de chocolate. Así que nuestro Padre Dios nos limpia una y otra vez, con la paciencia de las madres, y después nos toma en su regazo, nos besa, y exclama: “Este niño es un sol”.

«He pagado muy cara esta felicidad vuestra. Sin embargo, vuestra alegría Me da tanta alegría, ¡pobres hijos, tan míos, que Me parece que sois vosotros quienes Me la ofrecéis!» (Gabrielle Bossis).

Nuestra alegría llena de alegría a Dios. ¿No es esto suficiente para que estemos siempre alegres, pase lo que pase? Recuerdo muchas veces a un sacerdote que terminaba siempre sus charlas con esta frase: «Siempre alegres para hacer felices a los demás». Hay que añadir: “Y a Dios”.

101. Una historia de confianza en Dios

«Nadie quiere que estas cosas ocurran, pero ocurren. Durante las vacaciones de verano, al “Caballero Antek” le dolió el estómago y se le quitaron las ganas de jugar con sus hermanas Marysia y Rosa. Se quedaba en la cama y lloraba. Sus padres le llevaron a Urgencias, donde con una inyección le calmaron los dolores. “No le gustó nada -explica Dorota, su madre-, pero le alivió el dolor del estómago. Pensamos que sería algo puntual, pero cada vez volvíamos con más frecuencia al Hospital”.

Cuando terminaron las vacaciones, Antek comenzó a ir al colegio. Pronto se ganó a todos los profesores y compañeros, con su alegría y educación. Siempre jugaba a ser un caballero andante, y se comportaba como tal.

En su familia y en el colegio Sternik, una obra corporativa del Opus Dei en Varsovia (Polonia), rezaban por la salud de Antek. Algo no iba bien. El niño, en cambio, rezaba por otras muchas cosas, más o menos serias: por la paz en el mundo, por sus hermanas, por su equipo de fútbol... Finalmente, los médicos se decidieron a operarle de apendicitis. Parecía la solución, pero sólo fue el inicio de ataques más fuertes de dolor de estómago.

—¿Por qué tengo que estar en el hospital? —preguntaba Antek— ¿Por qué estoy enfermo?

Su madre, que no tenía muchas razones que darle, intentó explicarlo así:

—Hijo mío, si Jesús te mirase y te preguntara: “Antek, ¿me ayudas con la Cruz?”, tú, ¿que le dirías?

—Pues... bueno, que sí.

—Pues te lo está preguntando ahora.

Un sacerdote amigo de los padres de Antek fue a visitar al niño. Habló con él y le regaló un crucifijo pequeño, de madera. Desde entonces, Antek lo llevó siempre en la mano cuando le iban hacer una prueba o cuando le llevaban a la sala de operaciones.

Las enfermeras veían que el niño se acercaba la mano a la boca y le oían susurrar: “Jesús, confío en ti”.

El día que les iban a confirmar la diagnosis definitiva, Dorota cuenta que se dirigió al despacho del médico lentamente, al paso de una mujer en el noveno mes del embarazo. “Es un cáncer —les dijo el doctor a los padres—. Mañana empezamos con quimioterapia”.

El Caballero Antek se enfrentó con valentía y muy pocas fuerzas a este temido dragón. Sin pelo, con vómitos y débil, preguntó:

—Mamá, pero ¿qué me pasa?

La madre le dijo la verdad:

—Tienes una enfermedad que se llama cáncer. Los médicos van a intentar curarte, pero tienes que saber que a veces no lo consiguen.

—O sea, que me puedo morir.

—Bueno... como todos, como papá, como yo... Pero solo Dios sabe en qué orden.

El niño no añadió nada. Solo se giró, tomó de la mesa su crucifijo y susurró otra vez: “Jesús, confío en ti”.

La madre puso en marcha una cadena de oración: en la familia, entre los amigos. Cada día, recibía diferentes SMS en su móvil: “Hoy he ido a misa por Antek”, “Haré unos minutos de oración por tu hijo”... Dorota pedía oraciones a cualquiera. Un día, al bajarse de un taxi, dijo al conductor:

—Mi hijo se está muriendo. ¿Podría usted rezar por él?

Rezó e hizo rezar. Quería presentar a Dios “toneladas de oración”.

Antek luchó mucho contra el cáncer. Algunos días estaba fuerte y corría por todo el hospital como un rayo, revolucionándolo todo. Otros, solo tenía fuerzas para ver la tele. Y maduraba rápido. Cada vez con más frecuencia, preguntaba a su madre sobre la muerte, el Cielo, el porqué del sufrimiento.

—Mamá, ¿qué se hace en el Cielo?

—Juegas, corres con la bici, te diviertes con Dios... La madre asegura ahora que las “toneladas de oración” dieron a Antek un descanso antes del final. Durante unos días, se encontró perfectamente, corría de aquí para allá, paseaba, había recuperado la felicidad...

Pero los médicos sabían que el cáncer seguía creciendo, cada vez más rápido, y aconsejaron a los padres que lo llevaran a casa, donde se encontraría más tranquilo durante sus últimos días. Allí, recayó de nuevo.

Antek disfrutó del ambiente familiar. Desde su cama veía a su madre preparar la cena, a sus hermanas hacer los deberes, a su padre leyéndole un cuento.

Un día llamó a su hermana Róza, con quien a veces peleaba:

—Róza —le dijo—, eres tan bonita y tan buena. Yo te quiero, acuérdate.

En otra ocasión, su padre le dijo llorando:

—Hijo mío, si pudiera, moriría por ti.

El chico sonrió con dificultad y le respondió:

—Pero soy yo quien va a morir por ti.

Antek tenía 6 años y 9 meses.

Murió poco después a las siete de la mañana. En su tumba, un amigo dejó escrito: “Gracias Antek: nos enseñaste a aceptar el dolor que llega sin saber por qué. A sostenernos con la fe. A aceptar la voluntad de Dios y confiar en Él”.⁶

102. La morada que Dios nos ha creado

Leo unas palabras de san Pedro Crisólogo (s. IV-V), Arzobispo de Rávena, Padre y Doctor de la Iglesia.

Crisólogo significa “palabra de oro”, y estas que transcribo, realmente lo son.

«Hombre, ¿por qué te consideras tan vil, tú que tanto vales a los ojos de Dios?
¿Por qué te deshonoras de tal modo, tú que has sido tan honrado por Dios?
¿Por qué te preguntas tanto de dónde has sido hecho, y no te preocupas de para qué has sido hecho?

⁶ <http://sv.opusdei.org/art.php?p=28834> (18/07 2008).

¿Por ventura todo este mundo que ves con tus ojos no ha sido hecho precisamente para que sea tu morada? Para ti ha sido creada esta luz que aparta las tinieblas que te rodean; para ti ha sido establecida la ordenada sucesión de días y noches; para ti el cielo ha sido iluminado con este variado fulgor del sol, de la luna, de las estrellas; para ti la tierra ha sido adornada con flores, árboles y frutos; para ti ha sido creada la admirable multitud de seres vivos que pueblan el aire, la tierra y el agua, para que una triste soledad no ensombreciera el gozo del mundo que empezaba» (*Sermón 148*).

Cuando miramos el mundo, la luz del sol, la luna y las estrellas, las flores, los árboles, la tierra y el agua, la multitud de los seres vivos que nos acompañan, estamos viendo la casa que ha hecho el Señor para nosotros, por amor. Todo eso es una demostración del cariño que Dios nos tiene, de cuánto valemos a sus ojos. He ahí otro motivo para decirle a Dios: “Gracias porque me quieres tanto”.

Necesitamos que renazca en nosotros el espíritu contemplativo para poder ver el amor de Dios a través de la naturaleza en la que vivimos.

Contemplar es mirar para admirar, y la admiración, si sabemos escucharla, nos invita a preguntarnos quién hizo lo que miramos, porque esa belleza no puede estar ahí porque sí. Contemplar es mirar con los ojos del corazón, para descubrir el Amor que ha diseñado, para nosotros, la hermosura que nos fascina o nos hace sonreír. Contemplar es ver más allá de las cosas bellas para descubrir la Belleza creadora.

El papa Francisco, en la encíclica *Laudato si'*, nos recuerda que la naturaleza es un libro precioso, cuyas letras son las criaturas del universo, que es una continua revelación de lo divino. Que percibir a cada criatura es vivir en el amor de Dios y en la esperanza, que la contemplación de lo creado nos permite descubrir alguna enseñanza que Dios quiere transmitir (cf. n. 85).

Pero solo veremos a Dios a través de la naturaleza si nuestro corazón es limpio. Un corazón es limpio cuando ama a Dios sobre todas las cosas. Ese corazón ve a Dios en todo, es capaz de admirarse ante la belleza y reconocer a su Autor, de darse cuenta de que no puede ser vil ni deshonrarse porque Dios lo valora tanto que ha hecho esas maravillas por amor a él.

Espíritu contemplativo, sensibilidad estética, capacidad de asombro... Todo eso no significa nada para quienes solo valoran lo útil, y quizá por eso no se valoran a sí mismos. Sería un gran progreso enseñar a todos, ya desde la infancia, a contemplar en silencio, a admirar, a sentir gusto por la belleza, a escuchar el lenguaje de las cosas. Es un camino para llegar a Dios y para ser más conscientes de nuestra propia dignidad.

Contemplando la naturaleza, Señor, puedo descubrirte a Ti, y darme cuenta del valor que tengo a tus ojos. Si has hecho todo esto para mí, el cielo y el mar y las estrellas, la tierra, las montañas y los ríos, ¿para qué me has hecho a mí? Debe ser para algo grande, pues me valoras y me quieres tanto. Y pienso entonces en la misión que me encargas en este mundo en el que me has puesto: me pides que lo cuide y cultive, como mi trabajo manual o intelectual, para ayudarte a perfeccionar

la Creación, y, al mismo tiempo, que –con mi trabajo y mi vida entera– te ayude también en la salvación de los hombres. ¡Que te ayude a Ti, que eres Dios!

103. La revolución de la ternura de Dios

El semanario italiano “Credere” publicó una entrevista al Papa Francisco con ocasión del inicio del Año de la Misericordia. Copio una pregunta y la respuesta del Papa.

«P. La misericordia, siempre que nos referimos a la Biblia, nos muestra un Dios más “emotivo” de lo que a veces imaginamos. ¿Descubrir un Dios que se conmueve y se enternece con los seres humanos también puede cambiar nuestra actitud hacia nuestros hermanos?

R. Descubrirlo nos llevará a ser más tolerantes, más pacientes, más tiernos. En 1994, durante el Sínodo, en una reunión del grupo, dije que había que establecer la revolución de la ternura, y un padre sinodal –un buen hombre, a quien respeto y a quien amo– ya muy viejo, me dijo que no convenía utilizar ese lenguaje y me dio una explicación razonable, de un hombre inteligente, pero sigo diciendo que hoy la revolución es la de la ternura, porque de ahí deriva la justicia y todo lo demás.

Si un empresario tiene un empleado de septiembre a julio, le dije, no hace lo correcto, porque lo despide para las vacaciones en julio y luego reanuda con un nuevo contrato de septiembre a julio, y de esa manera el trabajador no tiene derecho a subsidio o pensión o seguridad social. Él no tiene derecho a nada. El empresario no muestra ternura, sino que trata al empleado como un objeto –como un ejemplo de que no hay ternura. Si te pones en la piel de esa persona, en lugar de pensar en tu propio bolsillo, entonces las cosas cambian. La revolución de la ternura es lo que debemos cultivar como fruto de este año de la misericordia: la ternura de Dios para cada uno de nosotros. Cada uno de nosotros tiene que decir: “Yo soy un desgraciado, pero Dios me ama; entonces también tengo que amar a los demás de la misma manera”».⁷

Me ha hecho pensar la actitud del padre sinodal, un buen hombre, ya muy viejo, razonable e inteligente. Según él, no conviene utilizar ese lenguaje de la ternura de Dios.

No sé cuál fue su razonable explicación.

Algunos piensan que si se habla mucho de la ternura y de la misericordia de Dios, se puede caer en la tentación de perderle el respeto, de tratarlo de un modo que no está de acuerdo con su majestad, de no valorar la gravedad del pecado...

⁷ Tomado de: <http://www.aica.org/21019-entrevista-al-papa-es-necesaria-una-revolucion-de-la-ternura.html>

Es posible. Pero, en primer lugar, es Dios mismo quien habla de ternura. Es Dios quien compara su cariño con el de una madre a su hijo recién nacido:

«¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ellas se olvidaran, yo no te olvidaré» (Is 49, 15).

Por eso creo que es mejor no llevarle a Dios la contraria en este asunto, por muy inteligentes, razonables y sinodales que seamos.

Y yo, que tanto necesito la ternura de Dios, aunque no sea tan inteligente y razonable como esas personas graves y solemnes, elevo mi protesta, y les digo que no, que no tienen razón, porque Dios me dice que Él es tierno, cariñoso, como una madre, y es así, y yo estoy muy contento de que sea así, y no me gustaría nada que fuera de otra manera, y no creo que sea bueno no decir de Dios lo que Él dice de sí mismo. Necesito, necesitamos, todos, también esos hombres inteligentes y razonables, el cariño de Dios.

¿Qué sería de nosotros si Dios no fuera así? No tienen razón esas personas. Y no pueden quitarme a mí ni a nadie el gozo de saber que soy hijo de un Padre lleno de amor y ternura. ¡No me lo podrán quitar nunca!

¿Qué se consigue dando una imagen de un Dios severo, duro y lejano? ¿Que los hombres lo amen más? No creo. Lo que se conseguiría es tener miedo a Dios. Y Dios no quiere que le tengamos miedo. No puede querer eso, porque se teme a lo malo y Él es Bueno.

El Papa quiere que se produzca la revolución de la ternura de Dios. Me da la impresión de que hay poco interés en promover esta revolución, poca conciencia de que debemos acometerla e impulsarla en el mundo entero. No sé si no nos hemos enterado o si pensamos que las palabras del Papa son bellas, pero destinadas al olvido, porque hay otras cosas más importantes a las que atender.

No es una revolución nueva, es la misma que vino a despertar Cristo en el mundo cuando nos hizo saber que Dios ama al hombre, hasta el punto de morir por él en la Cruz. Ese es el comienzo de una gran revolución que está casi apagada en muchos corazones. Los cristianos cambiaríamos el mundo entero si nos tomásemos en serio esa revolución, si nos convenciéramos de que Dios está loco de amor por nosotros y proclamásemos ese Amor infinito con nuestras obras y palabras.

La primera revolución de la ternura de Dios tiene que prender en nuestro propio corazón. Recibir la ternura divina, asombrarnos, admirarla, corresponder. Y hay una manera de corresponder que es la confianza absoluta; y otra: ser tiernos con Él:

«¿No crees que un Dios merece una ternura más que cualquier ser de la tierra?», le pregunta a Gabrielle Bossis.

Jesús, quiero tratarte con ternura, besar una a una tus llagas, las llagas de tus manos y de tus pies, la llaga de tu costado, darte un abrazo, recostar mi cabeza sobre tu pecho, como Juan, y decirte muchas veces que te quiero. Haz que en mi corazón

prenda la revolución de la ternura, que me deje querer y que te quiera, y entonces podré transmitir a otros el fuego de tu amor. Sueño con el momento en el que haya, en el mundo, millones de personas enamoradas de Ti.

104. «Aunque me mataras, esperarí en ti»

«Soy Yo quien he hecho la naturaleza humana. Conozco su debilidad, su pobre pequeñez. No te extrañe que os ame tanto a pesar de todo. No te extrañe, puesto que soy vuestro Creador y he vivido entre los hombres. Lo que os pido es que tengáis confianza en Mí, sea cual sea el estado de vuestra alma. Acordaos de esto: ¡He amado tanto a Judas! Recordad también lo que Yo decía: Aunque me mataras, esperarí en Ti» (Gabrielle Bossis).

«¡Ah, amigos míos muy amados, no dudéis jamás de Mí! Os sobrepaso. Os aventajo con toda mi grandeza. Que nada venga a limitar tu confianza. Haz a menudo ejercicios de confianza. Repite esta frase que amas: “Aunque me mataras, esperarí en Ti”. Sal de tu medida. ¿Tengo Yo acaso límites? Y cuando se trata de amaros...» (Gabrielle Bossis).

En dos ocasiones le recuerda Jesús a Gabrielle estas palabras que nos dice en la Sagrada Escritura, en el libro de Job 13, 15: «Aunque Él pueda matarme, seguiré esperando en Él». Decirlas de corazón es un acto de confianza y abandono en Dios. Pase lo que pase, aunque me quites la vida, confío en Ti.

Sin embargo, lo más frecuente, como es lógico, es que Dios nos quite otros bienes: la salud, el bienestar, el amor de una persona, el dinero... A veces, cosas muy pequeñas que nos gustaría poseer, pequeños planes que nos gustaría hacer... En estos casos, es más fácil que pensemos en la mala suerte, y que nos olvidemos de que es el Señor quien permite esa contrariedad para que le amemos más.

Pase lo que pase, el Señor espera de nosotros toda nuestra confianza: «Aunque me mataras, esperarí en Ti».

105. «El milagro se ha producido»

Leo un artículo de José Calderero, publicado en el número 815 de “Alfa y Omega” (10-1-2013), que cuenta un estupendo testimonio de confianza en Dios.⁸

Mariano Ugarte y Dori Zarco perdieron un hijo a causa del cáncer. «Si mi hijo Pablete –afirma Mariano– hubiera sobrevivido, no habiéramos ganado nada, solo más tiempo para estar con él. En cambio, su muerte nos ha cambiado, su muerte ha tenido un sentido. El milagro se ha producido, él está en el cielo y, mientras esperamos a reunirnos con él, hemos ganado una confianza absoluta con Dios. Yo ya

⁸ Tomado de: <http://www.alfayomega.es/87049/el-milagro-se-ha-producido>

no rezo como antes, ahora dialogo constantemente con Dios. Antes rezaba por su curación, y hemos sido curados nosotros. Él disfruta ya desde el cielo y nosotros hemos ganado en confianza y en amor con Dios».

Pablete falleció el 27 de noviembre de 2010. El 16 de enero de 2011, coincidiendo con el que hubiera sido su undécimo cumpleaños, nació la Asociación Pablo Ugarte, la APU (www.asociacionpablougarte.es), que lucha para que evitar que, en el futuro, los niños y sus familias tengan que pasar por el mismo sufrimiento que pasaron los padres de Pablo.

¿Por qué unos se rebelan ante la muerte de un hijo y otros, en cambio, ganan una confianza absoluta en Dios?

Señor: que creamos firmemente en tu Amor, que no dudemos nunca de Ti, que sepamos humillarnos para aceptar nuestra ignorancia y reconocer tu Sabiduría.

106. No existe la suerte, sino el amor y la sabiduría de Dios

Acudimos con mucha frecuencia al azar y a la buena o mala suerte para explicar lo que nos sucede. Pero gracias a Dios no estamos tan desamparados como a veces pensamos. No dependemos de esa entelequia incontrolable que es el azar, ante la que habría que emplear algún extraño e irracional medio para defenderse.

«No creas en ningún azar. Siempre soy Yo, el Amor, quien entra. ¿No reconoces mis pasos? Un cariño al acecho debe reconocerlos. No se parecen a ninguno. Espéralos. Será para ti mucho más delicioso y menos frío que el azar. Tu gran Amigo guiando tu vida, date cuenta. Estrecha sobre tu corazón tu cruz del día, tu cruz de la noche. Vienen de Mí. No es una cruz cualquiera: es la tuya la que he elegido para ti. Besa la mano que te la depara. Y dulcemente prosigue tu camino con ella y conmigo» (Gabrielle Bossis).

No es el azar, es Jesús, el Amor, quien nos visita en cada acontecimiento, en cada circunstancia, por muy azarosa que parezca. No hay motivo para la inseguridad y el temor. No debe preocuparnos qué sucederá, si tendremos buena o mala suerte, qué tendrán preparado para nosotros los hados, el destino o la fortuna.

Lo que me suceda habrá sido preparado por quien más me quiere, que a la vez es el más sabio y poderoso, que dispone todo para mi bien, para el bien de cada uno de sus hijos. Es Él quien guía nuestra vida, el que nos envía lo agradable y lo desagradable, la cruz del día y la cruz de la noche, una cruz que Él, con su Amor, ha elegido para mí.

Ayúdanos, Señor, a reconocer tus pasos, a darnos cuenta de que eres Tú; a descubrir tu amor por nosotros en los acontecimientos que parecen fruto del azar. Que cuando llegues a través de los sucesos inesperados, sepamos decir: “Es Él, que viene a visitarme con sus caricias”.

107. ¿Qué esperamos?

Queremos ser felices, y Dios nos da a probar aquí su felicidad en la medida en que nos abrimos a su Amor y respondemos amando, pero la felicidad total vendrá después, cuando podamos ver a Dios cara a cara en el Cielo. Eso es lo que esperamos: la vida eterna feliz con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y los ángeles, y los millones de hermanos nuestros que ya han llegado al lugar que Jesucristo nos ha preparado.

«Esta vida perfecta con la Santísima Trinidad, esta comunión de vida y de amor con ella, con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados se llama “el cielo”. El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1024).

«Vivir en el cielo es “estar con Cristo” (cf. *Jn* 14, 3; *Flp* 1, 23; 1 *Ts* 4,17). Los elegidos viven “en Él”, aún más, tienen allí, o mejor, encuentran allí su verdadera identidad, su propio nombre (cf. *Ap* 2, 17): “Pues la vida es estar con Cristo; donde está Cristo, allí está la vida, allí está el reino” (San Ambrosio, *Expositio evangelii secundum Lucam* 10,121)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1025).

Llegar al Cielo es imposible para nosotros, pero posible para Dios. Y nos ha prometido que no dejará de darnos todos los medios para que podamos llegar. Por eso podemos decir, con san Pablo:

«¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada? Pero en todas estas cosas vencemos con creces gracias a aquel que nos amó» (*Rm* 8, 35. 37).

No existe nada que pueda impedirnos llegar al Cielo, nada que pueda apartarnos del amor de Cristo. Porque Dios nos ha prometido que nos dará toda la ayuda que necesitamos, y para que esperemos en Él con absoluta confianza ha infundido en nuestros corazones la virtud de la esperanza.

«La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. “Mantengamos firme la confesión de la esperanza, porque fiel es el que hizo la promesa” (*Hb* 10, 23). “El Espíritu Santo, que derramó copiosamente sobre nosotros por medio de Jesucristo nuestro salvador, para que, justificados su gracia, fuéramos herederos de la vida eterna que esperamos” (*Tt* 3, 6-7)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1817).

Sin esta virtud que Dios nos concede no podríamos siquiera aspirar al Cielo que Dios nos ha prometido, porque es inaccesible para nuestras fuerzas. ¿Puede esperar un niño de cinco años ganar una maratón en la que participan los

campeones del mundo? Ni pensarlo. Lo mismo diríamos nosotros si no tuviéramos la virtud de la esperanza: ¿El Cielo, la visión de Dios cara a cara? Ni pensarlo. Pero apoyándonos en el Autor de la promesa, caminamos ilusionados por la vida, alegres, felices, a pesar de las dificultades, porque sabemos que no somos unos ilusos, que podemos llegar.

Sin embargo, hay “creyentes” que no esperan el Cielo ni creen que podamos llegar a él. Es muy sorprendente, pero por desgracia es así. Y hay “creyentes” que esperamos el Cielo, pero olvidamos que la Vida de verdad no es esta en la que estamos, sino la otra. Y actuamos como si la vida de la tierra fuese la única. Por eso nos parece tan absurdo el sufrimiento, la enfermedad, el dolor, la contrariedad.

Cuando una persona espera llegar a un destino que le ilusiona, en el que sabe que encontrará una maravillosa felicidad, le da poca importancia a las dificultades con las que tropieza por el camino. Porque tiene puesta la vista y el corazón en el destino, y piensa que vale la pena sufrir un poco para llegar a la meta que tanta alegría le va a dar. He visto hace poco una película en la que se reflejaban los sufrimientos de las personas que quieren subir al Everest. Llegar a la cumbre les atrae tanto, tanto, que se ponen en peligro de morir para poder alcanzarla.

La cumbre del Cielo sí que vale la pena. Pero quizá no nos ilusiona tanto como a los escaladores del Everest. O tal vez no nos detenemos a considerar la felicidad del Cielo, porque solo pensamos en pasarlo bien en estos pocos años que dura la vida de la tierra, y no imaginamos nada mejor que los gozos de los que aquí podemos disfrutar. No sé. ¿Será que imaginamos el Cielo como algo tedioso y soporífero, algo siempre igual? ¿Será que imaginamos a Dios como un ser aburrido, monótono y soso? Si nos pasa eso es que tenemos una idea de Dios y del Cielo muy deformada, y radicalmente equivocada.

¿Cómo es posible que una persona como Teresa de Ávila diga de verdad que está deseando ver a Dios, que muere por verlo, y que nosotros no tengamos ni un poco de ilusión en estar con Él? Algo falla en nuestra cabeza y en nuestro corazón. Tenemos que pedir a Dios que nos convierta en locos enamorados. Solo entonces desearemos con todas nuestras fuerzas estar con Él.

Si estuviéramos enamorados de Dios, el Cielo nos llenaría de ilusión y llevaríamos con más alegría las dificultades, porque nos ayudan a llegar a la meta. El amor hace más ligero cualquier peso que llevemos por aquel a quien amamos.

108. Yo soy tu Dios

«Yo soy tu Dios y estoy cerca de ti: ¿no te basta?

Por tanto, no desees sino aquello que llena mi corazón.

Yo soy tu Dios y te soy fiel aun cuando te envió alguna cruz; y si pesa mucho, recuerda siempre que estoy a tu lado. ¿Qué más deseas?

Yo soy tu Dios y pienso en ti, y esto desde la eternidad. Tu nombre está escrito profundamente en mi corazón, de tal modo que jamás podré olvidarme de ti.

Yo soy tu Dios y dirijo todas las cosas únicamente para tu bien; si ahora no lo comprendes, un día lo podrás ver claramente.

Yo soy tu Dios y fielmente te amo; conozco perfectamente todo lo que aflige tu corazón, veo con toda claridad todo lo que te contraría. Acepta todo ello con tranquilidad y paz, porque Yo soy el que lo ha dispuesto así; tú persevera, sé fiel a fin de que mi Corazón te recompense.

Yo soy tu Dios. ¿Estás solo, hijo mío? Yo te haré compañía. ¿Nadie tiene una buena palabra para decirte? Ven a Mí que siempre seré tu consuelo en el Santísimo Sacramento y te compensaré todo lo que en la tierra te he negado.

Yo soy tu Dios. ¿Qué más deseas? ¡Ánimo! ¡Valentía!

Nada te debe desanimar, porque quien posee mi Corazón tiene todo lo que puede desear.

Si estás triste, corre a refugiarte en mi Corazón.

Si sientes la alegría del triunfo, vuela a regocijarte conmigo. Si experimentas cansancio, échate en mis brazos. Y verás cómo las sombras se disipan, cómo las luces crecen, y cómo las fuerzas se multiplican.

El mundo pasa, el tiempo huye, los hombres desaparecen, la muerte te roba todo.

Una sola cosa te quedará siempre: Tu Dios» (Autor anónimo).



Tomás Trigo (Vilanova de Arousa, Pontevedra, 1953) es sacerdote y profesor de Teología Moral en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. (ttrigo@unav.es).

**«Dios te quiere, y tú no lo sabes»
es una colección de reflexiones sobre
la verdad más alentadora y gozosa
para nuestra vida: Dios quiere a cada
persona con locura.**

**Dios ama a cada uno de sus hijos como
si fuera el único, y no hace otra cosa
que buscar su felicidad, como si
Él mismo no pudiera ser feliz si sus hijos
no lo son.**

**Para cada uno de nosotros, Dios
es padre y una tierna madre. Cada
persona es amada por Dios con una
ternura inmensa, que estas páginas
desean ayudar a descubrir.**

**Percibir el amor, la ternura y el cariño
de Dios es la clave de la felicidad
y de la entrega generosa a los demás.
Cuando nos damos cuenta de que
Dios está enamorado de nosotros,
es tan grande, tan profunda nuestra
alegría, que solo podemos vivir
dando amor a los demás.**